

Bianca

Lindsay Armstrong

La aventura de Miranda

La aventura de Miranda

Miranda abandonó el rancho donde vivía, porque no estaba segura de querer casarse con su novio, Bill Hartley, a pesar de que se trataba de un buen muchacho. En la ciudad encontró un empleo. Trabajó bajo las órdenes de Nick Barrett, quien distaba bastante de ser tan noble como Bill. Por desgracia, fue de éste de quien Miranda se enamoró y, para su sorpresa, Nick le propuso matrimonio. Pero, ella dudaba. ¿Haría bien en aceptarle? Nunca encajaría en el tipo de vida que él llevaba. Además, sabía que no la amaba. Pensaba que casarse con él tal vez sería arriesgarse demasiado.

CAPÍTULO 1

LA CARCAJADA del auditorio se desvaneció, cuando el magistrado, autoritario, golpeó con el mazo sobre la mesa. Miró a todos con severidad y después volvió el rostro hacia la muchacha que se encontraba en el banquillo de los acusados.

—Sería tan amable de volver a repetir todo lo que sucedió, señorita. No desde el principio —miró a su alrededor, amenazante —; desde el momento en que dijo usted que se estaba pintando los labios, por favor continúe desde ahí.

Miranda Smith estaba muy nerviosa, no esperaba que todo aquello fuera divertido, pero ya se había convertido en algo que sobrepasaba sus esperanzas. Nunca pensó que estuvieran presentes tantas personas, ni ser el blanco de tantas miradas, le hubiera gustado que la tierra se la tragase.

El fiscal interrumpió sus pensamientos.

—Si me permite refrescar su memoria, usted iba a tener una entrevista de trabajo. Se le hacía tarde y no tuvo tiempo de arreglarse. Había atasco, y decidió maquillarse usando el espejo retrovisor de su coche. ¿Qué sucedió después? —preguntó, impaciente y autoritario.

Miranda sintió que las mejillas le ardían.

—No me di cuenta de que los coches se pusieron en marcha. Al oír que me tocaban el claxon, me puse nerviosa, pisé el acelerador y al llegar al cruce de la calle la luz cambió, la amarilla no se encendió, así que me vi en el cruce con el semáforo rojo y fue entonces cuando apareció ese enorme coche negro que me embistió —terminó.

Miranda se ruborizó al darse cuenta de que hasta al magistrado le estaba costando trabajo no reírse.

El desorden fue mayor que la primera vez y el magistrado tuvo que golpear varias veces con el mazo para poner orden. Miranda hubiera querido morirse. Fijó la mirada en sus manos para no echarse a llorar.

Finalmente, todos callaron y cuando se atrevió a levantar la vista quería mirar a cualquier parte menos al magistrado y mantuvo la mirada en el hombre que estaba sentado en la mesa del fiscal. No había participado en el juicio, y la mayor parte del tiempo mantuvo la cabeza inclinada sobre el escritorio, jugueteando con un lápiz que tenía entre las manos.

Miranda se preguntaba qué quién sería, ya que cuando le vio por

primera vez algo en él le llamó la atención. Quizá su aire de indiferencia, su atractivo personal, o su traje. Sin embargo, no había tenido tiempo de pensar en ello hasta ahora. Tembló al verle sonreír con sarcasmo, y después mirarla con desprecio.

Él bajó la vista. Miranda se sobresaltó al escuchar al magistrado decir con severidad:

—Por favor señorita Smith, ponga atención; le he preguntado si está usted insinuando que las luces no funcionaban bien.

—El semáforo lo examinaron, su Señoría —dijo el fiscal—, y funcionaba a la perfección. Permítame señalar que de no haber sido por los rápidos reflejos del chófer del ministro, podía haber ocurrido un accidente mucho más serio. La señorita Smith puede considerarse afortunada de que no haya habido ningún herido gracias a su... ¿momento de concentración podríamos llamarlo? —se oyó un murmullo en la sala.

Miranda estaba avergonzada y a la vez enfadada. Todos se divertían a su costa. Una luz iluminó sus ojos verdes, levantó el rostro y le dijo al magistrado:

—Su Señoría, nunca he intentado negar que cometí un error y no estoy haciéndolo ahora, pero quiero decir una cosa en mi defensa. El fiscal habló del chófer del ministro y de sus reflejos, pues bien, donde aprendí a conducir me enseñaron que siempre se debe avanzar con precaución, y no salir disparado en el momento en que se pone la luz verde tal como él lo hizo...

—¿Y dónde aprendió usted a conducir, señorita Smith? —preguntó el fiscal.

—En Goondiwindi —se refería al pequeño pueblo ubicado en las afueras de Queensland donde había nacido—. ¿Qué tiene de malo? —añadió molesta y miró al acompañante del fiscal, quien ahora mostraba una mirada irónica en sus ojos negros.

—¡Nada! —exclamó de inmediato el fiscal—. Sólo que me gustaría saber cuántos semáforos hay en Goondiwindi. ¿Uno o dos? , Miranda perdió la paciencia cuando el fiscal se volvió para decirle algo a su acompañante, quien se encogió de hombros. Después ambos rieron.

—-¿Usted se cree muy listo? ¡Es insoportable! —dijo Miranda.

Aquello causó un gran asombro entre el auditorio, y le hizo ganarse una buena reprimenda por parte del magistrado, quien le exigió que tuviera más respeto. Ella levantó la cabeza y dándole la espalda al fiscal preguntó:

—¿Para eso le pagan? ¿Para que se burle de mí?

El magistrado golpeó con el mazo y apretó los labios como si

evitara reírse. Finalmente añadió con tranquilidad:

—¿Cuántos años tiene señorita Smith?

—Veinte —respondió con frialdad.

—¿Desde cuándo está en Brisbane?

—Llevo una semana.

—Ya veo. ¿Su primera visita? —la miró fijamente durante un largo rato.

Se sonrojó y comenzó a juguetear con el primer botón de su blusa.

Volvió a hablar el magistrado:

—Señorita Smith, usted ha señalado un punto que tiene cierta validez. Es labor de todos hacer lo posible para evitar un accidente. Uno de los testigos señaló que el coche oficial había sobrepasado la línea de peatones —levantó la vista y miró al fiscal—. Se ha alegado —continuó el magistrado—, que los reflejos .de la otra parte involucrada en el caso, evitaron un accidente más serio. Quizá el conducir más despacio cuando hay mucho tráfico sea más positivo que tener excelentes reflejos —dijo seriamente

al ver que el fiscal mostraba intenciones de levantarse. Continuó dirigiéndose a Miranda—: Desafortunadamente, señorita Smith, eso no altera el hecho de que usted se haya pasado una luz roja. Y por lo tanto, es culpable de violar una ley de tráfico, y se le van a hacer cargos por ello, es mi deber determinar la pena y en este momento lo voy a hacer. Se le pondrá una multa. Sin embargo, me mostraré benévolo a la vista de ciertos factores y le aplicaré la pena mínima que establece la ley.

Pronunció una cantidad, miró a su alrededor para aplacar al sorprendido auditorio y continuó:

- —Ya puede irse, señorita Smith. Por favor tenga presente que es difícil conducir cuando hay mucho tráfico, y no se maquille al mismo tiempo. Le suplico que ponga sus cinco sentidos cuando conduzca.

Miranda se quedó sentada unos instantes en el oscuro y desierto pasillo que conducía a la salida del edificio, tratando de llenarse de valor para salir.

Nadie la vio, y poco a poco el calor se atenuó en sus mejillas y las manos dejaron de temblarle.

Se puso de pie, vacilante, y se sobrecogió al escuchar unas voces que se aproximaban por el pasillo, y de inmediato, con cierta preocupación, las reconoció.

—Pensé que el viejo no podría más —iba diciendo el fiscal—. La

pena mínima —dijo imitando al magistrado—. ¿Quién lo habría imaginado de la pueblerina?

—No veo la diferencia —contestó una voz más profunda—. La mayoría de las mujeres saben lo que un par de piernas y un botón desabrochado pueden hacer.

—A no ser que se haya sentido paternal —dijo el fiscal con una carcajada.

—Lo dudo —comentó su compañero, y Miranda se movió con rapidez, para desaparecer.

Con dificultad echó a andar; temblaba de ira cuando llegó a la esquina y vio a los dos hombres, delante de ella, pero lo suficientemente cerca como para poder escuchar la conversación.

El fiscal decía:

-Será tonta, pero también le salió su genio. Quizá alguien debiera ponerle una etiqueta que dijera: ¡Soy de provincia!

El fiscal rió divertido, y Miranda se recostó en la pared con los dientes muy apretados, al mismo tiempo que lloraba de humillación.

Todavía continuaron, puesto que ella escuchó al fiscal:

—-No es tu tipo, ¿verdad? Sin embargo, tienes que admitir que no estaba nada mal.

Miranda levantó el rostro lloroso para ver cómo el otro hombre se encogía de hombros despreocupado y añadía:

—No sé, pero si me la pusieran en una bandeja, no la rechazaría. Sin embargo, pienso que hay que ser muy joven o estar muy necesitado, para disfrutar de los atractivos de la señorita Miranda Smith —se volvió para despedirse—: Te veré luego.

Y Miranda le vio desaparecer por una puerta.

Llegó a su casa aún temblando de ira y de humillación. Se quedó un buen rato contemplando su habitación con otros ojos. Le había satisfecho desde hacía tres meses, pues aunque no era más que un enorme cuarto, parte de una antigua casa de madera, ella lo había arreglado y adornado con muchos detalles y contaba con su propio baño, lo cual para la única hija de un ganadero que tenía cuatro fornidos hermanos, era un gran lujo.

Hoy, aquella habitación parecía reírse de ella junto con el resto del mundo y se dio cuenta de que lo único que quería hacer era recoger sus cosas y regresar con su familia.

La idea la hizo pensar. ¿Qué ganaría con irse a su casa? ¿No sería dar la razón a los suyos y admitir que se había equivocado?

Y lo peor de todo era que nunca le dirían nada si regresaba; eran muy buenos. Nunca se atreverían a decirle que se lo habían

advertido, aunque todos lo pensaran. Ahora lo comprendía, a lo mejor regresaba y se casaba con Bill. ¿Serían suficientes esos tres meses, que había pasado sola, para encontrar respuesta a aquella extraña inquietud que sentía? Esa sensación de estar atrapada. «En cierto modo amo a Bill, pero...»

Se sentó en la única silla que tenía la habitación, y comenzó a pensar en sus problemas. Nunca había imaginado que sería tan difícil encontrar un trabajo decente con los pocos conocimientos que tenía.

Hizo una mueca al recordar cómo había llegado llena de ilusiones a Brisbane. Se había hecho a la idea de trabajar en algo interesante, ahorrar dinero y después conocer un poco Australia, al menos antes de que decidiera atarse a Bill Hartley. Sintió cómo las lágrimas brotaban de sus ojos al pensar en él.

Respiró profundamente y se obligó a pensar en la solución. El único trabajo que había conseguido era como suplente, tres veces a la semana, repartiendo comida. Y no era precisamente lo que había soñado.

Sin embargo, le había llegado para pagar el alquiler y con los ahorros que había traído del pueblo se estaba pagando un curso de secretaria en el que había cifrado sus esperanzas. Y ahora, esa multa, aunque fuera la mínima, barría todas sus ilusiones de terminar el curso de secretaria.

Se mordió el labio cuando sus recuerdos regresaron a la corte y a la conversación posterior. Se puso de pie y se miró con ojos críticos, en el espejo.

Todo lo que pudo ver fue lo de siempre: una muchacha no muy alta, con melena y buen tipo. Sus ropas eran humildes, no caras, aunque tampoco pasadas de moda.

Trató de sonreír. Su esfuerzo fue tan débil, que se apartó del espejo para llorar.

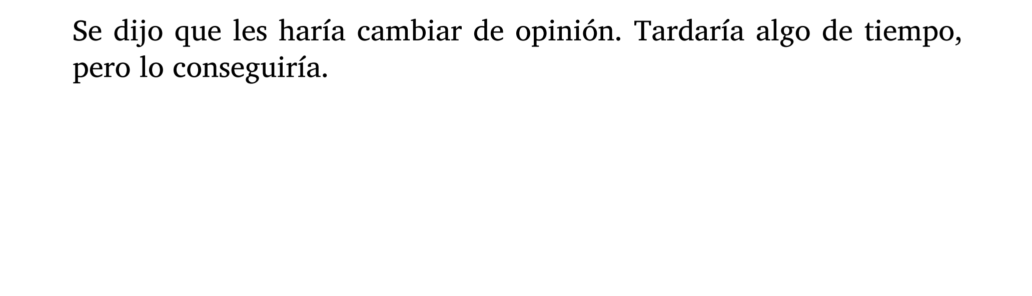
Lo cierto era que aquel tipo era la clase de hombre con el que toda mujer sueña y Miranda lo reconoció.

Se sirvió un vaso de agua, y tembló al recordar la mueca de desprecio en su rostro cuando sus miradas se encontraron.

Le pareció arrogante, y tembló de ira al recordar todo lo que él había dicho.

Levantó la cabeza y dejó el vaso sobre la mesa.

Le indignaba que se hubiera atrevido a juzgarla. Pensaba que lo había hecho porque era de provincia. A Miranda le pareció absurdo, ella había llegado desde un pueblo que estaba a unos cuantos kilómetros y se había presentado en la sala vestida correctamente.



Se dijo que les haría cambiar de opinión. Tardaría algo de tiempo, pero lo conseguiría.

CAPÍTULO 2

MIRANDA miró el papel que tenía en la mano y después se fijó en el tablero que había a la entrada del edificio. Entró en un vestíbulo muy grande. Cuando supo el piso que buscaba, el conserje le indicó la entrada del ascensor.

Llegó al décimo cuarto piso y miró a su alrededor. El nombre que buscaba era Barrett. Llamó a la puerta y alguien le indicó que entrara.

Una mujer de mediana edad, sentada en un escritorio, levantó la vista, y se quitó las gafas.

—¿Puedo servirle en algo? —le preguntó.

—La agencia de empleo me envió, para un trabajo de limpieza.

—Sí, sí. Siéntese, por favor —sacó una libreta de notas—, usted debe ser la señorita Miranda Smith. ¿Estoy en lo correcto?

—Sí.

—Creo que ya ha desempeñado este tipo de labores con anterioridad.

—Sí, tengo referencias —Miranda sacó una hoja de papel de su bolso, y se la ofreció.

—Supongo que le parecerá raro estar aquí, cuando el anuncio del periódico decía que se trataba de una casa privada. Lo que sucede es que yo soy la secretaria privada del señor Barrett y, como es soltero, y no dispone de mucho tiempo, sus contratos se los hago yo. Por otro lado hay muchos objetos valiosos en su casa, y tenemos que tener mucho cuidado con el personal. Espero que no le importe —le sonrió.

—No —respondió tranquila.

—A propósito, soy la señora Marshall —se presentó. Volvió a mirar el papel y frunció ligeramente el ceño como si tratara de recordar algo. Levantó la vista, en sus ojos había cierta incertidumbre. Miranda se puso nerviosa al ver su expresión.

—Veo que es usted de Goondiwindi. ¿Desde cuándo está en Brisbane?

Desde hace cuatro meses.

La señora Marshall se quedó pensativa y después le preguntó:

—¿Le apetece tomar una taza de té? No, no es ninguna molestia —agregó al ver a Miranda sorprendida—, ya lo tengo listo. Voy a por otra taza —se acercó a un armario, y sacó una. —Ya está — sirvió el té—, hablame de tu trabajo anterior.

—Mi padre es el encargado de un almacén en una importante

empresa ganadera. Hasta que vine a Brisbane siempre había vivido allí. Cuando dejé de estudiar, me puse a trabajar en la casa principal de la estación, y también tenían muchas cosas valiosas. No es por presumir, pero ya sé cómo cuidar la plata y los muebles buenos, como poner una mesa y todas esas cosas.

—Y cocinar —murmuró la señora Marshall al ver que Miranda lo olvidaba—. Tu antigua jefa da espléndidas referencias. ¿Sabías que sólo trabajarás tres días a la semana?. Quiero decir que con estas referencias podrías conseguir trabajo durante toda la semana en alguna otra casa, y tendrías mejor posición.

—Pero no es lo que quiero. Ya tengo otro trabajo, y me gusta. Ser bastante independiente. El vivir con una familia por muy buena que sea, siempre sujeta. Asisto a una escuela nocturna para secretarias y quiero seguir estudiando —sonrió.

La señora Marshall añadió:

—El señor Barrett a veces puede ser un poco difícil, lo sé.

—¿Él es…, quiero decir joven o…?

—No es joven —le dijo la señora Marshall de inmediato—.Pero no me refiero a eso —añadió—, a veces está de malas o se pone caprichoso, ya le conocerás. Paga espléndidamente si se trabaja bien.

—Ya veo.

—Perfecto, el trabajo es tuyo. ¿Cuándo te gustaría empezar?

Miranda parpadeó:

—Cuando quiera. ¿Y si no le agrado?

—Esa decisión siempre la tomo yo —comentó divertida—. Y mi apreciación nunca ha fallado. A propósito, se me olvidó mencionarlo. Cada quince días acostumbra ofrecer cenas en su casa, generalmente los fines de semana. Esos días tendrás mucho trabajo. ¿Crees que podrás con las tres cosas? ¿El otro trabajo, las clases nocturnas, etc.?

—Lo intentaré. Solía ayudar a la señora Wright en cosas así —Miranda observó a la señora Marshall con timidez, no se había imaginado que obtendría el trabajo con tanta facilidad.

La señora asintió contenta y le extendió una hoja de papel:

—Aquí está la dirección. ¿Por qué no vas a verle mañana temprano? Te pondrás de acuerdo con él acerca del horario. Yo le diré que irás. Hasta la vista, querida.

Miranda estuvo un rato pensando en qué ropa se pondría al día siguiente. Un viejo solterón cascarrabias le hacía pensar muchas cosas. Le recordaba al magistrado o al fiscal y su acompañante. Sin embargo, no todos los hombres tenían que ser iguales.

A la mañana siguiente, cuando se bajó del autobús en el lujoso vecindario, iba con uno de sus vestidos más sencillos, azul, de algodón, y el pelo recogido en un moño.

Cogía el autobús, porque ya no podía mantener el coche.

Se detuvo en una serie de apartamentos, situados en una zona lujosa cerca del río. Entró en un edificio, y cogió el ascensor hasta el último piso. Cuando llegó, llamó al apartamento número cuarenta y cinco.

La puerta se abrió y Miranda se quedó inmóvil, con la boca abierta y la mirada fija en los ojos del último hombre al que hubiera deseado ver.

Más tarde tuvo que reconocer que hubiera sido muy difícil decir quién había sido el más sorprendido.

—Creo que me he equivocado de número —dijo Miranda al mismo tiempo que se daba la media vuelta—. Éste debe ser el treinta y cinco...

—Espere —dijo él cuando le vio intenciones de marcharse—, ¿nuestra amiga la señorita Smith? No puedo creerlo.

—No hay nada que creer —murmuró enfadada—, me equivoqué de número, a menos que usted sea el señor Barrett. Pero no puede ser —el pánico la embargaba—. Siento haberle molestado.

-No me ha molestado —la detuvo con la mano—. Y Barrett soy yo —la hizo volverse para verle la cara.

—No puede ser —añadió incrédula—. La señora Marshall me dijo que usted era un hombre mayor.

—¿Eso le dijo? ¿Cómo de mayor? —preguntó irónico.

—No me especificó, dijo que no era usted joven —añadió temblorosa.

-¡Esa señora Marshall! —murmuró divertido—. Tengo treinta y tres años para ser más preciso, y soy Nicholas Barrett. Y usted supongo que es la señorita Smith que viene solicitando el empleo para hacer la limpieza. A no ser que exista otra señorita Smith deambulando por el corredor —había un brillo burlón y odioso en sus ojos.

Miranda apretó los dientes y apartó su muñeca de entre sus manos..

—Si hubiera sabido que se trataba de usted, no habría aceptado el trabajo. ¡Ni por todo el oro del mundo! —dijo con amargura y le dio tanta rabia que él se riera, que añadió—: ¡Puede quedarse con su trabajo, poderoso señor Barrett!

Se volvió decidida, con tanta prisa por alejarse de allí, que se le cayó el bolso, se le abrió, y todo se extendió por el suelo. Miranda

se sonrojó y se inclinó a recoger las cosas. Retiró su mano con violencia cuando sus dedos se encontraron con los suyos.

—Puedo arreglármelas sola. ¿Por qué no se vuelve a dormir? —dijo furiosa, estaba fuera de sí.

—No estaba en la cama —respondió tranquilo, y le quitó el bolso para guardarle todo lo que estaba en el suelo—. Dígame, ¿tiene usted algún seguro contra accidentes? Me parece que sería conveniente que lo tuviera —la ayudó a levantarse y le devolvió el bolso con toda solemnidad.

—No me hable de accidentes, cualquiera pensaría que yo soy la única persona que ha tenido un accidente en Brisbane.

—Está usted muy guapa cuando se enfada, señorita Smith —sonrió.

—Mire, si usted... —le gritó molesta—, preferiría limpiar establos el resto de mi vida que tener que trabajar para usted —evitó las lágrimas que pugnaban por salir, y levantó la cabeza desafiante—. Buenos días, señor Barrett, espero no volverle a ver.

—Espere..., Miranda —le costó trabajo recordar el nombre.

—¿Para qué? Si tiene más insultos para mí, olvídelos.

—Por favor entre —la obligó a hacerlo a pesar de que ella se resistía.

—¡Cómo se atreve! —le gritó al ver que él la empujaba. Hizo que se sentara en una silla—. ¿Para qué hace esto? —se levantó al ver que él se alejaba.

—Le aconsejo que se siente —le dijo con frialdad.

—Y yo le aconsejo que se vaya al diablo —contestó, intentando dirigirse hacia la puerta.

—No me diga que no lo he intentado..., Miranda —añadió y de nuevo la hizo sonrojar, pero se volvió con intenciones de abofetearle.

—Vamos —le dijo con una risa burlona al mismo tiempo que le detenía el brazo en el aire—. ¿Qué he hecho yo para merecer esto?

—Déjeme que me vaya —hablaba con los dientes apretados.

—Era lo que estaba tratando de hacer —murmuró, la miraba divertido—. Y ahora, lo que hago es tratar de protegerme.

—¡Oh! —suspiró, tan molesta que se dirigió hacia él decidida a hacer cualquier cosa para borrar aquella mirada de mofa y superioridad que le dirigía.

Lo que precedió fue la segunda lección de humillación que Miranda recibió en el curso de unas cuantas semanas. Terminó en sus brazos, sostenida por la cintura por un brazo que parecía de hierro, y con ambas muñecas aprisionadas en su espalda.

Miranda hizo un último y desesperado esfuerzo. Él no dijo nada, y se limitó a apretarle con más fuerza. Como insulto final, le miró descaradamente, ella palideció. El dolor que sentía en los hombros se volvió insoportable, cerró los ojos un momento y después le miró, dándole a entender que se rendía.

Él la soltó. Miranda de inmediato, se sentó en la esquina del sofá. Él cruzó la habitación para ir hacia una bandeja llena de botellas, sirvió brandy en un vaso y se lo ofreció.

—Tómeselo —después de un momento de duda, lo bebió; colocó el vaso sobre la mesa que tenía más cerca y se puso de pie.

—Ya me voy —dijo ella con voz calmada.

—Siéntese —le ordenó.

Miranda volvió a sentarse y le observó. Estaba parado de espaldas a un amplio ventanal que daba al río. No supo interpretar la expresión de su rostro. Desesperada, comenzó a mirarse las manos que tenía colocadas sobre su regazo.

Por fin él se movió, cogió una silla y se sentó frente a ella.

—Miranda, ¿por qué no regresa a su casa? —la pregunta la hizo estremecer.

—¿Quiere decir a Goondiwindi? —preguntó:

—Sí; allí tiene familia, ¿no es así? Quizá hasta novio, o tal vez varios pretendientes.

—Uno —no supo por qué, pero comenzó a confiar en él—. Es un buen chico que quiere casarse conmigo, pero no estoy decidida. Allí me siento tan asfixiada... Y desde que mi madre murió...—se detuvo.

—Continúe, hábleme de su madre —la animó.

—Ella me hizo entender que en la vida había más cosas, que no todo era ganado. Era maestra, y como yo fui la única niña en la familia, pasábamos mucho tiempo juntas. Leíamos todo lo que caía en nuestras manos, hablábamos mucho, trató de enseñarme todo lo que sabía —se detuvo para mirarle y ver si la comprendía. Él asintió y ella hizo un esfuerzo para continuar—. Desde que nació Ben, el más pequeño, el corazón de mi madre empezó a fallar; ella nos lo ocultó, no quería preocuparnos.

—Lo siento —contestó tranquilo.

—Ben era muy pequeño, y tuve que dejar los estudios, sabía que ella deseaba que yo terminara el bachillerato, pero no fue posible. Me quedé en casa los siguientes cinco años ocupándome de todo, y trabajando por las tardes. Nos llevamos muy bien, los quiero mucho a todos, pero Ted, el mayor, se casó hace seis meses, se quedaron a vivir con nosotros, y Ben ya está criado, no me necesita.

—Y comenzó usted a sentir inquietudes.

—No sólo eso. Empezaron a decir que ahora me tocaba casarme a mí, ya sabe usted cómo es la gente. Decían que era tonta por no hacerle caso a Bill Hartley, que tenía un rancho, y que Shirley Tate quería conquistarle; me parecieron dos razones muy absurdas para casarme con él. Bill no me metía prisa, pero todo aquello ya me estaba cansando, ¿sabe a qué me refiero? El muchacho me agrada, pero quiero estar segura. Fue él el que sugirió que me fuera, el único que me entendió.

—Se necesita estar loco.

—No sé por qué le cuento todo esto —añadió—. Debí suponer que no me entendería. Es que... —se detuvo.

—No tiene con quién hablar —adivinó las últimas palabras.

—No tanto, lo que sucede es que aquí no conozco a nadie, no es fácil hacer amistades en una ciudad tan grande.

—¿Y no le parece razón suficiente para regresar a su casa? Miranda, sé muy bien lo que trata de decir, pero una muchacha como usted en una ciudad como ésta, sin un amigo ni un pariente, va a tener muchos problemas. Ya los ha tenido, ¿no es así?

—Me hace sentir como si fuera un perro callejero —dijo con amargura.

—Ya se ha buscado problemas —mostró una sonrisa afectuosa —. Pero...

—Sí, así es. Pero eso no significa nada. Yo estaba nerviosa porque iba a solicitar un trabajo y había mucho tráfico. Le aseguro que hay miles de mujeres que conducen y que alguna vez se han sentido como yo aquel día —levantó la vista y se encontró con una mirada llena de curiosidad.

—Con esa espléndida figura no va a tardar mucho tiempo en cambiar de opinión y querer irse. Las grandes ciudades pueden ser como junglas para algunas personas... A no ser que Bill Hartley y usted, ya...—la miró con las cejas levantadas.

—¡Bill y yo no hemos hecho nada! —exclamó molesta—. No he hecho nada con nadie. ¿Por qué clase de tonta me toma? No soy ninguna niña, sé muy bien lo que quieren los hombres, ya he tropezado con algunos así. Hombres necios que creen que una tiene que rendirse ante ellos —se detuvo y le miró fijamente—. ¿De verdad cree que soy tan tonta?

El no respondió; sus miradas se encontraron y después de un rato, rompió el silencio.

—Aquí es muy diferente, es lo que trato de decirle. Hay gente muy viva y cómo está sola, y confundida se va a convertir en presa

fácil. Bajará la guardia y...

—Tendré que aprender a no bajar la guardia, como usted dice, porque me quedaré. Y como voy a clase por la noche, y también trabajo en otro lugar, no tendré tiempo de sentirme sola —levantó la vista desafiante.

—¿Qué estudia por las noches? —preguntó serio.

—Secretariado, me parece la forma más rápida de obtener independencia. Una vez que sepa mecanografía y taquigrafía, tengo la sensación de que podré moverme con más soltura en este mundo,

—Ya veo. Perdóneme por hacerle tantas preguntas ¿le hace falta dinero?

—Sí, tengo que pagar la matrícula —y recordó que también otras cosas, como la multa, pero no dijo nada—; no me doy por vencida —sonrió y se puso de pie—. Creo que ya debo irme.

—Puede hacer lo que desee, pero si se decide a no seguir mi consejo, el trabajo es suyo.

Ella se puso en tensión al escuchar sus palabras y le miró extrañada.

—No podría, no tiene por qué apiadarse de mí por lo que le he contado.

— Lo que yo siento no tiene nada que ver con el hecho de que usted está capacitada para el trabajo. La señora Marshall tomó la decisión, aunque... —se detuvo e hizo un gesto como ahuyentando las palabras que iba a decir, y se puso de pie—. Sí, me apena su situación, porque no soy de los que están acostumbrados a perseguir niñas para luego hacerles daño.

Le puso una mano sobre el hombro.

— Relájese — murmuró — . No, no busque ningún objeto, para pegarme, no voy a molestarla. Siento mucho haberle hecho daño, pero usted me provocó. ¿Le parece bien comenzar a trabajar mañana por la mañana? Vendrá los lunes, jueves y sábados por las mañanas.

Él apartó sus manos.

— Perfecto, a las ocho de la mañana será buena hora — cogió el bolso de Miranda y se lo dio — . Nos veremos mañana — dijo mientras la acompañaba al vestíbulo.

— Sí —repitió, y estaba a punto de salir cuando un pensamiento la detuvo. Se volvió, y le preguntó — : ¿Y qué estaba haciendo usted allí? Ya sé que es abogado, pero me pregunto por qué estaba allí.

— ¿En la corte? Recibí instrucciones de la otra parte para ir a proteger sus intereses.

— Debí imaginar que yo era toda la protección que sus intereses necesitaban. Estoy segura de que todos lo pensaron, a juzgar por lo divertidos que se mostraban.

La miró con curiosidad y dijo:

Sabe que me sorprende, Miranda.

¿Por qué?

— No es usted del montón... — dudó, levantando las cejas, intrigado.

— ¿Cómo todas las campesinas? — preguntó lo más tranquila que pudo, pero algo irritada.

— Usted lo ha dicho, no yo — sonrió.

— En realidad nunca he tenido ambiciones. Nos veremos mañana — -le hubiera gustado abofetearle.

Se volvió y se marchó como si nada le importara en el mundo, aunque no podría apartar su pensamiento de Nicholas Barrett, quien la había mirado muy sutilmente durante la conversación y de quien seguía pensando lo mismo.

—¡Y tener que ser él! —exclamó.

CAPÍTULO 3

MIRANDA cantaba mientras planchaba una de las camisas de Nicholas Barrett. Su voz tenía un tono agradable, y cantaba porque estaba contenta. Había recibido una carta de su casa.

Era una carta extensa. La había escrito su cuñada, y estaba llena de mensajes de sus hermanos y de su padre. Al parecer, todos estaban bien, pero la extrañaban. Sonrió al recordar lo que le decía su hermano Ben. Sentía un cariño especial por el pequeño.

Una parte de la carta era muy agradable, dentro de poco Miranda sería tía.

Detuvo la plancha unos instantes y pensó que teñía que hacer algo para celebrarlo. Decidió comprarse un vestido nuevo.

Siguió pensando en la carta, le hubiera gustado qué le mencionaran a Bill Hartley. Después movió la cabeza, decidida a no dejar que nada perturbara su felicidad y cogió otra camisa.

Llevaba un mes trabajando para Nicholas Barrett, y ya se había organizado. El martes lavaba, el jueves pasaba la aspiradora y limpiaba los muebles, y el sábado lo reservaba para baños, cocina y ventanas.

Y a pesar de sus sentimientos hacia su jefe, le gustaba mantenerle el apartamento reluciente.

Todo lo que tenía le parecía precioso, los adornos de cristal y plata, las alfombras persas, los marcos de los cuadros dorados, las paredes claras, los asientos tapizados con terciopelo... No podía negar que le agradaba contemplar toda aquella belleza.

Las dos habitaciones que más le gustaban eran el despacho, en el que había un enorme escritorio de caoba y todas las paredes estaban cubiertas de libros. Cuando les quitaba el polvo, se detenía a mirarlos. No sólo había libros de leyes, sino títulos muy variados, desde Shakespeare hasta Arthur Miller; con frecuencia pensaba que no le importaría que alguien la encerrara allí y perdiera la llave. Y la otra habitación era su dormitorio.

Siempre se avergonzaba cuando entraba, y veía aquella enorme cama cubierta con una colcha azul oscura. Un día encontró una sábana manchada de carmín, y un pasador en el suelo del baño, Miranda sacó sus propias conclusiones. Una semana después vio un camisón colgado detrás de la puerta del baño y no pudo evitar empezar a pensar en quién sería la mujer. Lo peor fue que eso la llevó a pensar en su jefe, y a recordar la sensación que le causaran sus dedos sobre sus hombros aquel día, la forma en que le había

visto en la corte... y aquellos recuerdos estremecieron sus sentimientos.

Sin embargo, ahora sólo pensaba en el vestido que se iba a comprar, y cogió todas las camisas para colgarlas; con la última bailó un vals cogiéndola de la manga, y cantando hasta que de pronto se detuvo, a unos cuantos centímetros de Nicholas Barrett, .quien supuestamente, no debería estar allí.

Se acercó y la miró con las cejas levantadas.

—No le oí entrar—declaró Miranda.

—Es evidente —contestó con una sonrisa sospechosa—.Ya veo que se acompaña del canto y del baile para trabajar.

---¿Hay algo malo en ello? —preguntó ruborizada y sintiéndose culpable de que la hubiese encontrado en aquella situación—. Solía cantar en el coro de la iglesia.

—No, no estoy criticando su voz. Me divierte pensar en usted aquí, trabajando y cantando como canario. Otra faceta de Miranda Smith, supongo que se dirigía a la habitación —se apartó para dejarla pasar y le dijo—,: después de usted, señorita. La siguió hasta la habitación, donde se quitó la corbata mientras ella colgaba las camisas.

—Pero...

—¿Podría usted...?

Empezaron a hablar los dos a la vez, y Miranda se volvió de inmediato, ruborizada al ver que él se había quitado la camisa con la mayor naturalidad.

—Continúe —dijo él.

—Me preguntaba por qué había llegado tan pronto —se volvió.

—Voy a jugar al golf esta tarde. ¿Recuerda la camisa verde que me puse la semana pasada? La que tiene el cuello claro. No la encuentro, y me da suerte —sonrio.

—¿Ya ha mirado en el cajón de arriba? Estoy segura de. haberla puesto allí —Miranda abrió el cajón, y se la dio—. Le ordené los cajones, espero que no le moleste —trataba de hablar con normalidad—. Espero que no le moleste —repitió con voz suave a medida que el pulso se le aceleraba al contemplar su espalda—. Ya he terminado, me voy —añadió con rapidez.

—No se vaya todavía, Miranda, quiero hablar con usted.

—Le espero en la cocina—le dijo, y salió.

Una vez fuera de su alcance y sentada en una silla, se reprendió por haber sido tan tonta y haberse puesto nerviosa cuando él le dijo que quería hablarle.

—A lo mejor va a despedirme —murmuró en voz alta.

—No es algo tan drástico —le dijo él al oído, y Miranda se sobresaltó.

—¿Cómo se las arregla para acercarse a mí sin que me dé cuenta? —le preguntó indignada mientras se volvía hacia él.

—Creo que no es mía la culpa de haber llegado en el momento en que usted bailaba. Estaba tan concentrada que aunque hubiese llegado en tanque no me habría oído. Así, que tiene que absolverme de ese cargo.

—¿Siempre habla en términos legales?

—Supongo que es normal después de todo, usted usa de vez en cuando el lenguaje de la calle ¿no es así?

—Por supuesto que no —respondió ofendida.

—¿No? —preguntó—. ¿Y las palabras que dijo el primer día que vino a verme?

—Es lenguaje de camionero —respondió avergonzada.

—Mire que yo pude ser uno de ellos.

—¿Camionero usted? —creo que se está riendo de mí.

-En absoluto. Fui camionero cerca de Barcaldine, es el pasatiempo de los ociosos hijos de los ricos, mientras deciden qué carrera estudiar.

—No lo sabía -—respondió—. Y cuando deciden, se van... —Guardan algún recuerdo agradable de esa época. ¿Era eso lo que iba a decir?

-Espero que no haya sido víctima de ninguno de ellos.

-No, yo no, pero sé de alguien que sí.

—¿Quién?

-Shirley Tate —lo dijo sin pensar, y después se sonrojó.

—¡Cuántos deseos tengo de conocer a la tantas veces mencionada Shirley Tate! Cuénteme qué sucedió.

—Ella se lo buscó, pero la vi tan afectada que no pude evitar sentir pena por ella. Y cuando la familia no supo qué hacer con el problema, aunque a tiempo hubieran encontrado una solución, ella trató de deshacerse del niño que esperaba. Estuvo a punto de terminar con su vida.

—Espero..., que no la hayan marcado para el resto de su vida.

—Muchos lo intuyeron, pero nadie supo nada, excepto mi familia y yo, y me cuidé muy bien de no divulgarlo.

—¿Recurrió a usted para que la ayudara? Tengo la impresión de que no es de ese tipo...

-~Las dos somos mujeres y nos conocemos de toda la vida. Yo lo sospeché enseguida. Pero creo que no ha aprendido la lección. ¿Sabe a qué me refiero? Si no conquista a Bill Hartley mientras yo

estoy fuera, tengo la impresión de que se irá con el primero que se lo proponga-, para probar que ella puede, y no sentirse rechazada.

—Eso no es muy raro.

—No creo que lo sea —le miró molesta, pero continuó- ¿Qué quiere decir?

—Mi hermana sufre el mismo mal. Le pasó algo parecido no hace mucho y ahora trata de demostrar a todos que es muy aceptada.

—¡Qué pena! No puedo creer que su hermana... Shirley no es muy lista, sabe a qué me refiero, se deja llevar por sus instintos. No creo que su hermana sea una...

—¿Una tonta? La verdad es que no puedo encontrar mejor adjetivo para calificarla. Es muy lista para algunas cosas, pero siempre comete el mismo error, es tan tonta como Shirley Tate.

—¿Y qué hace? —preguntó curiosa.

—¿Quiere decir cuando no está en fiestas, gastándose una fortuna en ropa o redecorando su casa? No mucho. Es periodista, y muy prometedora, hasta que permitió que un hombre que no valía nada la destruyera.

—A lo mejor ella le amaba.

—-¡Oh, vamos!--exclamó sarcástico y se levantó,

—¿No cree usted en el amor?

—Para ser honesto, no. Si existe, se abusa mucho de él, veo ejemplos todos los días. Y si es el amor lo que ha destruido a mi hermana Sarah, pues.,.

No terminó, se encogió de hombros y se volvió para mirarla, haciendo un gesto tan severo que Miranda compadeció a la mujer que se enamorara de él sin esperanzas.

—Sabría uno que está vivo—murmuró y añadió de prisa—: No importa, sólo me preguntaba si sería usted el adecuado para ayudarla. Quiero decir, que es muy difícil hacerlo con las personas que tenemos cerca, ¿no cree? A eso me refería —se sonrojó al ver que él se reía.

Nicholas le acarició la mejilla.

—Probablemente tenga razón en ambas cosas. En lo que dijo y en lo que quiso decir. Dígame ¿esa costumbre suya de llamar a las cosas por su nombre, no le ha causado problemas? —preguntó con curiosidad.

—Ahora es usted el que se burla de mí —respondió molesta, conmovida por el roce de sus dedos en su mejilla. Miranda resistió el impulso de tocarse la cara—. No había tenido problemas de ese tipo hasta que llegué a Brisbane —sonrió triste, pensando que por

qué le producía él aquel efecto. Era como si nunca hubiera visto a un hombre sin camisa o como si nunca le hubieran hecho una caricia.

-¿En qué está pensando, Miranda? Sus palabras la apartaron de sus pensamientos.

—Me preguntaba qué quería decirme —hablaba con dificultad

Él no le contestó de inmediato, pero pareció divertido. Entonces dijo:

-—Voy a ofrecer una cena el sábado por la noche. ¿Trabaja usted ese día?

Ella negó con la cabeza.

—Lunes, miércoles y domingos de dos a ocho —le miró expectante.

—Si me puede ayudar, la señora Marshall piensa que usted es capaz, ¿quiere hacerlo?

—¿Ocuparme de todo?

—Así es. Las compras y preparar la comida le llevaría casi todo el día y parte de la tarde. ¿Qué le parece? Claro que después puede quedarse, no la molestaré.

—¿Cuántas personas son y qué clase de menú tiene pensado?

—Son ocho personas, y no soy quisquilloso con la comida. Lo ideal serían tres platos fáciles, bien preparados y bien servidos.

Miranda se mordió la punta de un dedo y luego sonrió.

-—Creo que soy capaz de hacerlo. Lo he hecho para la señora Wright. Y después puedo parecer una duquesa, a no ser que usted quiera que me muestre como una sirvienta.

La miró y ella se sintió incómoda ante su enigmática mirada.

—Sólo bromeaba...

—No me ha hecho gracia —dijo con amabilidad—. Y no quiero que parezca una sirvienta. Así que esa decisión se la dejo a usted. Le daré dinero para que haga las compras. Nos veremos el sábado por la tarde.

Miranda pospuso la compra del vestido para el día siguiente, porque el viernes era su día libre.

Pensó en todo eso alegremente, hasta que recordó el día de la corte y lo que el fiscal dijo sobre el botón de su blusa.

Le parecía extraño lo que dijeron sobre ella. Pensaba que era parte de esa guerra invisible existente entre hombres y mujeres.

Si un hombre piensa que una mujer está coqueteando, responde con la mejor arma que tiene, y la pone en su lugar haciéndole pensar que sólo sirve para una cosa en la vida. En su caso le hicieron sentirse como si fuera una vaca lechera.

Pensaba que si sólo hubiera sido el fiscal, no le habría importado tanto, pero también fue... Miranda no se explicaba por qué no podía olvidarlo.

Aquella noche, mientras pensaba en el menú que prepararía y pensaba en su vestido nuevo, sus ideas encerraban cierto desafío, como si estuviera decidida a demostrarle a Nicholas Barrett quién era ella, actitud que no podía suprimir del todo.

Decidió servir cordero asado como plato fuerte. Como primer plato pensó en una vichyssoise fría.

Para postre haría una tarta de fresas.

A la mañana siguiente, consideró que lo primero era comprarse el vestido. No tardó mucho en elegirlo. Era un modelo sencillo, muy bien cortado, nada que pareciera que ella deseaba estar en la fiesta, pero al mismo tiempo tenía cierto toque de elegancia.

—Te queda perfecto —le dijo la dependienta—, siempre te sentirás bien vestida. Realza tu figura y va muy bien con tu bronceado. ¿Pasas mucho tiempo en la costa?

La costa Dorada estaba a cuarenta y cinco minutos en coche. Miranda no quiso decepcionar a la vendedora diciéndole que nunca había estado allí.

Miró él precio y después su imagen en el espejo.

—Es precioso —comentó Miranda.

—Una buena tela y un buen corte nunca pueden sentar mal. Es el vestido perfecto para llevar en muchas y distintas ocasiones.

—Me lo llevo.

—Te iría muy bien algo verde. Un toque en ese color haría juego con tus ojos —añadió la dependienta, y Miranda pensó en el collar de su madre, su más preciado tesoro.

Miranda se volvió a mirar en el espejo, fijándose en su cabello, y comentó:

—No sé si cortármelo.

—Sería una pena, sólo amóldalo.

—Sí, lo haré.

Al llegar a su casa estaba exhausta, pero feliz. Colgó su vestido con cuidado y vio el efecto que hacía con sus zapatos nuevos. Se paró frente al espejo y le gustó su nuevo corte de pelo. Siempre se lo había cortado ella misma, al igual que su madre, y su rizado natural ocultaba las deficiencias del corte. Esa tarde decidió ponerse en manos de profesionales, y el resultado le encantó.

El sábado hizo un buen día. Se levantó temprano y preparó un maletín con su vestido nuevo, ropa interior y un delantal, estaba nerviosa.

Compró todo lo necesario, guardando con cuidado las notas de lo que había gastado, después se dirigió al apartamento de Nicholas Barrett, y se dispuso a trabajar con gusto.

Primero preparó la sopa, y después el postre. Después limpió un poco, y al buscar un mantel, divisó una nota que su jefe le había dejado: regresaré hacia las seis, los invitados llegarán a las siete; cenaremos a las ocho.

Miranda miró su reloj. A las dos y media, ya no tenía nada que hacer.

-Vamos a ver —murmuró—, sólo me queda poner la mesa, y preparar los aperitivos, y eso cuanto más tarde lo haga, mejor. Después de todo, me dijo que cuando terminara, podía descansar un rato.

Sonriente, se marchó al despacho y se acomodó en la enorme silla que había detrás del escritorio, después de coger un libro.

A las cuatro dejó el libro, aunque le hubiera gustado seguir leyendo. Se levantó para poner la carne en el horno y darse un baño, vestirse y maquillarse.

Todo estaba en silencio, y decidió poner la radio, pero en ninguna emisora encontró música.

La apagó, y se quedó un momento pensativa. Después de un momento se dirigió al salón y se paró frente a un estupendo tocadiscos.

Lo estudió con mucho cuidado y el mecanismo le pareció parecido al que tenían en su casa. Dudó, pensando si no estaría cometiendo un terrible pecado, repasó con sus manos los discos y se quedó sorprendida. A su familia le gustaba mucho la música. Todos sus hermanos tocaban la guitarra y la batería. El piano de la madre había soportado las manos de cinco hijos, y aunque Miranda adquirió cierta habilidad, ésta no pasaba de algunos valses de Strauss, marchas militares y Para Elisa. Le costó mucho aceptar que no sería una gran pianista, y lo fue olvidando escuchando música, su madre y ella tenían una buena colección de discos.

Pero la cantidad que ahora tenía enfrente, era asombrosa. Mozart, Beethoven, Raehmaninov, Grieg... todos estaban allí, sus favoritos y muchos más. También Billy Joel, Elton John, aunque también le ustaban, prefería la música clásica.

Sin mucha decisión, sacó un disco de su funda. Tenía en la portada un retrato de Mozart, Miranda sonrió feliz mientras lo colocaba en el plato. No tardó en oírse la música. Se dirigió bailando a la cocina se sirvió una copa de jerez, y se la llevó al baño, tenía la mente absorta en la música, se quitó la ropa y se

metió en la ducha, dejando la puerta abierta para poder seguir escuchando. No se dio cuenta de que la música estaba demasiado alta.

De repente, todo se quedó en silencio, ella pensó que sería una pausa de la música y cerró el grifo para salir de la ducha. En ese momento se quedó inmóvil. Después tragó en seco. No era su imaginación, Nicholas Barrett había llegado.

CAPÍTULO 4

SE QUEDÓ helada durante unos segundos, que a ella le parecieron siglos. Como no tenía una toalla al alcance de su mano, corrió las cortinas de la ducha.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Nicholas, y entró en el baño.

—Puse un disco-temblaba al ver que él se acercaba.

—¿En serio? Eso era evidente —se miraron durante un largo rato.

—Lo siento, debí pedirle permiso. ¿Me podría alcanzar una toalla? —miró a su alrededor, y vio qué no había ninguna en el baño- Están en el armario de la ropa blanca —añadió suplicante, con la esperanza de que no viera la copa de jerez sobre el tocador.

Como si leyera sus pensamientos, divisó la copa y la cogió para olerla.

—¿Jerez? —preguntó.

—Pero de cocina —se sentía avergonzada.

—Muy bien, muy bien —volvió a colocar la copa donde estaba —, la señorita Smith ha decidido vivir un poco, tomarse algunas libertades. ¿Cuántas veces ha tomado..., jerez de cocina?

—Es la primera, y nada más le he dado un sorbo, y no pensaba embriagarme —se puso agresiva al ver su mirada irónica—. ¿Tan malo le parece? Una copa de jerez y..., no sé por qué lo hice, puede descontármelo de mi salario si así lo desea. Y si he estropeado el tocadiscos, le digo lo mismo —volvió a detenerse al recordar el libro abierto que había dejado sobre su escritorio.

Respiró profundamente, sabiendo que tomaba el camino equivocado, pero no estaba dispuesta a rebajarse ante aquel hombre, después de lo que le había dicho al fiscal sobre ella.

—Espero que no pretenda utilizar su superioridad sobre mi, señor Barrett; si lo hace, tendrá que ocuparse de su cena.

La miró como sopesando cada palabra de las que acababa de decir. Ella comenzó a temblar y se arrepintió de haberle hablado en ese tono.

Él se acercó y corrió la cortina de un tirón.

—¿Qué está haciendo? —preguntó, tratando de cubrirse con las manos.

—Tomándome algunas libertades —murmuró él con una mirada rara— ¿Le importa? —se acercó para tocarla.

Miranda apretó tos puños y pensó resistirse, pero de inmediato recordó con qué facilidad la había dominado aquella inolvidable

mañana, no tan lejana.

—Muy lista, sería una lástima dejar alguna marca en un cuerpo tan hermoso como éste —murmuró resbalando sus dedos por su garganta.

Temblaba, pero no podía moverse. Comenzó a tener dificultades en la respiración a medida que aquellos dedos se acercaban a sus senos.

Bajó la cabeza, confundida y avergonzada, sabiendo muy bien que ella se lo había buscado al provocarle.

El pánico la invadió e intentó dar un paso atrás, pero sólo consiguió resbalarse, él la sostuvo por la cintura y apareció en sus labios una rara sonrisa cuando añadió:

—No sé como estarás en taquimecanografía, y de tus dotes culinarias me voy a enterar dentro de un momento, pero creo Miranda, que te has equivocado. ¡Has nacido para servir a un solo propósito!

Ella cerró los ojos y bajó la cabeza. Sus palabras habían sido crueles. Sabía que se estaba riendo de ella, lo comprendió al ver sus manos deslizándose por la cintura hasta las caderas.

—Está bien —le miró—. Me lo merezco; actué mal y no debí ser tan orgullosa y agresiva. Lo siento.

—Así está mejor. No es que me importe que ponga discos o que se beba el jerez; hágalo mientras no alborote a todo el vecindario con la música y no se embriague. Es más —añadió míentras tiraba el resto del jerez por el lavabo—, tengo un jerez mucho más fino en el bar. Quédese donde está —salió, llevándose la copa vacía.

—Pruebe éste—le recomendó Nicholas, sonriendo mientras le daba el vaso primero y la toalla después—. Lo encontrará mejor, estoy seguro. No sé lo que habrá cocinado, pero huele muy bien -añadió, y salió del baño.

Pasó un rato antes de que Miranda pudiera moverse y cuando por fin reaccionó, pensó con amargura en Shirley Tate.

Cuando terminó de arreglarse, su entusiasmo había vuelto, aunque no el suficiente como para comprender que se había comportado como una tonta. No supo manejar la situación.

Se cepilló el cabello, pensando en que se moriría de vergüenza cuando le viera. No entendía su comportamiento, y se preguntaba por qué él habría llegado dos horas antes de lo que pensaba.

Dejó el cepillo y se marchó a la cocina.

No se encontró con Barrett hasta que empezó a poner la mesa, y evitó mirarle a los ojos.

—¡Oh, vamos Miranda! —dijo sonriendo.

Ella le miró y se dio cuenta de que se había cambiado de ropa. Llevaba unos pantalones grises y una camisa negra. Se acerco a ella. Después Miranda se volvió.

La cogió por la barbilla para levantarle la cara con un dedo.

—Cualquiera diría que te he violado —le acarició la comisura de los labios— Digamos que los dos somos un poquito..., violentos.

Si aquello era ser un poquito violento, a Miranda no le gustaría saber lo que ocurriría cuando se enfadara.

—Está bien. ¿Sería tan amable de dejarme continuar con mi trabajo, por favor? —y mirándole intensamente, añadió—: Esta noche pretendo demostrarle una de las cosas que puedo hacer bastante bien y que no es...

—Comprendo, no tiene que decirlo. ¿Quiere que elija yo el vino para la comida?

—Si quiere. Yo no sé mucho de eso.

—Yo la enseñaré —y la cogió de la mano.

Miranda miró su mano entre las suyas. Podía oler su aroma, era consciente de su proximidad y del extraño efecto que en ella causaba. Levantó la vista y comprendió que Nicholas sabía cómo le afectaba a ella aquella situación.

Miranda respiró profundamente, retiró su mano y dijo con suavidad:

—Está bien, quieto Macduff. A mi madre le gustaba leer a Shakespeare —añadió al ver su sorpresa—. Por eso me puso de nombre Miranda; leía La Tempestad cuando yo nací.

Y aunque sus palabras eran sinceras, sintió cierta irritación. Se preguntaba si él pensaría que sólo a las personas de la ciudad les gustaba escuchar música y leer libros.

—Una lectura muy apropiada para un momento como ése —la miró sonriente—. Si hubiera estado leyendo el libro que usted dejó sobre mi escritorio, la hubiera llamado Cathy.

Miranda se sonrojó. No era su día.

—Si su madre hubiese estaba leyendo, cuando usted nació, Cumbres Borrascosas, le habría puesto el nombre de Heathcliff, un destino peor que el de Miranda —dijo ella.

—¡Qué cosas piensa! No creo que me hubiera gustado —sonrió.

—Usted hubiera sido un excelente Heathcliff.

Él frunció el ceño y en sus ojos apareció un brillo diabólico.

—¡Acertó! —admitió él con suavidad, y ella comenzó a arrepentirse de sus palabras—. Bienvenida a la jungla, Miranda, aprende rápido. No —le dijo él cuando ella movió la mano—, no trate de cambiarlo. Digamos que por el momento estamos

empatados —y añadió tranquilo—: ¿qué le parece si elegimos el vino mientras no trabaja?

Sus últimas palabras iban y venían en su mente durante la cena, y se preguntaba por qué la habían hecho estremecerse.

Lo volvió a pensar al servir los entremeses y la sopa. Él la presentó a los invitados, incluyendo a su hermana Sarah, una chica morena que parecía completamente formal. De las otras seis personas, dos eran una pareja: con un niño que habían dejado dormido en la habitación de huéspedes, un simpático matrimonio de edad madura, y un hombre y una mujer pelirroja que no parecían tener relación entre ellos. Cuando Miranda sirvió la tarta, tuvo la impresión de que la mujer pelirroja mostraba una actitud posesiva con el anfitrión,

Aquella impresión la confirmó cuando estaba en la cocina y escuchaba la conversación.

— ¡Dios mío! — dijo Sarah— -,. cocina muy bien. ¿Dónde la conseguiste,- Nick?

— Ella me encontró —escuchó decir a Barrett — . ¿Qué te parece, Samantha? Samantha, así se llamaba aquella mujer.

— Lo que más me ha gustado ha sido la tarta, querido Nick, has encontrado un tesoro . ¿Por qué no la habré encontrado yo antes?

Miranda recordó el camisón colgado detrás de la puerta del baño.

Arregló la bandeja con las frutas y el queso, por si a alguien le apetecía. Cogió la jarra de café y se dirigió a la sala.

Llegó en el momento en que Samantha colocaba su mano entre las de Nicholas y atadas se dirigían una mirada íntima.

De nuevo en la cocina, Miranda cerró la puerta con cuidado y se recostó en ella. Después de unos segundos, se apartó de la puerta y se dispuso a limpiar la cocina.

El domingo confundía las órdenes que le daba su jefe hasta que éste le preguntó que qué le ocurría.

— Nada, creo que no le he oído bien — respondió.

— Pues escucha, por favor, tengo la tienda llena de gente. El lunes, en la clase de taquigrafiarle pasó lo mismo.

¿Quiere volver a leer eso otra vez, señorita Miranda? —Este…

Se trata de especificaciones concretas para un puente — aclaró la profesora.

— Este..., sí, el cemento será... Lo siento, estoy distraída.

— Se nota —respondió la profesora molesta, y continuó. No volvió a dirigirse a Miranda durante el resto de la clase.

Cuando la joven llegó a su casa, dejó los libros sobre la mesa y

se preparó una taza de té.

Se la tomó, tratando de analizar sus pensamientos.

No podía continuar así.

Suspiró, preguntándose si alguna vez olvidaría el haber estado desnuda ante él en el baño, y todo lo que siguió.

Se sentía atraída hacia Nicholas Barrett, le parecía un hombre muy atractivo.

De repente, Miranda empezó a temblar. Ella consideraba a Nicholas mental y físicamente atractivo, y pensaba qué tal vez él la vería a ella de la misma manera, por lo menos en cuanto a su físico, porque mentalmente ya le había demostrado lo contrario.

Suspiró, y sintió nostalgia por su casa. ¡Si tuviera a alguien en quien confiar! Si pudiera estar con ellos, eso la ayudaría muchísimo. Pensó en Bill Hartley, que tanto la amaba. Sabía que a su manera, ella también le quería, y esperaba que una vez que se avivara aquella llama que ardía entre ellos, esa inquietud desaparecería.

Si todo eso era cierto, ¿por qué se hallaba en ese estado? ¿Por qué no se reía de Nicholas Barrett y tomaba aquello como un capricho de colegiala?

Se entristeció. Una cosa era soñar con alguien que ni siquiera la conocía, y otra muy diferente tratar a alguien como Nicholas Barrett...

Miranda cerró los ojos, nunca había conocido a nadie que la hiciera pensar tanto. Recordó a su madre, y se calmó. Se había dejado llevar por su imaginación. Estaba segura de que él se comportaría igual con todas las mujeres que pasaran por su vida, sólo que ella había sido un poco más ingenua que las demás.

—¡Y eso es todo! —exclamó en voz alta, poniéndose de pie, decidida a acostarse sin dejarse perturbar más por aquellos pensamientos.

CAPÍTULO 5

LAS DOS semanas siguientes, Miranda las pasó bastante tranquila. No vio a Barrett, pero tenía la rara sensación de que estaba jugando un juego peligroso por estar en su apartamento. El único mensaje que recibió de él fue una breve nota que encontró sobre su escritorio felicitándola por el éxito de la cena; el final no le agradó. Decía: «Si no ha terminado de leer el libro todavía, siéntase con toda libertad de hacerlo».

Miranda sonrió y cogió el libro prestado.

Un jueves, tres semanas después de aquella cena, recibió una llamada telefónica de la señora Marshall.

Intercambiaron amables saludos y después la señora dijo:

—Espero que me haya perdonado por lo que hice, Miranda.

—¿Lo que hizo?—preguntó la joven de inmediato.

—Sí. Cuando usted vino a la entrevista, la reconocí como la protagonista de aquel caso que el señor Barrett había atendido.

—¿Se lo contó él? —preguntó incrédula.

—Sí. Y si hay algo que no tolero es a los hombres que se sienten superiores.

—Pero..., pero —tartamudeó Miranda—. ¿Por qué lo hizo?

—-Yo también llegué un día del campo. Ellos piensan que es una marca qué siempre tienes qué llevar. Decidí ayudarte y demostrarle que tú eras mucho más de lo que él pensaba. Y parece que ha funcionado, querida. Él no ha comentado nada, pero me he dado cuenta de que está muy contento contigo, y ya no se burla de las... —dudó en continuar.

—¿De las campesinas? —preguntó Miranda divertida.

—Exactamente —la señora Marshall asintió y las dos rieron—. Volviendo al trabajo, Miranda, la semana que viene es el cumpleaños de Sarah y se les ha ocurrido prepararle una fiesta de sorpresa. El señor Barrett quiere saber si puedes ayudarle.

—¿Cuántas personas serán y qué quiere que prepare?

—Al parecer ha sido idea de Samantha Seymour, Si aceptas, deberás preguntarle a ella, supongo que tendrás carta blanca —tenía la voz alterada.

A Miranda le pareció que a la señora Marshall no le caía bien Samantha Seymour.

—Está bien, hablaré con ella.

—¿Quieres que la cite en el apartamento el sábado?

—Me parece muy bien. Y gracias por ayudarme.

—Ha sido un placer, Miranda.

El sábado llegó muy rápido. Tal como le había dicho la señora Marshall, Samantha acudió al apartamento de Nicholas Barrett. A Miranda no le pareció tan elegante como la primera vez que la vió.

Samantha le sonrió al decirle:

—Me muero por una taza de café. ¡Desde que me he levantado estoy corriendo!-—Miranda se puso de pie.

—Ahora mismo lo preparo. A mí me sucede lo mismo. No tengo ni un minuto libre.

Samantha se levantó y la siguió hasta la cocina.

—Tienes el apartamento impecable —comentó—. Sí algún día Nick te dice que no te necesita, ven a verme, podría darte trabajo.

Miranda escuchó aquello en silencio mientras preparaba el café.

—¿Cuántas personas vendrán a la fiesta, señorita Seymour?

—He pensado en cincuenta.

—¿Cincuenta?—preguntó asombrada..

—Sí. Es el número necesario para hacerla interesante, y aquí hay espacio suficiente. He pensado que lo ideal sería preparar un buffet, y después la tarta de cumpleaños.

—Eso requiere mucho tiempo para prepararlo; si encarga lo dulce a una pastelería, yo puedo ocuparme del resto.

—¿Podrá usted, preparar comida especial? —preguntó—-. ¿No será mejor que yo le dé el menú?

—Si usted prefiere hacerlo, pero no estaba pensando en pollo con patatas fritas. Otra cosa, no tenemos suficientes platos y vasos. ¿Algo más?

—Me encargaré de eso, traeré algunos. También había pensado en otra cosa, Miranda. Tengo un uniforme de sirvienta en mi casa. Le evitaría ponerse su ropa, ¿no cree? Le quedaría bien.

—No creo —airada se volvió hacia Samantha—. Gracias por preocuparse de mi ropa señorita Seymour. Pero creo que me sentiría un poco incómoda viéndome como una sirvienta. Su café —añadió con suavidad, y le puso enfrente la taza y la azucarera.

—No quise molestarla, póngase lo que quiera.

—-No me ha molestado —respondió, sin hacerle caso—. ¿Algo más?

—No, muchas gracias —Samantha miró su reloj—. ¡Cómo pasa el tiempo! Ahora voy a tener que volar. Miranda, lo dejo todo en sus manos, si tiene algún problema me llama por teléfono—dijo, saliendo ya por la puerta,

Miranda, con el ceño fruncido, fijó su mirada en la puerta. No le extrañaba que a la señora Marshall le cayera mal. Le pareció una

estúpida.

El día anterior a la fiesta, mientras se preparaba para ir a trabajar, le resultaba difícil mantenerse calmada. Había planeado pasar el día preparando comida para adelantarlo todo lo posible, y deseaba tener alguien con quién hablar. Samantha la había dejado sola. Desde el día que hablaron, sólo se comunicó con ella a través de una nota donde decía que ella hiciera las compras y que se las cargara a Nicholas.

Pensaba que le gustaría verle antes de la fiesta, mientras abría la puerta de entrada del apartamento. La cerró y se sobresaltó cuando una puerta se abrió adentro.

—¿Quién anda ahí? —preguntó ella.

—¿Quién cree que sea? —contestó una voz profunda y sarcástica.

—¡Oh, señor Barrett! —exclamó al verle—. Me asustó. Pensaba en usted.

—¡Qué raro Miranda! —dijo—. Yo pensaba en usted. ¿Por qué no comparamos pensamientos? —la observaba detenidamente.

Miranda tragó en seco y pensó que hacía un mes que no le veía. Había esperado mucho tiempo este momento. Sus miradas se encontraron, y Miranda bajó la cabeza. No podía apartarle de su mente. No había cambiado, le parecía atractivo, elegante y le encontraba guapo con su cabello oscuro.

Levantó la vista y él seguía mirándola, ella frunció el ceño al darse cuenta de que no iba tan impecable como siempre. Llevaba un traje negro y una camisa azul, pero no tenía puesta la corbata, su pelo estaba revuelto, y su mirada perdida, como si no la reconociera.

—¿Se encuentra usted bien? No parece... —dio un paso atrás y nerviosa, se frotó las manos, sintió miedo cuando le volvió a mirar.

—Miranda, haz el amor conmigo. Creo que los dos lo estamos deseando —hablaba despacio, Miranda sintió sus dedos sobre la muñeca.

La joven no habló, se preguntaba qué podría decir.

—No es posible, señor Barrett —se sentía incómoda, porque sus palabras le parecieron vacías y trató de decir que no. Hizo un esfuerzo para reponerse—. Creo que está tratando de confundirme —continuó ella—, creo que usted no ha querido decir lo que ha dicho…

—Sí quise, Miranda—la interrumpió.

Ella le miró y sintió que se le debilitaban las rodillas, por la forma en que él la observaba. Nicholas siguió hablando:

—Generalmente siempre digo lo que quiero—hizo una mueca rara—.Esto lo estoy deseando desde hace algún tiempo.

La intentó atraer hacia él, pero ella se resistió.

Permanecieron así un rato que a la muchacha le pareció una eternidad. Él dejó caer el brazo y dio un paso adelante.

Ella dio un paso atras, pero él la hizo regresar, había un brillo de diversión en sus ojos oscuros. Miranda se quedó inmóvil al sentir que él se acercaba de nuevo, esta vez le rodeó sus hombros con las manos.

—No-—murmuró ella—. ¡No, por favor!

—Miranda, podemos disimular y jugar a todos los juegos tontos que quieras, darle el nombre que desees, o ser realistas y admitirlo, como lo estoy haciendo yo ahora. Te deseo desde el día que te encontré en el baño...

Ella temblaba entre sus brazos.

—Sí, es tan simple como eso. Y si yo hubiera utilizado las cartas adecuadas aquella tarde, hubieras dormido conmigo.

Miranda cerró los ojos, trató con desesperación de pensar en lo que podía decir y al fin pronunció las palabras menos adecuadas:

-¿Por qué yo? No pensé que fuera su tipo.

—Eres mi tipo en este momento, querida.

-No sé —se sentía indefensa—. No debo hacerlo —se puso tensa mientras él le acariciaba los brazos.

—¿Por qué no, Miranda? Créeme, sucederá antes o después con cualquier hombre. Me recuerdas a un capullo exótico que está floreciendo sin ser visto, en espera de que alguien lo descubra. Y con un poco de suerte en el camino, comenzarás a disfrutar, podrás ir a donde quieras; piensa en todos esos sueños que yo sé que tienes encerrados en tu corazón.

—¿Y no puedo hacerlos realidad con mi esfuerzo?

— Puede ser —detuvo sus ojos en su rostro—. Pero de esta forma sería mucho más rápido y más divertido —añadió con los labios entreabiertos.

Sus palabras la hicieron reaccionar.

—¿Usted quiere comprarme?

—Yo no lo diría de esa manera...

—Es lo mismo —respondió con la voz temblorosa—. A cambio de unas cuantas semanas de poseer mi cuerpo, tendré una especie de pasaporte a su mundo. Dígame una cosa —se puso rígida—, ¿qué clase de etiqueta va a ponerme cuando haya terminado conmigo? ¿Qué le parece la colegiala tonta, o de segunda

mano, pero todavía servible? Esa es buena. ¿Cree usted que

entonces podré levantarme hasta sus alturas?

Miranda reconoció su expresión, y siguió hablando:

—¡Oh, sí! Ya lo he escuchado todo —añadió entre dientes--. En aquel entonces no era yo su tipo, ¿verdad? Pues no lo sigo siendo. Quizá después de todo tenían razón el fiscal y usted. Quizá no soy más que una pobre campesina, pero pretendo seguir siéndolo, así que tendrá que buscar diversión en otra parte.

—Miranda…

—No me llame Miranda de esa forma—respondió como una fiera— No estoy tan sola ni tan desesperada. Y a propósito, me gusta como soy. Muchas gracias, amable caballero, la respuesta es ¡no! ¡No! —las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

—Le he oído y la primera vez —contestó Nick con frialdad-. No tiene que gritar como una loca.

—¡Oh! —haciendo un esfuerzo sobrehumano se deshizo de los brazos que la rodeaban y se las arregló para estamparle una bofetada en la mejilla.

Él no se movió, se quedó quieto durante un momento. Miranda respiró profundamente mientras él la miraba detenidamente.

—Hay un viejo refrán que dice; ojo por ojo y diente por diente Miranda, ¿ha leído la Biblia?

—Sí —ella suspiró mientras buscaba la forma de huir, pero le fue imposible. Estaba atrapada en sus brazos y en una fracción de segundo, antes de que Nick inclinara la cabeza, ella vio burla en sus ojos.

La besó brutal y salvajemente. Todo cambió a medida que ella se abandonaba ante la lucha desigual y sucumbía entre sus brazos.

Él levantó la cabeza y la miró a los ojos.

—Si eso es comprarla, Miranda, me pregunto... ¡Dios! —exclamó violento—.No me mire así. ¡No ha sido más que un beso!

—Por supuesto. Creo..., creo que ya me voy.

—¿Dónde va?—inquirió molesto.

—A mi casa —se volvió, encontró el picaporte, con un rápido movimiento abrió la puerta y salió.

El trayecto hasta su casa fue como una pesadilla, y cuando por fin llegó, exhausta, se sentó en una silla, incapaz de razonar, agobiada por dos pensamientos que parecían martillar en su cerebro: había perdido su corazón y su trabajo.

—No, Miranda—se corrigió en voz alta, cuando se calmó—. Tu trabajo sí, pero tu corazón, no. Es algo pasajero—se levantó, impaciente,

Se tumbó en la cama y lloró sobre la almohada.

No oyó cuando llamaron a la puerta, pero volvió el rostro al darse cuenta de que ésta se abría, y se enderezó al ver que Nicholas entraba en su habitación y cerraba la puerta. Sorprendida, le miró durante un rato, mientras él observaba la habitación y después su rostro anegado en lágrimas.

Miranda suspiró; con amargura se dio cuenta de lo pobre que le parecía su habitación.

Con un pañuelo se sonó la nariz.

—Supongo que está usted preocupado por su fiesta.

Él se metiólas manos en los bolsillos y sé dirigió a la ventana.

—No me importa la fiesta—miraba la calle a través de la ventana. Se volvió, — he venido para hablar con usted, Miranda. Para..., explicarle.

—No tiene nada que explicar. Dicen que el que escucha, su mal oye. Estoy segura de que toda la corte estaría de su parte.

Él comenzó a decir, pero después cambió de opinión.

—Siento mucho que tengas esa idea de mí, Miranda.

—Creo que lo mejor es que lo olvidemos —ella levantó la vista.

—No, no lo creo. Estaba de muy mal humor esta mañana cuando llegaste a casa. Me acababan de dar la noticia de que un hombre al que iba a defender se había ahorcado. Creía que había sido víctima de ciertas circunstancias, y siempre me incliné a pensar que era inocente, tal como él lo declaraba. Cuando pensé en la falta de fe en la justicia que tiene que haber sentido para cometer un acto de esa naturaleza, me sentí muy deprimido y afectado. Y tú, desafortunadamente, apareciste en el momento menos indicado.

Miranda parpadeó y tragó en seco mientras asimilaba aquello.

-No sabía que..., lo siento—comentó nerviosa.

—No tiene por qué. También tengo fama de malhumorado, como dicen Sarah y la señora Marshall. No tenía por qué saberlo. Tal vez debería ponerme un letrero que dijera: ¡Cuidado, muerde!

.Lo había dicho muy serio, aunque Miranda pudo divisar una ligera sonrisa.

—O caprichoso, al menos eso dice la señora Marshall... —se sonrojó avergonzada.

—Ya me imagino —la interrumpió haciendo una mueca—. La voz de mi conciencia es la señora Marshall.

Miranda sonrió muy a su pesar.

—Supongo que todo está explicado.

—¿Eso crees? :

—¿No lo está? —preguntó como una tonta—. Yo creía que sí.

—Creíste mal, Miranda. Lo que sentía esta mañana me dio fuerza para darle rienda suelta a mi ego, lo que tu encontraste inaceptable. Es más, ahora me doy cuenta de que fue por lo que escuchaste en la corte. Pero eso no altera lo básico, la atracción que existe entre los dos. Dije que podría disimularlo, pero no negar su existencia. ¿Tú sí?

Ella tembló de repente porque la miraba con atención y tuvo la sensación de estar de nuevo ante un jurado.

-No —respondió ella, al fin, tratando de buscar la palabra correcta y hacerle comprender de alguna manera—. Tengo que cuestionármelo, y no sólo por lo que escuché en la corte. Eso —se encogió de hombros—, no tiene la menor importancia, puedo vivir con ello, pero verá, me he sentido atraída..., en otras ocasiones..., un par de veces.

Tragó saliva y miró su rostro añadiendo con dolor:

—Supongo que es algo que va y viene, ¿no es así? Mi madre y mi padre sí que estuvieron enamorados. Lo sé porque lo he visto. La vida no fue fácil para ellos, pero no les importó porque se tenían el uno al otro. Eran diferentes, pero para él, ella era lo más importante en este mundo y para ella era toda su vida. Si me entrego a algún hombre, quiero pensar que es por amor, como lo hicieron ellos. Ya sé que quizá parezca una locura, pero no lo haré de otra forma.

—Ya veo —dijo Nick.

Miranda, desesperada, le miró a los ojos, y todo lo que encontró fue algo que ella interpretó como lástima, y que la colocó en otra situación incómoda. Y la pequeña semilla de esperanza que comenzaba a despuntar en su corazón, se desvaneció. Se volvió, sintiendo una tristeza indescriptible.

Ella hizo un tremendo esfuerzo para reponerse, y habló sin pensar:

—Por otro lado —trataba de mostrarse lo más tranquila que podía—, ya sé que parecerá absurdo, pero usted me ha dado mucha confianza —se las arregló para sonreírle.

—Fue un honor —respondió amablemente, mirándola intrigado.

-—¿Quiere que regrese? Comprenderé si ya no lo desea. O quizá después de la fiesta ya no quiera... —ella levantó los hombros al darse cuenta de que sus palabras no eran más que tonterías, después del momento de tensión por el que habían pasado.

—Miranda, no he venido a verte porqué me importe esa maldita fiesta, todavía no estoy seguro de que sea una buena idea.

—Lo sé—habló despacio.

—Me sentiré muy contento si regresas, si crees que podrás

soportarme. Y con respecto a lo de mañana por la noche —añadió ya más dueño de sí, mirándola fijamente—, si no tienes muchas ganas de trabajar, puedo cancelarlo.

—Se lo agradezco —le contestó tranquila, y respiró profundamente—. Pero dije que lo haría, y lo haré. En realidad, pensé que podría sacar algún beneficio con todo esto. Todavía no he terminado el curso, pero espero hacerlo, y pensé que entre tanta gente podría haber alguien que algún día me contratara, tengo que darme a conocer. Le miró indecisa, pensando que a lo mejor se reía de ella.

—Si lo qué buscas es alguien que te recomiende, cuenta conmigo.

—Gracias —miró su reloj y añadió—: si no quiero echar a perder mi reputación antes de empezar, será mejor que me vaya a trabajar.

CAPÍTULO 6

MIRANDA suspiró, y continuó ordenando la cocina de Nicholas Barret. Cerró la puerta y agobiada se recostó un instante. La fiesta estaba en su climax, y acababa de servir la cena. Rezó para que la comida estuviera buena.

Cerró los ojos y volvió a respirar profundamente. Hizo una mueca al volverlos a abrir y darse cuenta de que todavía estaba todo en desorden.

Llenó el fregadero, y se dispuso a hacer el resto a mano, negándose a pensar en todo lo que le faltaba. Se apresuró, olvidándose de la fiesta y los invitados mientras fregaba y secaba.

Samantha había llegado temprano, e insistió en poner ella la mesa y decorarla. Miranda quiso oponerse, porque ya había pensado cómo hacerlo, pero al final se dio cuenta de que no le daría tiempo. Además, se cortaba ante la presencia de Samantha, porque veía que Nicholas la miraba con admiración.

Miranda dejó de fregar por un momento, y recordó lo que había sucedido media hora antes de que empezara la fiesta. Samantha y Nick habían disfrutado tomando una copa juntos, sentados en el sillón, de espaldas a la ventana, con la luz de la lámpara las estrellas y las luces de Brisbane al fondo.

Era un cuadro precioso, y Miranda contuvo la respiración al cruzar la habitación con una bandeja en la mano. Él se había puesto un traje gris claro con camisa azul, y contemplaba el río. Cuando Miranda pasó, él volvió la cabeza para mirar a Samantha, y le sonrió como afirmando su observación; sus ojos oscuros recorrieron el vestido dorado de Samantha, y volvieron a posarse en su rostro. Miranda tropezó, y se ruborizó cuando él la miró.

Recogió todo y se fue a la cocina; trataba de descifrar qué fue lo que sintió en el momento en que le vio mirar a Samantha de aquella manera...

Pensaba que eran celos, y se sentía ofendida porque él se hubiera olvidado de ella tan pronto. De repente, se rió de sus pensamientos. En realidad comprendía que simplemente la vio desnuda y decidió que quería acostarse con ella. Ella se negó, y no podía esperar que la deseara eternamente.

Miranda, miró los platos, y se apresuró. Pensó en la hermana de Nicholas, Sarah, que llegó esa noche al apartamento con la idea de que le ofrecerían una pequeña cena de cumpleaños. Fue sola y, para sorpresa de Miranda, se asomó a la puerta de la cocina. Le pareció

cansada y triste. Nick la felicitó. Miranda se quedó impresionada por el enorme parecido entre los dos, y por la expresión de preocupación en los ojos de Nicholas cuando abrazó a la hermana. Momentos después, el silencioso apartamento se iluminó, y todos gritaron: ¡sorpresa!, ¡sorpresa!

Sarah se sorprendió al verse envuelta en un tumulto de abrazos y felicitaciones.

Miranda pensó que tal vez estaba imaginando cosas, porque veía un brillo raro en los oscuros ojos de Sarah; parecía agotada.

Apenas la conocía, pero fue la única entre toda esa muchedumbre, que se molesto en asomarse a la cocina y preguntarle cómo iba todo. Porque para Samantha ella no era más que una..., esclava.

Miranda cerró uno de los armarios y se rió de sí misma.

«Una esclava muy bien pagada. ¿Por qué me preocupo de que me vea como a una sirvienta?» pensó.

Continuó trabajando, haciendo caso omiso de sus pensamientos. Ya había conseguido limpiar la cocina y se disponía a saborear una taza de té, cuando de repente un pensamiento extraño la asaltó.

Bajó la taza y la examinó con cuidado. Le había parecido ver en Sarah la misma expresión que vio en su hermano el día que llegó a su apartamento, y le pidió que hicieran el amor.

Se tomó tranquilamente la taza de té.

Después, se dedicó a mirar desde la cocina sin que la vieran, y se estremeció. De todas formas no era asunto suyo. Abrió la puerta de la cocina y salió a ver cómo había quedado su comida.

La luz del salón había disminuido, y con excepción de algunos grupos dispersos, la mayoría de los invitados bailaba. Se detuvo un momento antes de dirigirse al comedor. La música era suave, parecía invitarla. Cerró los ojos y su imaginación le jugó una mala pasada, creyó estar entre los brazos de Nicholas moviéndose al ritmo de la música.

Abrió los ojos, y encontró la visión protagonizada por Nicholas y Samantha.

Miranda se dirigió hacia el comedor.

Al parecer su comida había sido un éxito, lo supo al ver la mesa. No había quedado mucho, y se dispuso a recoger los vasos y platos vacíos, y colocarlos en la bandeja. Unas cuantas personas llegaron en ese momento al comedor, y al verla se dieron cuenta de quién se trataba y la saludaron efusivamente.

En uno de aquellos viajes al comedor, y cuando ya casi había recogido toda la mesa, la asaltó un raro pensamiento. En todos sus

recorridos al comedor no había visto ni una sola vez a Sarah, y tampoco estaba entre los que bailaban.

Miranda no se explicaba cómo podía tener esos pensamientos cuando apenas conocía a Sarah Barrett.

Volvió a la cocina, puso la bandeja sobre la mesa y tomó una repentina decisión. Cuando Shirley Tate, su presentimiento se había cumplido.

Los dormitorios del apartamento estaban vacíos. Miranda pensó en el estudio y lo revisó; también estaba desierto. Tal vez había bebido demasiado, y se fue a refugiar a la habitación principal. Se dio cuenta en eí momento que entró, de que la puerta del baño estaba entreabierta, y se angustió. Se dirigió hacia ella y llamó con suavidad. No hubo respuesta y empujó la puerta para pasar. Miranda ahogó un grito ante el espectáculo que tenía delante. Sarah yacía sobre el blanco suelo y le salía sangre de una de sus muñecas.

Miranda reaccionó rápidamente. Cogió una toalla que estaba colgada detrás y la enredó en la muñeca. Recogió el pelo de Sarah, y le puso la cabeza en su regazo, la inspeccionó. Le buscó el pulso. Iba muy lento. Con mucho cuidado le colocó la cabeza sobre otras toallas, y fue en busca de ayuda.

En el pasillo se encontró con una mujer de mediana edad. —-Buscaba el baño—le dijo.

—Es la siguiente puerta a la derecha, pero por favor antes busque al. señor Barrett y dígale que venga., que la señorita Smith quiere verle urgentemente.

La, mujer se dirigió hacia el salón, Miranda regresó al baño y se arrodilló para observar de nuevo a Sarah. La toalla parecía estar causando efecto, no se le ocurrió qué más podría hacer. Se inclinó sobre el rostro inconsciente y dijo:

—¡Oh Sarah, qué mal te sentirías para hacer algo como esto! Las cosas no pueden estar tan mal. Ya verás,...

—¡Dios!

Miranda volvió la cabeza ante la exclamación y se sintió más tranquila al ver a Nicholas en la puerta del baño con Samantha a su lado. Ella miraba con desagrado la sangre que había en el suelo y en el vestido de Miranda,

—¡Santo cielo! —suspiró Samantha—, No soporto ver la sangre —se puso una mano en la cabeza, y Nick la empujó sin delicadeza, .para entrar en el baño y arrodillarse junto a Miranda.

—No creo que esté muy mal —le comentó Miranda cuando él levantó el brazo con la muñeca vendada; tenía el rostro pálido y estaba asustado—. Me da la impresión de que no ha sucedido hace

mucho.

—¡Está muy pálida!

—No es por la pérdida de sangre, seguramente se habrá desmayado. Debemos llevarla a un hospital para que la examine un médico lo antes posible. Mientras usted se ocupa de eso, yo me quedaré con ella, no se preocupe —trató de calmarle—, la cuidaré —y le colocó la cabeza sobre su regazo para poderla tener entre sus brazos.

Él se levantó, y sin siquiera mirar a Samantha, pasó junto a ella a tal velocidad que casi la tiró; ésta sin saber por qué, le dirigió una mirada de odio a Miranda, antes de volverse y correr detrás de él.

Miranda se fue en la ambulancia con Nicholas y Sarah.

—Se pondrá bien, nos hemos dado cuenta muy a tiempo —le comentó a él.

—¿Por qué lo hizo? —inquirió violento.

—Nick —por primera vez le llamó por su nombre—, no debe culparse. Hay personas que reaccionan así y no se puede evitar.

—Sí, yo sabía lo que estaba sufriendo y permití que se llevara a cabo esta fiesta, que no serviría de nada. ¿Por qué no se olvidará de él?

Miranda tembló al oírle hablar de aquella manera, y sin pensarlo se le acercó y le rodeó con un brazo, como si estuviera consolando a un niño.

—No debe culparse. Cualquiera se puede dar cuenta de lo mucho que la quiere.

—Y le estoy fallando —había tensión en su voz y como si fuera lo más natural del mundo, la cogió entre sus brazos—. ¡Si tú supieras cuanto he deseado ayudarla! Y ahora...

—Se pondrá bien, la hemos traído muy a tiempo.

—La has traído muy a tiempo —y la apretó más entre sus brazos —. De no haber sido por ti, habría muerto. ¿Cómo la encontraste?

—Tuve un presentimiento. Me fijé en ella cuando vino, y después de lo que usted me había contado, decidí buscarla.

—Gracias, Miranda —la volvió a rodear con sus brazos.

Permanecieron así durante unos minutos. Ella se deshizo de los brazos, y cogiéndole una mano, le dijo con amabilidad:

—Venga, vamos a sentarnos. Veré si consigo un poco de café para los dos.

—No, iré yo. Tú siéntate —ya se había repuesto un poco. La llevó hasta una silla—. No creo que te encuentres demasiado bien —comentó al ver lo nerviosa que estaba—. Tu vestido se ha puesto perdido. —Miranda observó el vestido que se había comprado para

la primera cena.

—No importa, no es más que un vestido.

—Te compraré otro.

Ella iba a decir que no, cuando la puerta de la sala de espera se abrió, y ambos miraron en esa dirección; era una enfermera que les llevaba dos tazas de café.

—¿Qué tal está mi hermana?

La enfermera no lo sabía, les dejó el café y se marchó.

—Siéntese, Nick —le pidió Miranda con dulzura—. Están haciendo todo lo que pueden.

Se sentó junto a ella. ,

—He llamado a un amigo médico, y ya debería estar- aquí.

—A lo mejor ya ha llegado, de todas maneras, aquí hay muchos doctores.

—Ya lo sé, pero este es muy bueno.

—Estoy segura de que aquí todos están perfectamente preparados para tratar este tipo de emergencias. ¡Es un hospital muy grande!

—Miranda, he estado a punto de tirarle el café a la enfermera, y podría hacer lo mismo contigo si no te callas y dejas de decir tonterías.

—Continúe, si eso le hace sentirse mejor. En estos momentos no me importa, sé que se está desahogando.

Le miró calmada y le vio respirar profundamente. Él habló casi sin mover los labios.

—Bill Hartley es tonto, debió llevarte a la cama hace años. Si yo hubiera estado en su lugar, lo habría hecho, y no te hubiese dejado marchar.

—¿Por qué..., por qué me dice eso? —tartamudeó, ruborizándose.

Nick se fijó en el color que apareció en sus mejillas, durante tanto rato, que ella pensó que no le iba a contestar. Pero fue él quien rompió el silencio; dejó la taza sobre la mesa, y le cogió una mano.

—Si hubiera sabido que tenía que pasar por esto, no habría encontrado mejor persona para que me acompañara que tú, Miranda. A eso es a lo que me refiero. Tú serás una perfecta esposa para alguien, y la verdadera madre de sus hijos. Tienes una fuerza interna que no armoniza con esas curvas voluptuosas que posees.

Miranda se sobrepuso a lo herida que se sintió, pero no lo demostró. Habló despacio:

—Gracias, pero no me siento ni tranquila ni muy fuerte, eso sí,

procuro disimularlo. Cuando esté segura de que Sarah está fuera de peligro probablemente empezaré a llorar.

Le dirigió una sonrisa temblorosa y no se resistió cuando él le apretó la mano. Se quedaron sentados en silencio durante un tiempo que les pareció una eternidad.

Las puertas se abrieron y un médico entró y se dirigió hacia ellos. Nick exclamó:

—¡David! ¡Gracias a Dios que has venido! ¿Cómo está?

—Se pondrá bien pronto, Nick.

Miranda se quedó sentada, no tenía fuerzas ni para levantarse, y se limitó a escucharles hablar.

—Te lo aseguro, Nick, ya está fuera de peligro, pero ha sido suerte que la encontrarais tan a tiempo.

—La encontró Miranda, aquí está. Si no hubiera sido por ella...

—No hice gran cosa —respondió mientras las lágrimas corrían por sus mejillas y se daba cuenta de que ambos la miraban preocupados—. Estoy bien —aseguró con voz débil.

—Creo que os podéis ir a descansar, Sarah está bajo sedantes y no se puede hacer nada más —les recomendó el doctor.

—No quiero irme, prefiero estar con ella —dijo Nick.

—Te dejarán verla ahora un momento, aunque tardará mucho en recobrar el conocimiento. Vete a casa y date un buen baño, después te sentirás mejor para afrontar lo que sea. Mientras tanto, yo permaneceré aquí sin quitarle la vista de encima, confía en mí.

Nick se miró las manchas de sangre de su camisa y luego observó a Miranda.

—Tienes razón, a Sarah no le gustaría verme así. Vamos, Miranda.

—Por aquí no se va a mi casa —le comunicó Miranda al ver que Nicholas se dirigía despacio por las oscuras calles, como si todo movimiento fuera un gran esfuerzo para él.

La miró sin expresión en el rostro, y Miranda se mordió el labio.

—No importa, puedo terminar de limpiar. De todas maneras no creo que hubiera podido dormir...

Cuando llegaron, se encontraron con que el apartamento estaba tan limpio y recogido como si allí no hubiera habido ninguna fiesta. Vieron una nota de Samantha, que Nick leyó, hizo una mueca y se la dio a Miranda. Él fue a servirse algo de beber.

Ella leyó: «Me voy a casa a cambiarme de ropa, Nick, regresaré tan pronto como pueda».

Miranda se sentó, le oyó marcar un número en el teléfono y

después hablar irritado con alguien.

—Está bien, Samantha. No, no tiene caso que vengas porque no estaré. Quiero estar con ella cuando vuelva en sí. Te lo agradezco, has hecho todo lo que has podido, después te llamaré.

Molesto, colocó el auricular en su sitio. Miranda le observó cuando se sentó junto a la ventana. Se afligió al verle tan angustiado.

—No debería enojarse con ella, mucha gente no puede ver la sangre.

Nick fijó la mirada en el vaso que tenía en la mano.

—Supongo que a nadie le gusta verla —comentó momentos después—. Tienes razón, aunque no pensaba en eso, sino en que la idea de la fiesta había sido suya. Dijo que Sarah lo tomaría como un gesto de afecto. ¡Qué sabe ella lo que necesita mi hermana! Tengo la impresión de que no te agrada. ¿Por qué tratas de defenderla?

—No creo que sea el momento más apropiado para hablar sobre ello. En realidad no la conozco —se encogió de hombros, le sorprendió que él empezara a reírse—. ¿De qué se ríe? —le preguntó intrigada.

-De ti.

—¿Por qué de mí?

—Porque al parecer nuestra Miranda campesina, está aprendiendo a ser diplomática —le sonrió, haciendo que su corazón latiera muy deprisa—. Pero puedes decirme lo que te gusta de Samantha. Su talento para mostrarse siempre bella y... otras cualidades que tiene, no me han hecho cerrar los ojos ante sus defectos.

—No puedo imaginarme a qué otras cualidades se refiere. ¿Es qué los hombres no saben pensar en otra cosa?

—A veces, pero generalmente no en lo que se refiere a mujeres bonitas. Por ejemplo, hace una semana, estaba yo algo..., atormentado por la visión de tus senos y pensaba en ellos en los lugares menos adecuados.

Miranda, que en ese momento daba un sorbo a su bebida, se atragantó, y tuvo que tolerar lo mucho que Nick se estaba di virtiendo a su costa.

—Pareces sorprendida —añadió burlón cuando ella pudo reponerse—. No pensé que fueras tan ingenua.

—Normalmente, no lo soy —ríe mintió—, aunque, bueno, supongo que estoy, porque... —se calló impotente.

—¿No crees que los hombres piensen así?

—¡No! No creo que siempre piensen así —se movió incómoda,

deseando poderse explicar mejor, pero le fue imposible.

Nick se rió abiertamente de ella.

—Mi querida Miranda, a pesar de lo que pienses, te apuesto que aquel día, no hubo un solo hombre en aquella sala, desde el magistrado hasta el portero, que no te desnudara en su imaginación. No sólo es cosa de hombres vulgares.

Le miró con cinismo el sonrojado rostro, mientras ella se movía inquieta. Y antes de que pudiera decir nada, él continuó:

—No me digas que sólo somos los hombres los que sufrimos esa aberración. ¿Nunca has visto a un hombre que te haya atraído físicamente antes de conocerle? ¿No te has preguntado qué sentirías al tocarle y que él te tocara? ¿O es que para ti hay una regla, y primero tienes que conocerle, hablar durante seis semanas, y cogeros las manos las siguientes seis semanas, antes de que puedas permitirte esos sentimientos?

Miranda seguía contemplando su vaso y se preguntó si sabría él lo que le estaba haciendo, si lo hacía intencionadamente, si le habría leído la mente ese día en la corte. La mano le tembló un momento al recordar el día del baño, y un intenso dolor se le clavó en el corazón.

—No sé como hemos llegado a todo esto —contestó hosca—, supongo que todos lo sentimos así. Lo que yo critico es que me consideren como si fuera un objeto. Como usted y aquel horrible fiscal lo hicieron ese día. No creo que las mujeres analicemos tan fríamente a las personas. Y para que lo sepa, consideró que las mujeres somos mucho más realistas acerca de todo eso.

—Continúa, me interesa —añadió al ver que ella dudaba.

Se movió inquieta y tomó aire.

—Para comenzar, los hombres no se ajustan a tan rígidos patrones, y no estamos tan atraídas por aspectos físicos. Quiero decir, si un hombre es sensible y un amante inteligente, se puede vivir feliz con él sin el hecho de que sea un Robert Rédford.

Levantó la vista, él la miraba con atención.

—¿Y qué tal entra Bill Hartley en tu imagen de amante sensible e inteligente?

—Muy bien —contestó—, tiene la nariz rota y sus amigos no le considerarían atractivo. Ahí está lo que le digo, tiene algo en sus ojos..., y en sus manos, cualquier mujer de los alrededores le aceptaría.

Hizo una pausa y apartó la vista de él, ya que le pareció ver un repentino e inconfundible gesto de incredulidad en sus ojos. Se imaginó que se estaría preguntando si ella se habría acostado con

Bill o con otro cualquiera, e imaginó ver un destello de ira en su mirada. Ella continuó hablando:

—Para usted, como para muchos hombres, la imagen física parece que es lo único que cuenta. Por ejemplo, aquel día en la corte, quiso probarme, al menos eso dijo, creía que yo no era más que una campesina que trataba de seducir al magistrado -se encogió de hombros al ver que los párpados de Nick se entrecerraban y siguió—: El caso de Samantha Seymour. Podrá tener mucho talento en la cama y en realidad es una de las mujeres más guapas que he visto, pero también la más vacía que he conocido, y si me permite decírselo, no creo que sea una persona muy humana. ¿Puede desmentirme?

Le miró inquisitiva, había beligerancia en sus ojos.

—No. Y ante todo esto, aún no descifro muy bien qué fue lo que te molestó más aquel día. ¿Qué te dijera que no eras mi tipo, o que te quisiera poner a prueba?

—Si quiere que le responda honestamente, le diré que todo lo que dijo de mí aquel día me molestó. ¿Está tratando de cambiar de tema?

Él sonrió, y dijo:

—No, no creo que ella sea la persona más adorable del mundo, pero la verdad es que no le pediré más...

—Debería hacerlo —le interrumpió—. O búsquese otra persona. Le podría ir muy bien, y quizá entienda lo que estoy tratando de decirle.

—¿Te estás ofreciendo para el puesto? —le preguntó con una enorme sonrisa y la mirada enigmática.

Miranda contó hasta diez, tratando de relajarse.

—Lo siento —respondió tranquila—. No era mi intención sermonearle, ¿Por qué no se da un baño? Yo no tengo ropa para cambiarme, así que si no le importa, puede dejarme en mi casa cuando regrese al hospital —miró a su alrededor—, aquí ya no tengo nada que hacer.

Observó su mirada sombría y el gesto apesadumbrado.

—¿Te imaginas lo sola que tiene que haberse sentido para hacer una cosa como ésa? Y yo no sé cómo ayudarla —añadió en voz bajá.

Él se puso de pie y terminó su bebida.

—Miranda—le dijo de repente—-, quédate aquí el resto de la noche. Después de ver a Sarah y a los médicos, quisiera hablar contigo. Puedes ponerte algún pijama mío o algo, te veo cansadísima.

—Bueno…, yo…

—No volveré hasta mañana, si es lo que te preocupa —añadió impaciente.

—No, es que…

—Entonces, ¿qué es? ¿No crees que sería mejor que te dieras un baño caliente y que te metieras en una de las camas vacías que hay? Y si algo inesperado sucediera en el hospital, puedo llamarte aquí, sin tener que molestar a nadie.

—Está bien, me quedaré. ¿Quiere que regrese con usted al hospital?

Nick le acarició una mejilla. Y no, es mejor que te acuestes. Gracias por todo.

Él se volvió, para meterse en su habitación; unos minutos despues ella oyó el agua que caía de la ducha.

Miranda se quedó donde estaba con la mano en su mejilla, estaba demasiado inquieta como para moverse.

Pensaba que si en ese momento el le pidiera cualquier cosa, lo haría con tal de confortarle y desvanecer su tensión y cansancio.

CAPÍTULO 7

MIRANDA SE despertó. La luz del sol le daba en su rostro, y el ruido del timbre de la puerta se le metía en sus oídos. Tardó uno o dos minutos en recordar dónde se encontraba, después se pasó la mano por el cabello, y se levantó de la cama. Miró a su alrededor buscando algo que ponerse, ya que el timbre seguía sonando insistentemente; no encontró nada, se vio con una camisa de dormir de hombre. La cubriría más que una camisa de pijama. Le llamó la atención ya que estaba en su envoltorio original, no había sido estrenada, y pensó que a lo mejor era regalo de alguien que tenía mucho sentido del humor. No imaginaba ella lo pronto que saldría de su duda.

—Ya voy —gritó al oír que el timbre seguía sonando, y olvidó su intención de buscar algo más apropiado para ponerse.

Cuando abrió la puerta, se encontró con Samantha, parada en la puerta con el brazo levantado dispuesta a llamar de nuevo, al timbre. Ambas se quedaron sorprendidas.

—¡Oh! —dijo Miranda—, es usted. Entre, él no está; se fue...

—¿Qué hace usted aquí? No, no me lo diga —continuó sin darle tiempo a Miranda de hablar—. Supe desde el momento en que la vi, que estaba detrás de él. Y al parecer lo ha conseguido; ¡es una vulgar prostituta! —gritó enfurecida.

—Espere, está usted... —trató de hablar, aunque estaba aturdida.

—No me dé explicaciones —y con un movimiento rápido se acercó a ella, y levantó la mano y la abofeteó—. Es usted una fresca —continuó, Miranda dio un paso atrás—. Hasta lleva puesta la camisa que le regalé el día de su cumpleaños. Le habrá deslumhrado, pero será algo temporal, no piense que le retendrá para siempre, ¿y le digo por qué? —le advirtió entrando y cerrando la puerta de la calle de un fuerte portazo.

—No podría detenerla —murmuró Miranda, molesta, con la mano en la cabeza—, pero créame no hay necesidad.

—Sí, claro que la hay. ¿Sabe lo que él piensa de usted? Que es una pobre campesina, quizá un poco más lista que las demás, pero destinada al fin y al cabo a terminar en alguna granja, rodeada de diez chiquillos, porque usted no sirve más que para eso, para parir y criar hijos.

Miranda se puso pálida. .

—¿Eso dijo él? —la voz no parecía suya.

Samantha sonrió satisfecha.

—Dijo más, querida. Anoche..., en fin, no quiero hacerle más daño —miró a Miranda de arriba a abajo—. Si yo fuera usted, me iría de aquí. Porque nunca podrá ser suyo, ni siquiera después de lo que hizo por Sarah anoche. Conozco a Nick y una vez que se le haya pasado, la dejará con el corazón herido. El Nicholas Barrett de ese mundo no es para usted, querida, ha picado demasiado alto. Vayase a su casa y cásese con su príncipe azul, Bill Hartley. Haga caso de mi consejo si todavía le queda algo de cordura.

Miranda se quedó pensativa. La mención del nombre de Bill daba autenticidad a las palabras de Samantha. Temblaba al pensar en ellos hablando de Bill y ella, y riéndose con toda tranquilidad. Seguramente también le habría hablado de Shirley Tate...

Miranda no se lo podía creer, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no desatar su ira. No se explicaba cómo había podido hacerle eso.

Un movimiento de Samantha la hizo volver a la realidad. La miró como si no la conociera.

—¿Miranda?—preguntó Samantha.

—Como suele suceder, su consejo ha sido un poco prematuro, pero sospecho que tiene sus motivos, y lo acepto. Dígale que me voy a casa; le encontrará en el hospital. A propósito, pasó allí toda la noche—abrió la puerta.

Samantha dudó.

-Miranda, siento haberle hecho daño.

—Sobreviviré.

—Es que al verla con esa camisa de dormir..., me invadió la ira —continuó nerviosa.

—Supongo que es lógico —no se daba cuenta de lo pálida que estaba—. No tenía idea de lo significativo que podría ser. Señorita Seymour, si tanto le quiere usted, creo que debería decírselo y quizá dejarle.

—No entiendo qué quiere decir.

Miranda se encogió de hombros y por un momento pensó en repetir las palabras que sobre ella había dicho Nicholas, pero se mordió la lengua. Pensó que esa actitud no la ayudaría.

—No se preocupe, ¿se va o se queda?

—Me voy —respondió muy digna—. Creo que ha sido muy lista y espero no volverá verla—añadió Samantha, olvidando su fugaz momento de remordimiento.

—Yo también —murmuró Miranda mientras cerraba la puerta al salir Samantha y se recostaba en ella. Sin poderlo evitar, empezó a llorar.

No sabía qué hacer, ¿cómo podía quedarse después de haberla escuchado y sentir lo que sentía? Y ¿cómo volver a su casa, sintiéndose así? En esos momentos, a la persona que más necesitaba era a Bill. Suspiró angustiada, las lágrimas continuaron rodando por sus mejillas.

Unos minutos después se armó de valor, se quitó de la puerta, y se dirigió al teléfono del despacho.

—Quiero saber qué tal sigue Sarah Barrett.

—¿Es usted un familiar? —preguntó una voz.

—No, pero estaba con ella cuando ingresó en el hospital.

—Está fuera de peligro. Su hermano está con ella ahora. ¿Quiere hablar con él?

—No, gracias ¿está usted seguro de lo que me acaba de decir?

—Totalmente seguro.

Miranda colocó el auricular en su lugar y se quedó pensativa mirando por la ventana. Con los ojos bañados en lágrimas, se volvió para mirar el despacho, y pensó con dolor en Nicholas Barrett.

Le imaginó contándole a Samantha, que la había encontrado en el baño tomándose un jerez, y se preguntó si esa historia no andaría de boca en boca entre la alta sociedad de Brisbane, gracias a Samantha. Luego pensó en lo cerca que había estado la noche anterior de tirar todas sus buenas intenciones por la borda, ¡qué difícil le era no sucumbir a los dictados de su cuerpo cuando estaba junto a él!

Miró los estantes llenos de libros y empezó a temblar. .«Samantha tiene razón, sólo tengo una opción y ésa es irme.» Se angustió al pensar que aquello sería también el fin de sus sueños de independencia, de obtener un buen empleo, porque sin Nick eso le parecía imposible, sin mencionar que Samantha encontraría la forma de hundirla. Y mientras lo pensaba comprendió, por primera vez, lo mucho que ese sueño le había ayudado a disimular sus emociones desde que conoció a Nick Barrett.

Se sentía desolada. Se encontraba con un curso de secretaria sin terminar, y un trabajo que odiaba y que no le daba lo suficiente para mantenerse.

Sonrió con tristeza al pensar en lo que tenía ahorrado. Le quedaba un sobre que le había dado Nick el día anterior, y que todavía no había abierto, pero aunque sabía que habría sido muy bien pagada por lo de la fiesta, con eso no podría quedarse más que una cuantas semanas, si no lograba conseguir otro trabajo.

Se sentó detrás del escritorio y de repente, tuvo una idea. Miró el teléfono y pensó en lo incómodos que eran los teléfonos públicos,

y lo difícil que era mantener una llamada privada.

El corazón le latía deprisa; pero de repente sintió la necesidad de hablar, y sin pensarlo dos veces, se encontró con el receptor en la mano, pidiendo una llamada a Goondiwindi, se sabía el número de memoria.

Dijo a la telefonista que cuando terminara la llamada, le dijera cuánto costaba. Puso el auricular en su lugar, y se sentó a esperar nerviosa, rezando para que Nick no regresara a casa o tratara de llamarla, aunque estaba segura de que no dejaría a Sarah por nada del mundo.

El timbre del teléfono sonó. Miranda levantó el auricular.

—¿Hola?

—¿Miranda? ¿Eres tú?

—¡Oh, Bill! ¿Cómo supiste que era yo? —interrogó sonriente.

—-Siempre reconoceré tu voz, Miranda. ¿Qué tal estás, cariño?

Detuvo la respiración al recordar la forma en que la llamaba.

—No..., no estoy muy segura, Bill. ¿Qué tal estás tú?

Hubo un silencio momentáneo. El habló muy tranquilo:

—Te extraño como un condenado, Miranda. ¿Por qué lloras, cariño?

—Porque yo también te echo de menos —hablaba entre lágrimas —. En estos momentos me acuerdo mucho de todos vosotros... —sollozó.

—¿Por qué no vienes a casa, amor? —sus palabras le parecieron dichas con mucho esfuerzo y le dolió pensar en las esperanzas que abrigaría. Podía imaginarse su expresión.

—¡Oh, Bill! Creo que ahora estoy más confusa que antes, quizá como nunca.

—Miranda, aunque tardes todo el tiempo del mundo, yo siempre estaré aquí, esperándote. Si vinieras a mí ahora, yo... bueno, si te estás preguntando si todavía te quiero, es como si me preguntaras si todavía respiro. Si aún no estás segura, puedo esperar.

-—Bill, has tenido tanta paciencia conmigo, cómo podría yo...

Él la interrumpió.

—Amor mío, ésa es la última cosa en la que debes pensar para volver a mí, es la única manera en que no te quiero. ¿Miranda?

—Sí, todavía estoy aquí. Bill, no sé cómo agradecerte. Bill...

Cerró los ojos y le contó lo que había pensado hacer desde que había hablado con Samantha.

—Me voy de Brisbane, Bill. No —le dijo de inmediato—, no te preocupes, voy a tomar unas vacaciones para descansar. No iré muy lejos, llamaré desde donde esté tan pronto como pueda.

—Prométeme que lo harás. Porque si no recibo unas líneas o una llamada tuya dentro de unos días, iré a buscarte. Quiero saber dónde estás. Y si en algún momento me necesitas.

—Te lo prometo, Bill —murmuró—. Adiós.

Fue el timbre del teléfono lo que nuevamente la sacó de sus pensamientos. Contestó con miedo, era la operadora para decirle el costo de la llamada. Después se levantó y miró a su alrededor, preguntándose por qué se le hacía tan difícil abandonar todo aquello. No eran las crueles palabras de Samantha, tampoco Bill, ni siquiera el saber que no significaba nada para Nicholas Barrett, sino el hecho de que se apartaría de él para siempre. Se puso el vestido manchado de sangre. Dejó algún dinero sobre la cocina para pagar la llamada, y se imaginó a Nick pensando para qué sería. Cuando tuvo todo listo, salió en el primer autocar que la conduciría fuera de la ciudad.

Al día siguiente se encontraba en la playa de Burleigh Heads admirando los pinos y tomando el sol. Había alquilado una tienda de campaña por una semana en un camping.

Escribió una carta a Bill y otra a su familia, les decía dónde se encontraba, y que estaba bien.

Aquella noche en su pequeña tienda, oyendo el sonido de las olas del mar, supo que no podía seguir ocultando la realidad por más tiempo, el verdadero motivo de su amargura y el dolor que sentía. Si no hubiera conocido a Nicholas Barrett, se habría podido casar con Bill, y compartir con él una vida feliz.

Lloró en la oscuridad, por Bill y por ella, ahora podía comprender lo que él sentía. Él amor de Nick, le impedía amar a otro.

Hizo un tiempo estupendo, Miranda nado, tomó baños de sol, y dio largos paseos bajo la luz de la luna. Se relajó bastante, pero aún necesitaba estar sola algún día más; no le apetecía hablar con nadie, ni siquiera con las amables familias que la rodeaban sin mencionar los admiradores que la asediaban a cada momento en la playa. Algunos hombres ya mayores, habían intentado acercarsele, pero su indiferencia era tan grande que todos habían desistido.

El fin de semana, se dio cuenta de que no podía posponer por más tiempo una decisión acerca del futuro. Cogió el periódico y decidió buscar trabajo como camarera en algún restaurante. Alquiló la tienda por otra semana, decidida a que si no encontraba trabajo en ese tiempo, regresaría a su casa. A su casa y a Bill. La idea la hizo cerrar los ojos con dolor. ¡Cómo era capaz de torturar a Bill de aquella manera!

Todavía pensaba en eso, a la mañana siguiente, cuando se tropezó con Nick en el centro comercial de Burleigh Heads, donde iba a hacer sus compras.

Por un segundo no pudo creerlo.

—¡Usted! —exclamo ella al verle—. ¿Qué está haciendo aquí?

Nicholas la miró en silencio durante un momento.

—Casualmente lo mismo que tú, Miranda, estoy pasando unos días de vacaciones.

—¿Quién está cuidando a Sarah?

Él entrecerró los párpados.

—Ahora me doy cuenta de por qué me preguntas eso —la miró con un aire de desprecio que la dejó helada—. Disculpa si me equivoqué, pensé que te habías lavado las manos con Sarah. No es que ella tenga nada que reclamarte, por supuesto.

—No fue así —le interrumpió con voz temblorosa—. Me imagino que importa mucho lo que le pase a Sarah..., es difícil de explicar—por un momento, Miranda se preguntó si aquello sería una pesadilla.

Nick levantó las cejas irónico.

—Eso creo. Me resulta difícil imaginarte cuidando a alguien —dejó caer la mano y se encogió de hombros— Como te dije antes, ella no tiene nada que reprocharte.

—Es que usted no comprende —miró a su alrededor dándose cuenta de que llamaba la atención de todos los que pasaban a su alrededor.

—Si crees que todavía puedes convencerme, estoy dispuesto a escucharte, pero no creo que éste sea el lugar indicado. Tengo el coche aparcado cerca de aquí —se volvió para enseñárselo.

—No quiero ir a ninguna parte con usted.

—Porque eres una cobarde —dijo—:. Puede que disfrutes haciendo espectáculos, pareces tener un talento especial para ello, pero yo no. Si vas a venir conmigo, ven tranquila. Si no, puedes irte al infierno.

Miranda se humedeció los labios.

—Podré ser muchas cosas, usted se ha dado el gusto de llamarme de muy diversas maneras, pero si lo que piensa es que le tengo miedo, está equivocado. Me agradará mucho decirle unas cuantas verdades. ¡Bueno, muchachos! —se volvió hacia el pequeño grupo de personas que había arremolinado a su alrededor, y les dijo adiós con la mano al mismo tiempo que les decía—: Se acabó el espectáculo. Por aquí señor Barrett, ya he divisado su coche.

Caminó, invadida por una ira que nunca había experimentado.

Llegaron al coche, él le abrió la puerta, se subieron, y se marcharon de allí.

—Le odio —le dijo fría y claramente, mientras él entraba en un aparcamiento subterráneo—. Le odio y le desprecio como nunca he despreciado ni odiado a nadie.

—¿En serio? —le preguntó, con una sonrisa que le hizo recordar la primera vez que le vio en la corte—. Tengo que admitir, que a pesar de todo, tu presencia no es nada aburrida. He cambiado de opinión con respecto a ti. No creo que sólo la cocina sea tu fuerte —apagó el motor, y se volvió hacia ella—. Podrías ser la mujer orquesta más famosa del mundo.

Intentó atacarle como un gato salvaje. Él controló el ataque y Miranda terminó en sus brazos con el cuerpo junto al de él y sin poder evitar que él bajara la cabeza para administrarle el castigo que tan merecido se tenía.

Fue un beso salvaje, pero Miranda no supo cuándo su deseo de escapar se convirtió en otra cosa muy diferente. Pudo ser en el momento en que sus manos quedaron libres, y sin embargo, en vez de tirar de sus cabellos, deseó acariciarlos. Quizá fue por que sus manos le acariciaban.

Fuese por lo que fuese, cuando terminó de besarla, Miranda temblaba entre sus brazos. Su rabia y su ira se habían desvanecido.

—Este es el problema, ¿verdad, Miranda? —-le preguntó Nick con voz suave y la mirada ardiente—. Por eso te fuiste, no puedes aceptarlo.

No contestó, no podía hacerlo, apretó los puños para impedir que sus manos comenzaran a acariciarle.

Él se acomodó en el asiento, y la miró serio.

—¿Crees que podemos entrar y discutir esto con tranquilidad?

Miranda cerró los ojos y supo que no podía ir a ningún lado en aquel estado.

—Nick, no puedo hacerlo. Sólo puedo pensar con claridad estando lejos de usted.

—¿Y cuando me besas? —preguntó con curiosidad.

Ella ladeó la cabeza para que él no viera la desolación en sus ojos.

—Todos mis sentidos me dicen que desconfíe... Es como me siento ahora.

—¿Y si cambiamos los términos y miramos este..., conflicto, desde otro punto de vista?

Se puso tensa y le observó con curiosidad, no muy segura de

entenderle. De repente, se asustó.

—¿Quiere decir..., que me acueste con usted? Yo...

—Quiero decir, si nos casamos —sonrió al ver la expresión de Miranda.

Miranda dejó el vaso que tenía en la mano, sobre la mesa de forja, y miró a su alrededor, mareada. Estaba sentada en una amplia terraza del salón que daba a la bahía.

Nick sentado frente a ella, la miraba pensativo. Miranda habló por primera vez desde que había bajado del coche.

—¿Alquila este apartamento para las vacaciones?

—Es de la familia.

—Es muy bonito —dijo ella momentos después, y pensó en lo rara que era la vida. Casualmente, había ido a parar a la playa en la que él tenía un apartamento.

—Sí, lo es —asintió con amabilidad—. ¿Te gustaría dar un paseo por los alrededores?

—No, gracias —se sonrojó al ver su mirada de diversión—. ¿Qué tengo que decir? —preguntó tensa.

—Sí o no es generalmente lo que se contesta a las proposiciones matrimoniales, supongo —respondió irónico—. Bébete el refresco, te sentará bien.

—Supongo que imagina que yo no creí eso de que se quiere casar conmigo. —Lo dije en serio.

—¿Por qué? —murmuró, y le miró fijamente.

La miró pensativo.

—De nuevo me sorprende tu ingenuidad, Miranda. Es la única forma en que podré llevarte a la cama.

—¡Pues no! —exclamó furiosa.

—No lo tenía pensado —la miró risueño—. Si recuerdas cómo reaccionaste en el coche, en el apartamento y día del baño, eso fue lo que precipitó esto, sobre todo el día que se te olvidó cerrar la puerta del baño...

—Lo dice como si yo lo hubiera hecho intencionadamente —le interrumpió molesta—. No esperaba que llegara tan pronto.

—Lo sé. No te estoy acusando de seducirme, pero cada vez se hace más difícil, ¿no crees?

—No sería así —dijo ella—, si me dejara marchar.

—Eso es cuestionable, ¿es otra opción? A pesar de lo que he dicho, Miranda, no puedo negar que tengo un sentimiento profundo hacia ti, nunca he tratado de negarlo.

—No comprendo —estaba aturdida.

—Querida Miranda —sonrió—, ¿no comprendes que sea lo que sea, entre nosotros existe algo muy poderoso? De no ser así, no estarías aquí.

Ella recostó la cabeza y trató de pensar.

—Algo muy poderoso —respondió ella al fin—, no sé por qué, desconfío.

—Entonces, razónalo de esta manera, si es lo que te perturba. Ahora, estamos aquí completamente solos, nadie nos molesta. Podemos terminar nuestras bebidas —acabó el contenido de su vaso y continuó tranquilo—: Después, puedo coger tu mano de esta manera.

Miranda fijó su mirada en la mano que se apoderaba de la suya. Él siguió hablando:

—Muy despacio para saborear hasta la última pulgada de tu hermoso cuerpo; con delicadeza, deslizar mis manos por tus hombros, hasta las caderas, hacerte arder de pasión con mi boca y mis manos, hasta que me ruegues que te posea...

Ella se estremeció:

—Ese es el motivo por el que quiere casarse conmigo.

Nick se sentó lejos de ella y la miró con detenimiento.

—Lo es, aunque te sorprenda. Puede que sea el sexo lo que nos atrae, pero al menos, si voy a ser el primero en..., el primero con alguien como tú, puedo darte algo a cambio.

—¿Qué? ¿El divorcio?

Él se encogió de hombros.

—¡Quién sabe! Podríamos sorprendernos mutuamente.

Su mirada era tan honesta como sus palabras. Miranda intentó hablar, pero no pudo.

Pasó un rato y él comentó:

—Confiésalo, es mejor para ti ser la primera señora Barrett, que sólo Miranda Smith de segunda mano.

A pesar de todo, Miranda le amaba, y la idea de vivir sin él le resultaba insoportable. Pensaba que estar enamorado de alguien, no tenía nada que ver con no ser correspondido.

Abrió los ojos y se humedeció los labios. Iba a hablar, pero él se adelantó.

—Algo más, Miranda. Dos cosas.

Ella parecía hechizada. Nicholas continuó:

—Está la cuestión monetaria.

—Nunca me casaría por dinero —se sonrojó y la ira brilló en sus ojos.

—Es raro, pero te creo —le dijo divertido—. Sin embargo, no

puedo evitar darme cuenta de..., tus necesidades. Conseguir un trabajo aquí, quizá un poco mejor que el que tenías en Brisbane, o irte a casa —la miró con mucha más agudeza que de costumbre. Tus alternativas , me parecen algo limitadas.

—Yo...

—No, termina de escucharme.

—Si va a seguir siendo tan humillante, no se moleste.

—Lo siento, pero se trata de Sarah. Tú eres la única persona que conozco que podría sacarla de este lío, la única que puede hablar con sensatez, porque tiene una formación familiar sólida, una filosofía muy particular, aunada a un gran pragmatismo; además, creo que eres la persona más indicada para ayudarla, más que el mejor siquiatra del mundo. He hablado con varios expertos sobre el tema y han coincidido conmigo.

—¿Por qué tengo que casarme con usted para ayudar a Sarah?

—Porque voy a llevarme a Sarah a vivir conmigo, no al apartamento, sino a una casa que tengo, con jardín. No creo —se mostraba irónico— que tú y yo podamos vivir bajo el mismo techo sin que exista algún convenio entre nosotros. ¿No lo crees así? —la miraba fijamente.

—No puedo pensar con claridad. ¿Qué podré hacer en mi tiempo libre, después de cuidar a Sarah?—se detuvo de pronto, al pensar que tenía que considerar los pros y los contras.

—Puedes dedicarme a mí el resto del tiempo —contestó con una sonrisa y los párpados entrecerrados, que le transmitieron a ella las más increíbles sensaciones.

Miranda se puso de pie.

—¡No puedo hacerlo! Me parece todo tan frío —se puso tensa al ver que se reía de ella, sabía que él pensaba que lo único que no había en aquel asunto era frialdad.

—Está bien —Nick se puso de pie y se encogió de hombros—. Yo tenía razón, eres una cobarde. Prefieres pasar el resto de tu vida en la duda, ¿no es así?

Suspiró angustiada y supo que él tenía razón. Pasaría el resto de su vida dudando. La idea la estremeció hasta lo más profundo de su ser. La duda de si sería o no capaz de conseguir que él la amase.

Por. fin levantó la cabeza, se miraron un rato que les pareció eterno. Muy despacio, él extendió una mano, y Miranda levantó la suya para entrelazarlas.

Él bajó la cabeza para mirar las manos unidas y después la miró a los ojos.

—¿Esto significa tu rendición, Miranda?

—No lo sé —estaba nerviosa—. Yo…

—Tocó sus labios con la mano que tenía libre.

—Comprendo, que así sea -—añadió con ternura—. Vamos —la condujo hacia adentro.

Todo fue tal como él dijo que sería.

La desnudó muy despacio y la acostó sobre la cama.

Miranda luchó contra el pánico y la timidez que de repente invadió todo su cuerpo y le sostuvo la mirada con los ojos muy abiertos.

Un momento después, estando él en la cama junto a ella, acariciándole, murmuró:

—¿Por qué no intentas acarciarme tú?

Miranda temía parecer una inexperta.

Al sentir el tacto suave de su espalda, se desvanecieron sus temores y comenzó a relajarse poco a poco.

Sintió cómo una hermosa sensación erótica se apoderaba de sus sentidos bajo sus manos, que no dejaban de acariciarla. Hasta que ella se volvió invitándole inconscientemente y vio cómo la observaba admirado antes de inclinar la cabeza para besarle.

Cuando pasó todo, Miranda no pudo evitar que se le saltaran las lágrimas.

Lágrimas que Nick limpió de sus mejillas unos momentos después.

La miró con ternura.

—Estaba equivocado, no eres cobarde. ¡Y eras virgen! Te felicito.

Miranda parpadeó y resistió el impulso de detener la mano que ahora se posaba en sus labios.

—¿De verdad lo dudaste?

—Digamos que…, lo creía imposible.

—Quizá me debí haber puesto un letrero, otro más.

—Quizá sí —dijo él. Miranda se puso en tensión al sentir sus dedos en sus caderas—. ¿Ahora te casarás conmigo, Miranda?

Todavía una pequeña parte de su mente se resistía a creer aquello. Se volvió hacia él con los ojos muy abiertos y se encontró con que la miraba intensamente.

—¿Porque después de todo era virgen?

Nick sonrió. .

—En serio, nunca lo dudé ni un momento. Pero nada ha cambiado ¿o sí? A no ser que te hayas sentido desilusionada.

—Te debí parecer muy ingenua.

—Ingenua, y excitante.

—-¿Te agradó? —preguntó a la vez que se ruborizaba. Él la miró y le acarició el rostro y él cuello.

—Para mí, estuviste excelente. Aunque en muchas cosas conseguiríamos ponernos de acuerdo, tengo que aceptar que me pareces muy atractiva. Me di cuenta de cada una de tus emociones, del miedo pasaste a la más honesta entrega, me lo decían tus ojos verdes mientras hacíamos el amor —dudó un momento y después añadió muy serio—: Sé que no te estoy ofreciendo lo que tuvieron tus padres. Tengo mis convicciones y no está en mí prometer que voy a amarte hasta que la muerte nos separe…, porque no puede garantizarlo. Ahora te necesito, te quiero. Así como creo que tú me quieres y me necesitas.

Ella sonrió, pero sabía que no era más que una forma de expresar sus sentimientos.

—Si hay algo que admiro en ti, es tu honestidad —hablaba despacio, mientras ahondaba en su alma y se daba cuenta de que era precisamente eso lo que la empujaba al abismo y la obligaba a arriesgarse—. Está bien, me casaré contigo, si me prometes una cosa: que nunca dejarás de ser honesto conmigo.

Le pareció ver una luz de alegría en sus ojos, pero desapareció de inmediato para convertirse en algo que ella no pudo descifrar.

De todas formas, Miranda lo olvidó cuando él cogió un mechón de su pelo entre sus dedos y se lo retiró de su rostro.

—Podría recitarte en estos momentos una hermosa poesía, Miranda. O mejor, te contaría un chiste —le besó en el cabello.

—¿Por qué? Quiero decir…

—Porque me gusta hacerte reír.

Le miró divertida.

—Algunas poesías me hacen reír…—dijo.

Los dedos de Nick se movían por su nuca.

—¿Entonces?

—Dependerá de la calidad de tu poesía, ¿no crees?

—Si de eso se trata, prepárate.

—¡Eres un…! —empezó a decir ella, pero él la besó con tal dulzura que las lágrimas rodaron por sus mejillas hasta que él la abrazó muy fuerte para que su cuerpo dejara de temblar entre sus brazos.

—Así está mejor —le dijo—. ¿Ya te encuentras bien?

Ella asintió sin palabras y él le levantó el rostro para mirarla a los ojos.

—¿Te gustaría volverlo a intentar? Creo que te gustaría más esta

vez. Contamos con todo el tiempo del mundo —recorrió la línea de sus labios con la mano—. Tú decides.

CAPÍTULO 8

MIRANDA se sentó a contemplar las plantas del jardín. Se quitó el guante de jardinería y el anillo de compromiso de su mano izquierda. Sólo llevaban un mes casados.

Apenas estaba disfrutando de la hermosa casa rodeada de jardines, desde donde se veía la bahía que tanto le gustaba. En Burleigh Heads pasaron tres días juntos, y después regresaron a Brisbane. La boda fue muy sencilla, sólo asistieron la señora Marshall y David Mackenzie, el médico que había atendido a Sarah.

Si la señora Marshall se había sorprendido por la rapidez con que sucedió todo, y por la novia, lo había disimulado muy bien. Miranda pensó que hasta le había parecido que estaba contenta cuando felicitó a Nicholas y la abrazó afectuosamente a ella. A lo mejor lo imaginó, porque si en realidad se alegraba por ellos, sería la única persona. La hermana mayor de Nicholas, no parecía demasiado contenta con aquella boda.

Miranda se estremeció al recordar el día en que conoció a Lilian.

—¿Te has vuelto loco, Nick? ¿Cuándo te has casado? Además, ¿quién es ella?

—Mi esposa —contestó él cortante—. Te parezca bien o no, Lilian no tienes que dar tu opinión al respecto.

Después sucedió lo peor. Al parecer, después de tanto tiempo sin verla, Lilian se sentía responsable de Sarah y reaccionó con violencia ante los planes de Nick.

—Es que… —-balbuceó como una tonta—, ¡No puedes hacer eso, Sarah ni siquiera la conoce! No quiero escuchar nada más. Si tú has decidido complicarte la vida, allá tú, yo no puedo hacer nada —añadió enfadada y Miranda comprendió que habría oído hablar de ella, y la habría catalogado—. Sarah se queda con Lawrence y conmigo. ¡Y no podrás hacer nada para impedirlo!

—¡Claro que puedo hacer algo! —Le contestó el hermano amenazador—. Aunque tenga que conseguirle un certificado de enfermedad mental, lo que no me será difícil. Ya es hora de que conozca a la persona que le salvó la vida. . .

Miranda tembló y cogió una margarita.

Después de aquello, Miranda pudo comprobar la reacción de su familia ante su matrimonio. Les había escrito dos cartas con mucha facilidad, el día anterior a la boda.

Miró la margarita que destruía entre sus manos y volvió a recordar. Recordó la sorpresa que se había llevado hacía unos días,

cuando al abrir la puerta una noche...

—¡Papá, oh, papá! —le miró y se arrojo en sus brazos riendo y llorando al mismo tiempo—. ¡Oh, papá!

—Tenía que venir, Mirry -respondió, y le acarició sus cabellos como si todavía fuera una niña—. Tenía que cerciorarme de que eras feliz.

—Entra. ¿Has venido en coche? Por lo menos tienes que quedarte esta noche, no puedo dejar que te vayas tan pronto. ¿Nick?

Nicholas ya estaba junto a ellos con la mano extendida hacia el padre.

—Señor Smith, es un placer conocerle.

Miranda estaba colgada del brazo de su padre, lo sintió tenso y contuvo la respiración. En el fondo de su corazón sabía las reservas que tendría su padre sobre un matrimonio que se había llevado a cabo con tanta rapidez y con un hombre desconocido.

Se sintió sobrecogida cuando su padre le apartó su brazo y dijo:

—¿Cómo está usted? Espero que no le moleste que yo haya aparecido tan de repente, es la única hija que tengo.

Entonces, algo muy curioso sucedió. Ambos hombres se miraron de frente, el padre crítico, evaluando, dejando entrever en su rostro el dolor que sentía.

Nick no dijo nada, aceptó la mirada escrutadora como si supiera y comprendiera todo lo que aquel hombre estaba sintiendo.

Miranda observaba y se preguntaba muchas cosas sobre aquella comunicación sin palabras. Fue el padre quien rompió el silencio. Pareció relajarse como si hubiera leído algo en los ojos de Nick que hubiera disipado sus temores.

Le dio vueltas al sombrero que tenía entre sus manos y dijo:

—Mirry, si me ofreces una taza de café te lo agradeceré—le acarició la mejilla.

Miranda más tranquila, corrió a preparar el café y algo de comer. Sabía que todo no estaba resuelto, sólo la primera batalla parecía ganada, pero ya era algo. Cuando se sentaron a tomar el café no pudo evitar demostrar la felicidad que asomaba a su rostro. Estaba ansiosa por preguntarle cosas a su padre; Nick para su sorpresa, comenzó a hablar de ganado, con tanto conocimiento que ella le observaba admirada.

Hablaron hasta la medianoche, y el padre no mencionó nada de su matrimonio, ella sabía que los observaba y que todavía no bajaba la guardia.

Finalmente, Nick se puso de pie y dijo:

—Me voy a la cama, seguramente, deseará hablar a solas con su hija. Buenas noches. Si cambia de opinión y decide quedarse un par de días más…

El padre se levantó.

—Gracias, Nick, te lo agradezco: Estamos en plena cosecha, por eso me tengo que ir mañana al amanecer. Siempre que queráis ir a nuestra casa seréis bienvenidos. Si no me la llevas muy a menudo, vendremos todos por aquí a verla, ¡así que ya estás advertido!

Lo dijo sonriendo, y de nuevo Miranda percibió que se establecía una especie de comunicación sin palabras entre ellos.

Se volvió hacía su hija en el momento que Nick desapareció.

—Espero que vayas a menudo a vernos, te vamos a extrañar mucho.

—¿Papá? —quiso explicarle en el momento que el padre le cogió la mano.

—No, Miranda, no tienes nada que explicarme, confío en ti.

En primer lugar, porque eres igual que tu madre y en segundo, porque sólo con mirarte, sé que todo está bien. Y hay cosas entre un hombre y una mujer que no pueden explicarse. Sólo… —dudó.

—¿No te ha caído bien? —-le preguntó de inmediato.

—Sí, es un hombre, un verdadero hombre. Pero a veces los hombres en nuestra ignorancia, a mí también me pasó, pensamos que las mujeres sólo sirven para una cosa. Tu madre me demostró lo contrario —la miró con cariño, le apretó una mano y le dijo—: Como te he dicho, eres la viva imagen de tu madre. Piensa en ello, siempre que le necesites, Mirry…

Miranda suspiró y volvió al presente. No supo cómo su padre lo había superado, pero lo había hecho. Ella tampoco se sintió muy apesadumbrada, sabía que era una carga menos para él.

Pensó en la carta que le había enviado Bill, poco después de la visita de su padre; era una carta cariñosa, y Miranda comprendió que no era más que un intento por romper la barrera que ella iba a sentir cuando regresara a Goondiwindi. Bill le decía que si ella era feliz, que él también lo sería.

Miranda, con la margarita entre sus dedos, se preguntaba si en realidad era feliz. Fijó su vista en el diamante que llevaba en el dedo y trató de analizar qué sentía al estar casada con Nicholas Barrett, uno de los más brillantes abogados del estado. Había sido un mes muy ajetreado, atendiendo a Nick todos los días, y organizando el traslado del apartamento a aquella casa. Por otra parte, había sido un mes muy tranquilo, sin muchas oportunidades para divertirse, ella estaba concentrada, tratando de adaptarse a

aquel tipo de vida, lo que le exigía mucho tiempo. Y aprovechaba no sólo mientras él trabajaba, sino también cuando se llevaba trabajo a casa, lo que hacía con mucha frecuencia.

Sin embargo, nunca se había sentido tan viva.

Cerró los ojos y pensó que después de un mes, todavía se ruborizaba y se estremecía cuando recordaba los momentos de intimidad. Nick podía ser salvaje unas veces y tierno otras, trataba su cuerpo como si fuera una posesión personal, e insistía siempre en desnudarla antes de hacer el amor.

Dejando aparte los momentos íntimos, la relación entre ellos era muy curiosa. Se llevaban muy bien, al menos hasta ahora, pero Miranda echaba en falta algo que no sabía exactamente lo que era. A no ser que fuera afecto. Sí, lo supo en ese momento. Se preguntaba cómo era posible que dos personas que estaban tan unidas en un sentido, estuvieron tan alejados en otro.

A Miranda le daba la impresión de que existía una especie de barrera entre ellos. Y con tristeza, pensaba que tal vez era la diferencia entre amor y deseo.

Contempló pensativa la enorme bahía durante un largo rato. Se sobresaltó al sentir una mano sobre su hombro, y se volvió para encontrarse con la mirada enigmática de su marido.

—Una margarita por tus pensamientos.

—¡Ah! —Miranda sonrió y se ruborizó levemente cuando se quitó la flor de la boca—. Nada del otro mundo, es que el jardín me fascina. Me encantaría trabajar en él si no te importa.-

—¿Por qué habría de importarme? —le contestó de inmediato y la ayudó a ponerse dé pie—. ¿No me digas que ese es otro de tus talentos?

—No lo sé, aunque me gustaría que lo fuera.

—Buena suerte —y la sorprendió cuando cogió una margarita y se la puso a ella en el pelo, detrás de la oreja—. Nunca me había fijado en lo bonitas que son. Me traigo a alguien a casa, a Sarah. Está sacando sus cosas.

Miranda se alegró de ver a Sarah otra vez, pero la encontró pálida y muy delgada.

Fue un momento de tensión; miedo de que a Sarah la hubieran coaccionado para que fuera con ellos.

La misma joven la sacó de la duda cuando le dijo:

—No he tenido la oportunidad de darte las gracias por lo que hiciste por mí. Me debieron haber matado por el mal rato que os hice pasar.

—No te preocupes —le respondió afectuosa—. Me alegro mucho

de que quieras quedarte con nosotros.

Miranda deseaba ser su amiga. Estaba decidida a ayudarla.

Esa noche cenaron juntos, aunque era evidente que Sarah se sentía incómoda. Creía que les molestaba.

—No vendré muy a menudo a cenar, Nick —le aclaro mostrando algo de la viveza que le quedaba en sus oscuros ojos.

—Puedes hacerlo con tanta frecuencia como quieras —contestó tranquilo—. A Miranda le encanta cocinar y una tercera persona le sería de mucha ayuda.

—Miranda también es una recién casada —apuntó Sarah, sonriendo, haciendo referencia al matrimonio de su hermano —.Estoy segura de que lo último que desea es que alguien ande metiendo la nariz en su casa. Lo siento —empujó su plato—. No es tu comida, Miranda, no tengo apetito. Si me perdonáis, creo que me iré a la cama. No me mires así, Nick, ¡no voy a hacer nada! —y se fue corriendo a su habitación.

—¡Déjala, Nick! —exclamó Miranda, cariñosa—. Es cuestión de tiempo.

—A lo mejor no es algo tan simple como lo de Shirley Tate -— añadió preocupado.

—Nunca pensé que lo fuera, pero eso no me impide intentarlo — levantó el rostro desafiante—. A no ser que pienses otra cosa.

Él se tranquilizó.

—No., claro que no, pero es que no soporto verla así.

—¿Qué estas haciendo, Miranda? —le preguntó Sarah acercándose a ella.

El corazón de Miranda se aceleró, era la primera vez en dos semanas, desde que había llegado, que Sarah mostraba algún interés en sus actividades.

—Bordando. Mi madre me enseñó —respondió con una sonrisa —, es una de las mejores formas de calmar los nervios.

Sarah levantó las cejas.

—Nunca hubiera imaginado que necesitaras calmar tus nervios; si tienes alguna preocupación, la verdad es que la disimulas a la perfección.

—No lo hago para calmar mis nervios.

—Ni a mí tampoco me sirvió para eso —contestó Sarah con el ceño fruncido, observando cómo los dedos de Miranda se movían—. Intentaron tranquilizarme de muchas formas mientras permanecí en el hospital.

—No lo hago ni por mis nervios ni por los tuyos —volvió a sonreír—. Es para la mesa del comedor. Es tan bonita que He pensado que en lugar de un mantel que la tape entera, utilizaremos mantelitos individuales. Vamos a ver —adopto una actitud pensativa—, Ya he hecho dos.

Sarah la miró.

—Me sorprende que no hayas querido decorar de nuevo esta casa. El mobiliario es bastante anticuado, ¿no crees?

—¿Lo es? Me pareció antiguo, pero bonito. Sin embargo, debo admitir que no soy una experta —añadió con tristeza.

—Antiguo, es la palabra —repitió Sarah, también con cierta tristeza—. Forma parte de mis primeras impresiones. Imagino que Nick te habrá contado que ésta es nuestra casa, todos hemos crecido aquí. El caserón fue construido para nuestra querida abuela y sintió mucha amargura cuando se la llevaron. Había vivido aquí toda su vida, por eso le dolió tanto que la desbancaran. Supongo que serás consciente de que has pasado a formar parte de una familia muy conflictiva. A veces pienso que Nick es el único normal de nosotros.

—Hasta ahora sólo conozco a dos parientes tuyos.

Sarah la interrumpió para decirle:

—Lilian. Todo lo que puedo decirte es que gracias a Dios que me rescatasteis de sus garras, Miranda. No tienes idea de lo oportunos que habéis sido, si aún no estaba loca, ella iba a volverme. ¡Me sermoneaba continuamente!

Miranda sonrió y se preguntó si Sarah sabría hasta qué punto había sido oportuno el matrimonio de su hermano. Pero prefirió no pensar en eso y concentrarse en la conversación de Sarah. No era mucho, pero al menos estaba deseosa de hablar.

Miranda comunicó con frialdad:

—Lilian no me quiere y creo que sé por qué —se encogió de hombros—. No es que me importe mucho, bueno..., la verdad es que sí. Fui su sirvienta, todo el mundo lo sabe. Por otro lado, aunque una a veces está muy segura de lo que hace, creo que se necesitan nervios de acero cuando se entra en una familia de vuestra clase social. Debo confesarte que a veces me molesta —añadió.

Miranda tembló al pensar que la aguda mirada de Sarah descubriera que sus palabras no eran más que un intento de sacarla de su encierro.

—¡Miranda! —exclamó Sarah por fin—. Me sorprendes, no pensé que trivialidades como ésas te preocuparan.

—¿A quién no? —se encogió de hombros—. Es humano, ¿no

crees?

—Supongo que sí —afirmó de inmediato—. ¿Qué piensas hacer al respecto?

Miranda rió.

—Juzgar mi error, probablemente —dejó el bordado y lo recogió. Cambió de tema—. ¿Quién tocaba el piano?

—Este..., yo —dijo Sarah, y se mordió el labio. Miranda detectó una nota diferente en la voz de Sarah, un algo de alegría que ni siquiera su aspecto de desesperanza podía borrar.

Miranda comentó:

—El piano me encanta. Es un sonido tan puro, ¿no crees? Es mi instrumento favorito. Y —sonrió—, sentí una gran decepción cuando me di cuenta de que no tenía talento para tocarlo.

Levantó la vista y se encontró con que Sarah la miraba fijamente.

-¿Todavía tocas? —le preguntó.

—En alguna fiesta, cuando alguien quiere que le acompañe. Todos en casa tocamos algo, pero creo que mi hermano Bill es el que más talento tiene, toca la guitarra. Solíamos tocar juntos —de repente sollozó, y añadió—: Me acuerdo mucho de ellos.

—A Nick le gusta mucho la música —comentó Sarah—. Tiene una colección magnífica de discos de música clásica.

Miranda se quedó en silencio al recordar la primera y única vez que escuchó un disco de Nick.

—Sí, lo sé. Tendré que sacarlos algún día —no continuó explicando que la única razón por 1a que no lo había hecho antes era que se sentía herida porque Nick no le había confesado su pasión por la música, sabiendo que ella la compartía.

Miranda levantó la vista cuando Sarah, dijo:

—¿El viejo piano estará afinado?

Miranda pensó que si no lo estaba, mandaría que lo afinaran. Le agradaba que Sarah mostrase interés en algo.

Unos días después, Sarah parecía interesarse por la ropa de Miranda. Y esa fue la causa de la primera discusión entre Nick y su esposa.

Todo empezó de la manera más simple, con una pequeña cena que Nick ofrecería a un colega suyo que partía para América. Miranda comenzó los preparativos unos días antes, y decidió que se compraría un vestido. Se sentía muy entusiasmada, sobre todo porque no tendría que preocuparse por el dinero.

Y su emoción se convirtió en alegría incontenible cuando Sarah entró en la cocina para ver que hacía Miranda y le preguntó:

—¿Qué piensas ponerte?
Miranda lo pensó.
—Iré a comprarme un vestido. ¿Qué crees que sería mejor, un vestido largo o uno corto?
Sarah le hizo algunas preguntas sobre la cena, y después le dijo:
—Si quieres puedo acompañarte. Conozco algunas tiendas...
—¿Qué te parece si nos vamos ahora? -preguntó Miranda.
En unas cuantas horas había conseguido dos objetivos. Se había comprado un vestido de sueño, y Sarah comenzó a sentir interés por las cosas. Cuando llegaron a la casa, se dio cuenta de lo cansada que estaba, y no le extrañó que se acostara sin cenar.
Miranda estaba satisfecha.
—¿Qué tal? -preguntó su esposo.
Miranda se asustó.
—¡No te he oído entrar, Nick!
—Lo sé —contestó con una sonrisa mientras dejaba su chaqueta sobre una silla y se aflojaba la corbata—. ¿He llegado hace como diez minutos. ¿Te apetece una copa?
- gracias.
Él se la ofreció, y se acomodó en un sillón frente a ella.
—¿Qué has hecho hoy durante todo el día?
—Pues..., muchas cosas—contestó tranquila. Todavía no quiso decirle nada de Sarah. No quería que se hiciera ilusiones—. ¿No has llegado hoy muy pronto?
—Un poco, pero te he traído una sorpresa. Está sobre la cama. ¿Por qué no vas y te lo pruebas? Te esperaré aquí.
Miranda tuvo un presentimiento.
—¿Qué es? —preguntó cautelosa y deseando que no fuera lo que se imaginaba.
—Vete allí, y lo verás —se acomodó con la cabeza en el respaldo de la silla y las piernas sobre la mesa.
Terminó la bebida tranquilamente.
Era un vestido lo que había sobre la cama. Un precioso vestido negro de noche.
Fijó sus ojos en él, y después los cerró un momento. Incapaz de resistirse, lo cogió con mucho cuidado y se lo puso por encima. No sabía qué hacer.
—Nick —corrió hacia donde él estaba con el vestido en las manos—.Muchas gracias, es precioso —le dijo a toda prisa—, pero no me lo pudo poner mañana.
Él se acomodó en la silla y la preguntó:
—¿Y por qué no? .

—Porque me he comprado uno, y verás... —la voz se le quebró ante su enfado. Se le hizo un nudo en la garganta cuando quiso continuar con su explicación—. Mira..., es como éste, quiero decir, pero —dio un paso atrás al ver que él se ponía de pie y se acercaba a ella enfadado.

—Miranda, no me importa que te hayas comprado un vestido para mañana. Puedo imaginármelo muy bien, y no vas a asistir a la feria de Goodiwindi, así que te pondrás mi vestido.

Miranda sintió que algo se rompía en su interior. Apretó los dientes y frunció el ceño, haciendo un gran esfuerzo para mantenerse calmada.

—Perfectamente —respondió, y sin poderlo evitar, añadió—: Tan perfecto, que no me dejas elección;

Tiró el vestido al suelo, y le dijo:

—Ya me has insultado muchas veces, y ésta es la última. Piensa en lo contenta que se pondrá tu hermanita Lilian, Nick, cuando sepa que te has liberado de la campesina. Y de mi parte puedes decirle, ¡que le deseo que se vaya al diablo! ¡Los dos! ¡Adiós! —le miró desafiante y se dirigió a la habitación.

—¿Dónde crees que vas, Miranda? —la alcanzó con facilidad antes de que llegara a la puerta y la hizo volverse.

—De regreso al campo. Y si no me dejas ir, te juro que voy a gritar hasta que me oigan, y vengan a socorrerme.

—No lo harás —respondió muy tranquilo, mirando con intensidad sus labios temblorosos—. Al menos, no todavía.

Luchó por soltarse del abrazo, pero él se rió, y al final la levantó como si fuera una criatura y la llevó hasta el dormitorio donde la puso sobre la cama.

Miranda luchaba por recobrar la respiración, mientras le observaba cómo se desabrochaba la camisa. Miranda decidió no responder a sus caricias.

No supo en qué momento su plan se frustró. Lo hubiera conseguido si él se hubiera comportado brutalmente con ella, pero no lo hizo. Era demasiado inteligente para eso...

En ese momento, en lo único que pudo pensar fue en los dedos que recorrían su garganta con delicadeza, y los labios que besaban sus hombros.

Abrió sus ojos para encontrarse con los oscuros y profundos de Nick, y supo que estaba vencida. Su cuerpo se rendía ante su marido.

Un rato después, cuando sus respiraciones volvieron a la normalidad y permanecían muy juntos el uno del otro, él le dijo:

—¿Miranda?
—¿Sí?—-murrnuró ella.
—Yo tenía razón, estás hecha para ésto.
Ella rompió a llorar.

CAPÍTULO 9

MIRANDA? —repitió Nick haciendo una mueca, y se volvió para mirarla.

—Era un cumplido —añadió, mientras con sus dedos secaba las lágrimas de sus mejillas.

—No es la clase de cumplido que me gusta escuchar —sollozó y le dio la espalda.

—Entonces, eres diferente a todas las mujeres.

—Sí, lo soy. ¡Soy un fracaso! Creo que ese fue el motivo por el que empezó está discusión—dijo, todavía entre lágrimas.

—Lo siento, no debí hacer comentarios sobre tu ropa —le acárció las caderas—. Ven conmigo, Miranda.

Se volvió para mirarle, él sonrió ante su rostro lloroso y le extendió una mano.

—-Sé lo que necesitas —dijo unos momentos después cuando ella puso la suya, sin saber lo que él pretendía.

Todavía insegura, se dejó meter en el baño y la colocó bajo la ducha, él entró con ella. Jadeó al sentir el agua que los empapó a los dos de pies a cabeza, y mantuvo los ojos muy abiertos a pesar del agua. Nick cogió el jabón y con la mano comenzó a distribuir lentamente la espuma por su cuerpo.

—¿Corno te encuentras? ¿Mejor? —preguntó mientras cerraba el grifo del agua caliente. Miranda gritó al sentir el agua fría en su cuerpo.

—¡Oh! —exclamó y se apartó para terminar en sus brazos.

—¿Te encuentras mejor? —insistió él—. ¿Se acabaron las lágrimas?

—Sí —le dijo—. ¡Me voy a congelar!

La cogió en brazos y la puso sobre la alfombra.

—Ya está —la besó en los labios y le extendió una toalla—. Sécate bien y te sentirás mejor.

Miranda comprobó que él tenía razón. Se secó también el cabello, y cuando se volvió, la esperaba junto a la puerta.

—Ven—la cogió de la mano—. Te traje algo más. Pruébatelo.

No había visto la prenda que estaba sobre la silla. Le miró con los labios entreabiertos, y luego se contempló con el vestido.puesto. Era verde esmeralda, y tenía un escote generoso.

—¿Es un vestido?

-—Muy privado —respondió serio—. Provocarías un tumulto si salieras así a la calle. Es para que te lo pongas cuando estemos

solos. Como ahora—añadió y se dirigió al armario en busca de unos pantalones—. Pensé que podríamos cenar aquí. No, no, tú estáte tranquila, yo lo traeré.

Miranda se sentó en una silla y esperó. Trató de poner su mente en blanco, pero le fue imposible. A veces no sabía si le amaba o le odiaba. Amaba a la persona que era en ese momento pero no a la de hace un rato. ¿Por qué se habría comportado así?

Distraída, se frotó el ojo con el dedo. Se preguntaba que por qué no la amaba. Sabía que él nunca fingía, y le intranquilizaba pensar hasta cuándo duraría aquella pasión.

De repente, la puerta se abrió y entró él, empujando un carrito con comida y una botella de vino, en un recipiente de plata con hielo.

—Será un festín de medianoche, aunque todavía no es medianoche. Métete en la cama, hay una buena película en la televisión.

Apagó la luz y encendió la televisión que estaba en el rincón.

Miranda obedeció fijando la mirada en los platos que él colocaba en la cama.

—Esa era parte de la comida que tenía preparada para la cena.

—Nick sonrió mientras le servía una copa de vino.

—Podía haber preparado algo, pero esto ha sido más rápido. Además, tú eres mejor cocinera que yo: ¿estás cómoda?

Vieron las noticias desde la cama, mientras cenaban. La cena había sido un plato combinado, pollo frío, jamón y espárragos. Ella había hecho el pollo el día anterior, para servirlo con el jamón y los espárragos, acompañado por una salsa de queso.

—¡Se acabó! Tendré que preparar otra cosa.

Nick había añadido su toque personal al plato, poniéndole rajas de pina. Un soufflé de moka fue el postre.

—Voy a tener mucho trabajo mañana —gruñó ella, mirando el soufflé.

—¿Por qué? —preguntó, inocente—. Hay suficiente como para una docena de personas —deslizó la cuchara dentro del postre y sirvió dos raciones.

—¿Has estado alguna vez en una cena donde presenten el postre así?

Se encogió de hombros y se rió.

—Ya sé, se sirve en la cocina. ¿Ya has visto esta película? —le preguntó mientras aparecían los títulos en la pantalla,

—No—saboreó el postre y pensó que le había quedado delicioso —. ¿Y tú?

Nick negó con la cabeza y cogió la botella de vino.
—Me han dicho que es de miedo.
Lo era, y Miranda en medio de la película, le apretó la mano con mucha fuerza. No se dio cuenta de que él la observó durante toda la emisión. Cuando terminó, le miró sonriente.
—¡Después tendré pesadillas!
—No, no las tendrás -sonrió mientras apartaba los restos de la cena.
—¿Por qué estás tan seguro?
—Porque estás conmigo y si quieres, me puedes coger de la mano hasta que te duermas. Pero fue algo más que eso; por primera vez desde que se casaron, Nick la abrazó para dormir muy juntos y relajados. Miranda sintió deseos de llorar.
Él comentó:
—¿Ahora podrías decirme por qué no te querías poner el vestido que te traje? Se me ocurrió pensar que tenía que haber alguna razón.
—¿Por qué piensas así?
—Porque tú no eres de las que arma un lío por cualquier cosa no es normal en ti —añadió titubeante.
—Es por Sarah, me ayudó a elegir un vestido con sus accesorios, para la cena de mañana. Durante un par de horas se olvidó de sus problemas..., me dio una charla muy interesante sobre moda. Y eso no es todo. ¿Sabías que ama la música? Creo que si tengo buena mano, podré ayudarla.
—Ya veo. ¿Y ella sabe tus propósitos?
—¡No! Todo lo hago con naturalidad.
—¿Como parte de tu plan de rehabilitación? Sí, ya comprendo— repondió serio.
—¿No fue buena idea?—preguntó.
—Muy buena idea. Cualquier cosa que la saque de ése encierro lo es. Es que me apeteció comprarte, ropa,. Sin embargo, es un placer que tendré que posponer,—-dijo suspirando.
A Miranda no se le ocurrió nada que decir y fue él quien rompió el silencio.
—¿Tú crees que le apetecerá venir a la cena mañana por la noche?
Miranda dudó.
—No estoy segura. ¿Los conoce a todos?
—No, no lo creo. Sólo a David Mackenzie, amigo de la familia desde hace años.
—Puede que le recuerde cosas desagradables.

—Pero parecía llevarse mejor con él que con el resto de los médicos. Es un poco mayor que ella, y quizá era por eso.

—¿Cuántos años le lleva? ¿Está casado?

—Como quince años, creo, y está viudo. ¿Por qué no tratas de convencerla, Miranda?

—Trataré, aunque no lo des por hecho. Es consciente de que nos esforzamos por animarla.

No hablaron más. Ella se quedó muy tranquila entre sus brazos, temerosa de romper el hechizo hasta que él se quedó dormido. Después, tuvo la infantil idea de permanecer despierta para saborear hasta el último momento aquella paz y serenidad tan preciosa que sentía. No pudo más y el sueño la venció.

La cena fue un éxito. Y la intervención de Sarah no fue producto de un complot elabprado por Miranda, sino resultado de una serie de circunstancias casuales.

Por la tarde, Miranda estaba muy nerviosa, había perdido todo el día y no tenía nada listo. ¡Lo último que deseaba era sentirse observada por seis extraños! Ya tenía suficiente con darle gusto a Nicholas Barrett, sin tener que hacerlo en público.

Levantó el brazo hacia la parte de arriba del armario para coger una bandeja, y se le cayeron toda una serie de cacerolas, vasos y platos, que hicieron un ruido estruendoso al caer al suelo de la cocina.

—¡No puede ser! —gritó al darse cuenta de que la tapadera de la cacerola también se había estrellado. Sin poderlo evitar, se echó a llorar.

—¿Miranda? ¿Qué sucede? —le preguntó Sarah, quien se asomó por la puerta y abrió los ojos, asombrada, al ver semejante desorden en la cocina.

—No va a estar lista la cena —se lamentó Miranda con los ojos llenos de lágrimas—-. ¡Eso es lo que sucede! ¡Y no quiero! Me siento faltal. Ya sé lo que todos pensarán —terminó desalentada.

Sarah dudó un instante y dijo con amabilidad.

—Lo que necesitas es que te eche una mano. Entre las dos arreglaremos todo esto. Después, te das un buen baño y te sentirás mucho mejor, ya lo verás—se subió las mangas de la blusa mientras se movía diligente por la cocina—. No soy tan inútil como parezco —añadió mientras Miranda la miraba asombrada;

—Gracias, ya ni sé cómo he armado todo este lío. Creo que me he puesto muy nerviosa.

—Querida, con Nick a tu lado —comenzó a decir Sarah y

entrecerró los párpados al ver cómo Miranda se ponía tensa. Hizo una pausa y añadió—: Creo que te comprendo —después dijo muy despacio—: ¿y si me quedo en la cena para darte mi apoyo moral? Como alguien de la familia que siente aprecio por ti.

Miranda se quedó sin aliento al oírla.

—Quieres decir..., ¿que les vas a demostrar que tú me apruebas?

—Por supuesto—afirmó Sarah.

—Eso me encantaría. Es decir… no quiero que tú... —no terminó su frase.

—Querida, es lo menos que puedo hacer por ti. Ahora —se volvió mirando el caos que era la cocina y sonrió divertida—, quizá si tú comienzas por allí, yo puedo hacerlo por aquí.

Así que lo que parecía ser un desastre para Miranda, se convirtió en un pequeño éxito. Nick llamó más tarde y dijo que un asunto muy importante le detendría en la corte, que no le esperaran mucho antes que a los invitados. Eso le dio a ellas más tiempo libre.

Miranda se lo comunicó con cierto alivio en la voz a Sarah, mientras colgaba el auricular.

—No sabrá la forma tan tonta en que me he comportado —mostraba un rostro cómico.

—Cuando te vea con ese vestido, le volverás loco —dijo Sarah y observó a Miranda divertida—. ¿Por qué no te recoges el cabello?

—No, no —respondió Miranda temerosa—. Mi pelo es muy poco domable, y al rato se me estarán cayendo los pasadores en la sopa.

—Perfecto, ¿te gusta? —le preguntó Sarah cuando terminó de peinarla.

—Me encanta —contestó Miranda—. Parece muy natural. Me encanta, ¿tú crees que se mantendrá así?

—Si te lo sigues tocando, por supuesto que no —respondió Sarah sonriendo—. Con un poco de laca y si no andas dando saltos esta noche, te lo garantizo. ¿Quién te arregla el pelo? Llevas un corte muy bonito.

—Este...—titubeó Miranda, misteriosa—, ¿de verdad quieres saberlo?

—¿Por qué no? —Sarah ladeó la cabeza y se encontraron sus ojos en el espejo-. No me digas que te lo cortas tú —-le comentó, con una leve sonrisa.

—Pensé que era evidente.

—En absoluto —sonrió—. Ahora sí qué me has dejado sorprendida, Miranda. De verdad que sí. Será mejor que vaya a cambiarme.

Había una extraña mirada en los ojos de Nick cuando entró en la

casa, cinco minutos antes de que llegaran los invitados. Las encontró sentadas en el salón, y se detuvo unos instantes para mirarlas.

—Vaya, vaya —comentó despacio, mientras se fijaba con admiración en el cabello de Miranda, así como en su vestido gris, que hacía que sus ojos parecieran más verdes.

Ambos se miraron a los ojos, y en ese instante, la esposa recordó lo que le había dicho el modisto al que le compraron el vestido, al vérselo puesto. Le aseguró que sería más sexy que uno sin tirantes o muy escotado, y que provocaría que algunos hombres desearan quitárselo.

Ella tragó en seco, y Nick por fin habló. Dijo muy calmado:

—Si yo fuera pintor, me encantaría pintaros a las dos juntas. A las dos os veo guapísimas —se acercó a Sarah y le dio un beso en la frente que significó mucho más que las palabras.

El resto de la noche pasó muy deprisa. La cena transcurrió sin el menor incidente. Sarah le murmuró al oído que algo le había pasado al postre, que estaba incompleto y si lo servía así.

Miranda se levantó de inmediato seguida por Sarah, que insistió en ayudarle a servir.

—Fue Nick —dijo sonriendo—. Me había olvidado, tendremos que servirlo aquí, en la cocina. Todo va bien, ¿verdad? —preguntó contenta—. Al menos no me miran como si fuese un bicho raro.

Sorprendida, vio que Sarah ponía expresión triste.

—¿Te encuentras bien?—le preguntó.

—Estoy muy bien, Miranda—afirmó decidida, mientras servía un plato de postre—. Pensaba en Liíian, me alegro de que no esté aquí,

—¡Me encuentro muy cansada! —dijo Miranda, sonrojándose, al darse cuenta de que había dicho las mismas palabras que estaba pensando. Se habían despedido del último invitado, David Mackenzie,

—Me agrada, inspira mucha confianza. Al menos a mí —dijo Miranda bostezando, mientras Nick y Sarah intercambiaban una sonrisa.

—Debes irte a la cama, querida, creo que has tenido un día muy agitado.

Miranda se sorprendió al ver que Sarah le guiñaba un ojo en señal de complicidad.

—¿Te has sentido orgulloso de ella? —preguntó Sarah unos momentos después—. Y la verdad es que yo también estoy muy cansada. ¡Nos veremos mañana, amigos! —y desapareció, sin dar

tiempo a que su hermano le contestara.

—-¿Cómo lo hiciste? —le preguntó Nick intrigado.

—No tuve que hacer nada. Al menos…, algún día te lo contaré.

La miró sonriente, él le tomó una mano y le dijo:

—Vamos, te vas a dormir de pie.

Mientras se desnudaba, muy despacio, tuvo la sensación de que no se había terminado todo. Estaba cansada, pero aquello continuaba. Se puso el camisón y se cepilló el pelo.

Colocó el cepillo sobre el tocador, y suspirando, apagó la luz de la lámpara que tenía a su lado. La habitación quedó en penumbra. Miró a su alrededor con la certeza de que Nick ya estaría dormido, pero se sorprendió al verle con la cabeza apoyada sobre los brazos con una actitud que no tenía nada de soñolienta y sus ojos oscuros fijos en ella.

Miranda pensaba que tal vez estaría soñando. Él no se movía ni decía nada. Ella se dio cuenta de que se sentía rara.

Permaneció allí muy insegura y confusa, porque por primera vez él parecía haberle dejado la iniciativa.

Miranda no sabía si aceptar el reto, y por fin decidió hacer de aquella una noche memorable.

Aunque sólo fuera Miranda Smith…, una esposa temporal, estaba perdidamente enamorada de su marido. Permaneció allí incapaz de disimular el dilema que sus verdes ojos reflejaban.

Sus manos se levantaron casi involuntariamente para deshacer el lazo de su camisón. Éste cayó a sus pies y ella dio un paso al frente para acercarse a la cama, con los ojos muy abiertos.

Nick no dijo nada, la cogió entre sus brazos y le hizo el amor con gran delicadeza, como si ella fuera la mujer más frágil del mundo.

CAPÍTULO 10

A LA mañana siguiente, Miranda se despertó ya tarde, aturdida. Nick ya se había ido a trabajar. Ella se quedó un rato en la cama, analizando sus nuevos sentimientos y pensando si él ya se habría dado cuenta de lo mucho que ella le quería. El recuerdo de la noche anterior hizo desvanecer todas sus inquietudes y se entregó a sus sueños.

Más tarde, durante la mañana, se dio cuenta de que Sarah la miraba con curiosidad, y se le ocurrió pensar que tal vez sería por la felicidad que mostraba en sus ojos y que no podía reprimir.

Descubrió, a medida que pasaban los tranquilos días de verano, que aquel vago sentimiento de intranquilidad, no era imaginación. Sus relaciones con Nick no había cambiado. Sentía una curiosa sensación de lejanía aunque estuviesen juntos. Eran como dos amigos, y Miranda comenzó a temer el día qué Sarah saliera de su encierro y se decidiera a hablar sobre la incertidumbre que tantas veces reflejara en sus hermosos ojos negros al ver a su hermano y a su esposa juntos. Y aunque Miranda no se dio cuenta, la alegría desapareció de sus ojos, en su lugar apareció una mirada casi defensiva.

Sin embargo, aunque sentía amargura por no haber podido romper la barrera que entre Nick y ella existía, no podía negar que su relación con Sarah iba muy bien. Su cuñada poco a poco salía de su tristeza; e iba perdiendo aquella mirada que a ella tanto le preocupaba. Miranda se alegraba mucho por eso.

Pasaban mucho tiempo juntas, tocando el piano y cuidando las plantas, y escuchando música. Intentaban convencer a Nick para que mandara arreglar y limpiar la piscina. Cuando lo consiguieron, todas las tardes nadaban un rato bajo el ardiente sol tropical de Brisbane.

Sarah le habló en una ocasión del hombre que la había abandonado y que la había hecho sufrir tanto. Fue mientras veían una película de televisión que se trataba de un hombre casado que se enamoraba de una muchacha más joven, y luego la abandonaba embarazada, para regresar con su esposa y su familia. Se levantó con brusquedad y apagó la televisión antes de que la película terminara. Algo en su mirada, alertó a Miranda.

—¿Sarah?

Un rato después, la joven se volvió y le dijo despacio:

—Sí, Miranda, así fue. Sólo que yo no tuve ni siquiera le

consuelo de ser una adolescente ingenua como ella —señaló la televisión—. Yo era una mujer,.., de mundo —se encogió de hombros.

—¿Y el niño?—preguntó,

—También lo perdí, aborté.

No volvieron a hablar más de ello, pero fue como si en ese momento un lazo invisible las hubiera unido, una especie de hermandad que no necesitaba palabras. Poco tiempo después, Sarah comenzó a preocuparse de su cuñada tal como ella había temido.

Cuando Miranda, se lo dijo, en un principio no lo comprendió bien.

Preparaba una tarta, y Sarah ojeaba sin mucho interés, una revista.

—¡ Ah! reclamó al mirar la foto de un niño pequeño—, ahora me pregunto —miró a Miranda—, ¿cuándo escucharemos los pasitos de un niño por estos pasillos? Los últimos fueron los míos, ¿lo sabías? —añadió tratando de seguir la conversación.

Miranda se secó las manos en el delantal, y sintió un escalofrío. Contestó:

—Danos tiempo, ¡sólo llevamos tres meses casados! —cogió un trapo de cocina y abrió el horno.

—¡ Ah! —volvió a exclamar Sarah. Y muy seria continuó—: Me alegra oírte decir eso.

—¿Por qué? —preguntó Miranda que todavía no veía sus intenciones.

—Porque tenía la rara sensación de que Nick y tú no pensabais tener hijos.

Miranda se volvió de inmediato, pensando que se había dado cuenta de todo. Pero no sabía cómo explicarle que él sólo se casó con ella para ayudarle.

—¿Qué te hizo concebir esa extraña idea? —preguntó al fin.

Sarah no contestó a la pregunta, es su lugar, comentó:

—Creo que serías una excelente madre, Miranda, a juzgar por la forma en que me has tratado a mí—le sonrió y le dirigió una mirada cariñosa.

—¿Qué quieres decir?

—Querida, podré ser muchas cosas, pero todavía no estoy ciega. Desde que estoy aquí, me has guiado como si fuera un niño pequeño.

Miranda fijó su mirada en ella.

—¿Quieres decir que estás molesta?

Sarah cerró los ojos.

—¿Molesta? ¡Miranda, si supieras lo agradecida que te estoy! —abrió los ojos y en ellos había lágrimas-. No sé cómo lo has conseguido, pero en sólo dos meses me has enseñado a volver a vivir. ¿Cómo voy a estar molesta? .

—No he hecho gran cosa.

—No estoy de acuerdo. Además, has sido la única persona que no me ha reprochado nada, que no has tratado de hacerme volver a la realidad, enfrentándome a ella —hizo una pausa—Es difícil explicarlo, pero tuve el presentimiento de que tú sabías, que tú entendías lo que era enamorarse profundamente hasta el grado de sentir que no se puede respirar por uno mismo. Nadie pudo entenderlo. Querían que negara lo que me había ocurrido, como si hubiera sido a otra persona a la que le hubiera sucedido. Pero tú, me diste fuerzas para vivir con ello.

—Creo que tienes razón —respondió, y se detuvo al tener un raro pensamiento.

Al ver la mirada inquisitiva de Sarah, continuó:

—Quiero decir que no se puede ocultar lo que ha sucedido y avergonzarse de ello.

Pero no es toda tu vida, se puede vivir con ello..., creo.

Se miraron.

—Ahora lo sé, gracias Miranda —dijo Sarah, por fin—. Pareces haberme dado la fórmula secreta, creo que nunca me volverán a faltar las ganas de vivir. Y si alguna vez me encuentro deprimida creo que pensaré en ti y en todos los obstáculos que tú misma has vencido..., y si alguna vez es necesario, para mí será un honor poder ayudarte.

Miranda la abrazó con cariño y ambas se emocionaron.

Durante algunos días tuvo aquel pensamiento que le daba vueltas sin abandonarla. Creía que Sarah sabía que su marido no la amaba, y se preguntaba si sabría por qué se casó con ella.

Un par de días después, Sarah inició una conversación durante la cena.

—Nick, tengo un trabajo.

Su sorpresa fue evidente, pero la contuvo admirablemente mientras Sarah le explicaba. Al parecer la habían aceptado en un periódico de Queensland.

—Me han dado una columna semanal, mi artículo se tratará de política local y todas esas cosas. Lo que significa que voy a tener que andar buscando noticias, ¿Qué te parece?

—Querida —miraba el plato, creo que no necesito decírtelo —dijo con voz emocionada; y Miranda sintió un nudo en la garganta.

-¿Sabes quién ha conseguido este pequeño milagro? continuó Sarah—; Hay dos personas a las que estaré eternamente agradecida -—-añadió y levantó su capa de vino en dirección a Nick y luego hacia Miranda—. No quería hacer esto, pero es necesario y espero que comprendáis. He alquilado un pequeño apartamento. Me encantaría seguir viviendo con vosotros; pero tengo que..., ponerme a prueba.

Miranda puso una mano sobre la de Nick al verle que se movía inquieto.

—Te comprendemos, Sarah —afirmó tranquila—; Y será mejor que nos vengas a ver lo más a menudo que puedas, porque vamos a extrañarte.

El día que Sarah se marchó Miranda se quedó muy triste.

Miró hacia el jardín, y de repente empezó a temblar. Quizá sería su imaginación, pero el sol no parecía calentar mucho. No era de sorprender, el invierno no tardaría en llegar. Se preguntaba si el invierno enfriaría la pasión.

Movió la cabeza impaciente.

—¡Maldición! —murmuró estando ella sola—. Al parecer soy muy buena para resolver los problemas ajenos, e incapaz de solucionar los míos.

Sintió que con aquellos primeros días de otoño se avecinaban problemas.

A medida que los días se acortaban, Nick parecía trabajar más horas. Después, por problemas de trabajo, se volvió irritable, lo que provocó que las horas que pasaban juntos fueran muy tensas y aburridas. Miranda le comprendía, pero no podía evitar sentir que ella le estaba fallando.

Sin embargo, por naturaleza era una persona práctica, así que decidió descargar su tensión de alguna manera.

Algunas funcionaron. Un fin de semana sugirió que podrían ir hasta el parque nacional de Lamington al suroeste de Brisbane. La montaña fue casi para ellos solos y el paisaje, junto con el aire frío, fueron un sedante estupendo. Ñick se relajó, y durante aquellos dos días, entre los paseos por el bosque y las noches junto a la chimenea, fue como si hubiesen vuelto a su luna de miel.

Otro fin de semana, le convenció para que la llevara a pescar. Alquilaron una barca y pasaron el día en la bahía.

El siguiente proyecto le falló.

Revisó los periódicos con atención, y después de pensarlo tomó una decisión. Tenía la sensación de que había dejado de gustarle a su marido, y lo descubrió de una manera bastante desagradable,

una fría noche en que había dejado comprado entradas separadas para una obra de teatro que estaba de moda.

Había preparado una cena especial y llevaba puesto el vestido gris cuando él llegó a la casa. La miró pensativo mientras ella le extendía una copa de aperitivo, y le dijo cortante:

—¿Por qué estás tan arreglada? :

Trató de que el pánico no la invadiera antes de explicarle.

Nick se aflojó el nudo de la corbata y se sentó en una silla. Miranda le explicó todo, después él le preguntó:

—¿Cómo se te ha ocurrido esa idea? —preguntó sarcástico,

—Como tienes tanto trabajo últimamente, me pareció conveniente que te relajaras un poco. Todo el mundo habla de la obra, dicen que está...

—¿Quién es todo el mundo? -—la interrumpiór-. ¿Has hablado con alguien que la haya visto?

—Este.., pues no -tartamudeó-. He leído las críticas.

—No siempre debes creer lo que dicen los periódicos, Miranda. ¡Tú qué sabes de teatro!

Ella puso su vaso sobre la mesa ¿y se dio cuenta de que temblaba ligeramente.

—¿Qué quieres decir? -le preguntó calmada, pero lo echó a perder cuando añadió de tono de ira—: ¿y con quién, si se puede saber, puedo hablar con ello? Por supuesto, quizá con el chófer del autobús y con el basurero. Probablemente ellos estén a mi nivel, ¿no es así? le miró sarcástica. .

—No he dicho eso—de repente parecía divertido.

—Fue lo que intentaste decir. ¡Vamos! ¿Por qué no acabas de decirlo?—preguntó fuera de sí.

—Podría —habló despacio, levantando el vaso que tenía en la mano y mirándola fijamente—.Creo que ya pasé en otra ocasión por esta situación. Aquél asuntillo del vestido ¿no fue eso? —había tanta burla en sus negros ojos que ella sintió que podría matarle con las manos.

Miranda respiró profundamente e hizo un gran esfuerzo por mantener la calma.

—Pensé que te gustaría ir, que nos gustaría. ¿Qué tiene de malo que quisiera ver esa obra? —se encogió de hombros tratando de saber por qué su plan había sido un fracaso total.

—No tiene nada de malo que hayas querido ver esa obra. A mí entender, el error estriba en que lo hayas utilizado como pretexto para arreglarte y salir con el fin de que todos puedan admirar tu última creación.

—¡Ésa no era mi intención! —y se dio cuenta con horror de que estaba llorando y que el maquillaje se le estaba estropeando, lo que hizo que se enfadara más-—Y si todos son como tú, ¿por qué querría mezclarme entre ellos? —preguntó furiosa.

—Perfecto —dijo él—, porque a mí tampoco me interesa.

Trató de hablar, pero no pudo. Ella se esforzaba por calmarse, pero lo que él dijo destruyó su intento.

—Supongo que te consideras algo así como una experta, después de haber sido la bella del lugar. ¿Por casualidad no hiciste de Julieta con Bill Hartley de Romeo? ¿O quizá de Elisa con algún campesino como el profesor Higgins?

Se quedó sin aliento y se dirigió hacia él con la intención de darle una bofetada.

—¡Eres un...!

-—No lo digas—le detuvo el brazo por la muñeca-. Tu mamá no lo habría aprobado, estoy seguro.

Se quedó helada cuando mencionó a su madre, y al momento se sintió un poco más calmada. Bajó la cabeza, comprendiendo que el espíritu de pelea la abandonaba.

—Tienes razón —dijo por fin—. Pero mi madre tampoco habría aprobado tus palabras. Por favor, déjame que me marche.

No contestó, la cogió por un brazo la sentó junto a él, en el diván y le dijo pensativo:

—¿Tú crees que no? Después de.todo, me casé contigo ¿no es.así?.

Miranda luchaba con sus emociones; deseaba decirle que era un bastardo, pero si algo había aprendido desde que vivía con Nicholas Barrett, era a no violentarle,

Se miró su muñeca, tenía las señales de sus dedos en ella, suspiró y dijo:

—Sí, así es. ¡Oh!—se llevó las manos a la boca—, ¡No he apagado el horno! —trató de levantarse, pero Nick se lo impidió.

—¡Te ha salvado la campana, Miranda! —exclamó, haciendo una rara mueca.

La dejó libre, ella estaba desconcertada, consciente de que él la miraba. Se levantó y se fue deprisa hacia la cocina.

A la mañana siguiente, Miranda rompió las entradas del teatro y las tiró a la basura. Decidió que se comportaría como una buena ama de casa, y cuidaría su jardín, tratando de darle gusto en todo a su marido.

Se cubrió la cara con las manos y sintió ganas de llorar. Pensaba que tenía que haber alguna razón que le impidiera tirar el muro que les separaba. No estaba satisfecha con compartir su cama y ser una buena ama de casa.

Levantó la cabeza, se sonó la nariz y se frotó los ojos.

Quizá para él sería suficiente, pero para ella no. Y estaba dispuesta a luchar. Después de todo, ¿quién se creía que era? No era más que un hombre...

Un hombre, pero un hombre del que estaba perdidamente enamorada, y al que ningún otro podría reemplazarle.

Miró sin interés su querido jardín. No entendía por qué le hacía tanto daño, y comenzaba a no confiar en él.

Se preguntaba si haría todo eso porque todavía no habría superado la primera impresión que tuvo de ella, y si no habría querido ir al teatro porque no deseaba que le vieran con ella. Tal vez no estaba todavía a su altura.

Permaneció un buen rato allí parada, sintiéndose muy desventurada. De repente, recordó las palabras de su padre. Se enderezó y sintió revivir en ella el ánimo. Seguiría adelante con su propósito.

—Seré una esposa para él —-murmuró en voz alta—. Si hasta ahora no lo he sido, ya es hora de que lo sea —su nueva resolución fue puesta a prueba ese mismo día cuando decidió hacer limpieza general en la casa; limpiaba los cristales de una ventana, cuando vio llegar a su cuñada Lilian en un coche deportivo.

Miranda se quedó boquiabierta. Miró a su alrededor desesperada. Tenía todo el salón desordenado. No tuvo más remedio que acudir a la llamada.

Abrió la puerta y por un momento ambas se miraron. Lilian iba elegantísima, ni un pelo fuera de su sitio. Parpadeó un momento al ver el estado en qué se encontraba su cuñada.

—Hola—saludó Miranda—. Pasa, todo está revuelto, estaba haciendo un poco de limpieza. Creo que lo que estará recogido es el cuarto de estar.

La acompañó hasta allí con todo el aplomo que fue capaz de sentir.

Lilian empezó a hablar cuando tuvo a Miranda enfrente.

—Querida, pensé que Nicholas contrataría a una sirvienta —comentó pensativa mirando a su alrededor—. Es una casa demasiado grande para ti sola.

—Puedo arreglármelas sola, después de todo, ya he tenido algo de experiencia.

Lilian levantó sus cejas y por un momento se quedó desconcertada.

—-Vengo a solicitar tu ayuda. Es nuestro aniversario de boda dentro de quince días y».., quisiera que Sarah asistiera —hizo un alto y miró a Miranda con cautela.

—Debes decírselo a ella—-la miró tranquila.

—Ya lo hice y me dijo que no asistiría a ninguna celebración familiar, a no ser que estuviera presente -toda la familia -fijó su mirada en Miranda.

—-¿Qué cosa.., no sé, te refieres a mí? -preguntó sorprendida.

—¿A quién crees que me refería? —inquirió con tanta insolencia que la desconcertó y le recordó a Nick. Pero Miranda ya se había aleccionado y no iba a mostrar sus sentimientos, le sostuvo la mirada a la dama.

—Ya veo. ¿Estás segura de que quiere ir? Lo digo porque está muy ocupada y no sé si podrá asistir a ese tipo de reuniones. Fiestas, porque supongo que será una fiesta, ¿no es así? ¿Sabes a lo que me refiero?

Lilian bajó la vista para mirarse las manos.

—Me aseguró que estaba preparada para ello y no es precisamente una fiesta formal, más bien es una reunión familiar. Y quizá deba decirte una cosa, Miranda, a pesar de nuestras diferencias, somos una familia muy unida. Lo éramos hasta hace poco y Sarah es muy cariñosa con sus sobrinos.

—Mira, si me acusas de ser la causante de separar a la familia, me parece que estás siendo injusta,

—¿Cómo? —la miró altiva—. Tú tienes la culpa de que Sarah se aislara de nosotros, ¿no es así? Al menos eso fue lo que dijo ella, y no soy sorda.

Miranda apretó los dientes y miró á su cuñada enfadada. Lilian se limitó a mirarla con indiferencia.

Miranda se puso de pie y dio unos pasos. Estaba muy nerviosa.

Se volvió y respondió rápidamente;

—Nick decide, hablaré con él. Será un convenio, una farsa —añadió candida—. Eso no significa que yo te vaya a aceptar más de lo qué tú me aceptas a mí.

Lilian se sorprendió. Después se mostró arrogante.

-Si dices qué estimas tanto a Sarah podrás hacer un esfuerzo.

—Por supuesto qué podría soy muy buena actriz cuando me lo propongo. Lo decía por ti, Sarah es muy perceptiva.

Lilian se sonrojó y se puso de pie.

—-Esó no lo dudo ni por un momento, querida, estoy segura de

que eres una excelente actriz, te has equivocado de camino, pero creo que cuando Nick se aleje de toda esta farsa y te aleje de su lado, te podrás dedicar al teatro. Pero mientras tanto —continuó con actitud fría-—, por el bien de mi hermana, estoy dispuesta a alejarte de su camino.

—Lilian —hablaba entre dientes—, ¿cómo crees que reaccionaría tu hermano si te oyera hablarme de esa manera?

Lilian se encogió de hombros.

-¡Quién sabe, a lo mejor volvería a recuperar sus cinco sentidos! Podría darse cuenta de la forma en que nos ha apartado de su vida. Y lo infeliz que está haciendo a Sarah con la actitud que ha tomado. Me pregunto si lo has pensado. También he notado que no sale mucho contigo. Eso hace que me pregunte cuánto tiempo te queda, Miranda. Él es un hombre de mundo, no se va a conformar con este nidíto de amor para siempre, créeme. Así que espero contar con tu presencia dentro de quince días, querida. No nos veremos hasta entonces -—añadió con desprecio—. No te molestes en acompañarme, conozco el camino hasta con los ojos cerrados.

Miranda no podía creerlo. Furiosa, cogió un adorno de bronce, y lo arrojó contra una figura de porcelana china que había sobre la mesa. La figura se esparció en pedacitos por toda la alfombra, y por un momento se sintió descansada, pero no le duró mucho, en especial cuando tuvo que arrodillarse para recoger los pedazos de la porcelana china.

Y lo peor fue que ya no le quedaron deseos de continuar con la limpieza general y no sabía cómo se las arreglaría para poner en orden todo aquello.

El ruido de un coche afuera la sacó de sus pensamientos, se miró los pantalones sucios, exasperada apretó los dientes y se asomó por la barandilla.

El espectáculo que vieron sus ojos la dejó sin habla. Nick salía de un pequeño coche rojo, que había aparcado frente a la casa.

Miranda se calmó a pesar de su mal contenida ira, para observar el espectáculo. Pensó que se le habría estropeado su coche. Levanto la cabeza altiva, a medida que él se acercaba.

—Agárralas —le ordenó arrojándole las llaves de un coche.

Las cogió en un acto reflejo.

—¿De quién son? —preguntó.

—Son tuyas.

—¿De qué son?

—De un coche, es evidente —contestó él, apoyado en la barandilla—. Me han comentado que los conductores de autobús no

son muy buenos conversadores.

—Conductores de autobús —repitió Miranda despacio mirando las llaves que tenía en su mano, y el pequeño coche.

-Ni lo basureros —continuó Nick reflexivo.

—¿Quieres decir...? —se detuvo y le miró, incrédula.

Él se encogió de hombros y asintió.

—¡Pero yo no lo dije por eso! —se apresuró a responder, y después sintió que no podía hablar.

—Ya sé que no, de lo contrario te hubiera comprado un autobús o uno de esos monstruos mecánicos que trituran la basura. Mañana tendrás que llevarme al trabajo y te suplico que uses tus cinco sentidos cuando conduzcas —imitó la voz del magistrado de la corte.

—Nick —comenzó a decirle, mientras le seguía hasta adentro; se sobresaltó cuando él se volvió y quedó a sólo unos centímetros de su cuerpo—. No tenías que comprarme un coche —insistió, con la vista levantada para poder mirarle.

—Lo sé quizá por eso lo hice —contestó sombrío, y luego sonrió ante su hermosa mirada—. Espero que lo disfrutes.

Se puso de puntillas y le dio un beso.

—Gracias —le dijo con timidez—. No sé cómo podría darte las gracias. El levantó una ceja sarcástico.

—Conozco una forma...

—¿A... ahora? —preguntó roja de vergüenza—. ¡Estoy asquerosa!

—Entonces, digamos que un poquito más tarde, ¿está bien? —le acarició una mejilla—. ¿Puedo concertar una cita con usted, señora Barrett? Una cita después de la cena.

Ella asintió sin palabras y pensó que después moriría, ¡le amaba tanto!

Mientras se bañaba tomó la decisión, iría a la fiesta de Lilian por el bien de Sarah.

No pudo evitar pensar que por qué le había regalado el coche. Se preguntaba sino estaría tratando de hacerle regalos para después poco a poco irse deshaciendo de ella.

Se estremeció de repente al advertir que llegaba a tontas conclusiones. Después de todo, ¿no habían concertado una cita para después de cenar?

Salió del baño confundida y llena de anhelos.

—Nick-—llamó-su atención mientras cenaban.

—¿Sí?

—Lilian ha venido hoy a verme.

—Vaya, vaya. ¿Para qué?

—Para invitarnos a su fiesta de aniversario.

—¡Siempre con sus fiestas! —sonrió -¿Y te sorprendió?

—No mucho—respiró profundamente y continuó—: creo que por el bien de Sarah deberíamos ir. Al parecer, por lo que me dijo Lilian, Sarah se niega a asistir a ninguna reunión familiar hasta que se me acepte —observó que él levantaba la vista de su plato y que su rostro se contraía en una mirada de preocupación.

—Ya veo. ¿Y eso fue lo que Lilian vino a decirte, que te iba a aceptar?

Miranda dudaba. —Sí, así fue—respondió arrogante.

—¿Y tú crees que podrás aceptarla a ella, Miranda? -le preguntó de pronto.

—Bueno... Quiero decir, que ya no hay ningún motivo para que no lo haga ¿o sí? Además, me preocupa Sarah. Y por lo que creo, hasta se ha alejado de los niños de Lilian. Yo le dije que te preguntaría primero —añadió. No le gustó la expresión de su rostro. Pensó que a lo mejor no la quería en el seno de su familia, ni entre sus amigos. Se dio cuenta de que las manos comenzaron a temblarle.

—Está bien, quizá tengas razón. Sarah está muy encariñada con los niños; iremos por su bien.

Miranda se puso en pie y comenzó a recoger los platos; por alguna razón se sentía decepcionada. ¡Si por lo menos él hubiese añadido algo más! Ya sabía que debían hacerlo por el bien de Sarah, pero...

—Miranda —ella levantó la vista al oír su nombre—. Deja eso, además te puedes manchar el vestido.

—Me lo puse porque... —dijo refiriéndose al vestido verde esmeralda que él la había regalado—, porque sé, bueno..., este...

—Yo sé por qué te lo pusiste —la miró, de pies a cabeza, sonriéndole amoroso—. Te aseguro que ha conseguido el efecto deseado. Si vienes aquí te lo demostraré —se puso de pie.

Miranda bajó la vista, y el corazón comenzó a latirle deprisa. ¿Cómo podía conseguir ese efecto en ella con sólo unas palabras? Se movió hacia adelante hasta que quedó frente a él. Tímida, se miró las manos, sintiéndose conío si fuera la primera vez.

Niek enredó sus dedos en sus cabellos y le levantó la barbilla para que pudiera mirarle a los ojos.

—Dime que me quieres, Miranda —hablaba en voz muy baja.

«¡Te adoro!», quiso gritarle con todo su ser, pero supo que no podía decirlo.

—Sí—murmuró ella por fin,

—-Dilo, Miranda.

—Te quiero, Nick, debes saberlo.

—No importa, me gusta que me lo digas —murmuró, acariciándole su espalda sobre el vestido, y por un momento terrible y angustioso, ella pensó que él se iba a alejar de allí.

En lugar de eso, la cogió entre sus brazos para besarla. Luego la levantó, y la llevó a la habitación.

CAPÍTULO 11

LAS SEMANAS siguientes pasaron con mucha rapidez para Miranda. Pensaba que las cosas entre ellos mejoraban a pesar de su creciente tensión ante el aniversario de Lilian. A toda costa, debía mantener la serenidad. Nick ya no tenía que fingir con ella, y sin embargo se sentía contenta, pensaba que tal vez lo había conseguido.

Esa idea la reafirmó ese mismo día cuando sin pensarlo mucho, cogió las cartas y decidió hacer solitarios después de la cena.

Nick se había llevado trabajo a casa y estaba sentado en su despacho rodeado de papeles. Hubiera deseado quitárselos de delante, pero le faltó coraje para apartarle de su trabajo.

Así que extendió las cartas sobre la mesa, encendió su pequeño transistor y se entregó al juego. Después de una serie de anuncios que le alteraron los nervios, cambió una emisora no comercial en la que pudo escuchar el Secherzo de Litolf.

Se recostó y cerró los ojos.

—¿Miranda?

—Volvió a la realidad cuando sonó el último acorde.

Era Nick, y algo extraño suavizó su mirada cuando ella comentó.

—Esa pieza me gusta mucho. No es que yo pueda escribir música como esa, pero… ¿sabes a qué me refiero?

—Dímelo —contestó él.

—Cuando la escucho, siento como si nada fuese más importante, me siento viva —tembló de repente—. ¡Qué fantástico tener el poder de hacer estremecer así a las personas! Supongo que a eso es a lo que se le llama ingenio.

—Pocas personas pueden conseguirlo —comentó Nick serio—. Tienes una gran sensibilidad. A veces no la comprendo bien, pero la tienes.

—¿Quieres decir que no comprendes el genio?

—No, no quise decir eso. Yo…

—Te entiendo —suspiró—. Te parece extraño viniendo de mí. A mí también me parece extraño que…

—Miranda —la interrumpió con gesto compasivo, pero ella no le permitió que la volviera a herir.

—¿Alguna vez has hecho solitarios?

—Sí —respondió un momento después.

—¿Qué te parece si jugamos al poker?

Se quedó pensativa durante un momento, vio una mirada de

desconcierto en él y añadió:

—Te advierto que yo antes de beber mi primer biberón, ya sabía jugar al poker.

—¡Ah! —exclamó divertido, y acercó una silla—. Quizá ahora te puedas vengar de mí. ¿Qué nos jugamos? —le dirigió él aquella sonrisa maliciosa de la que Miranda desconfiaba tanto.

Se sentó y le miró pensativa.

—Te advierto que nunca he jugado a desnudarme, si es lo que tienes en mente.

Nick se rió de ella

Estuvieron jugando durante bastante rato, y cuando terminaron ella le dijo;

—Veamos, creo que me debes un dólar.

La miró y rió.

—Quienquiera que te haya enseñado a jugar a este juego, supo lo que hacía —le entregó solemnemente un dólar—. Tendrás que darme la revancha—se puso de pie y se desperezó, parecía relajado.

Sarah estaba muy animada, era la primera vez que Miranda y ella se veían después de la visita de Lilian.

—¿Quieres decir que se humilló?—preguntó incrédula.

—Bueno..., algo parecido —respondió Miranda y quiso poder seguir mintiendo con tanta facilidad—. Y todo gracias a ti -—continuó ella-—. Creo que no había necesidad de que fueras tan tajante con ella—añadió seria.

—Miranda, era necesario —se detuvo de repente-—. ¿Vas a ir?—le preguntó de inmediato.

—Nick piensa que es buena idea. He pensado que podrías ayudarme a elegir la ropa que llevaré, aunque puedo volverme a poner el vestido gris. Sólo me lo he puesto una vez, en realidad fueron dos—dijo Miranda.

—¿Qué ocurrió?

—¡Oh, nada! —respondió despreocupada—. Todavía no has visto mi nuevo juguete, mi nuevo coche. ¿Quieres que demos un paseo? Aunque debo advertirte que no conduzco demasiado bien.

—No te creo -—sonrió.

—Así es —le aseguró Miranda riendo-—. Así fue como conocí a tu hermano, gracias a lo mal qué conduzco, ¿no lo sabías? Él estaba en la corte, protegiendo los intereses de la otra parte o algo así.

—¡No me digas! —exclamó preocupada y preguntó cotí agudeza —: ¿y te fue muy mal?

—La verdad era que todo estaba a favor de su interesado, así

que no tuvo mucho que decir en la corte. Pero lo más desagradable fue un comentario que le oí a la salida.

—Ya me lo imagino—murmuró Sarah, y se sintió algo incómoda —. No quise ser indiscreta.

—Ya lo sé. :

—De todas formas, a él también le has dado su lección de humildad, Miranda.

—Yo no lo creo así —hizo una mueca—. ¿Nos vamos de compras no?

Sarah asintió. Eligieron un vestido sencillo y elegante.

Llegó la noche de la fiesta; contemplándose en el espejo, Miranda pensaba que no podía hacer nada más para mejorar su apariencia. Era un manojo de nervios y hubiera deseado no tener que participar en aquella celebración.

Nick llegó tarde, lo que no contribuyó mucho a su estado de ánimo.

—-Todo saldrá bien —no tuvo tiempo de decir nada más. Cuando se sentaron en el coche, él no habló, se concentró en conducir.

Miranda permaneció en silencio, conteniendo su deseo de morderse las uñas, hasta que llegaron a la entrada de una preciosa casa,

Tragó en seco cuando el coche se detuvo, le dirigió a Nick una mirada aterradora y todo lo que él dijo fue:

—¿Preparada?—ella asintió con la cabeza.

Había siete personas reunidas en el elegantísimo vestíbulo de la casa de su cuñada, en el momento en que Nick y ella entraron. Lilian llevaba un vestido de color violeta que le sentaba admirablemente. Junto a ella estaba un hombre alto y distinguido, quien evidentemente, era su esposo y dos jóvenes que Miranda calculó que tendrían doce y catorce años.

Sarah se había puesto un vestido verde pálido, charlaba animada con David Mackenzie y Miranda se alegró mucho al darse cuenta de que el médico la miraba con cariño.

Miranda se quedó, sorprendida al ver quién era la séptima persona: Samantha Seymour; estaba sentada como una modelo, llevaba un vestido de rayas que resaltaba su melena pelirroja, y tenía un aire exótico.

Miranda supo que aquella escena permanecería en su mente durante mucho tiempo. Así como el que todos se quedaran mirándoles fijamente en el momento en que aparecieron por la puerta. A Miranda le extrañó la presencia de Samantha, porque le

habían dicho que se trataba de una reunión familiar.

—¡Miranda, Nick, me alegro de veros! —Lilian cogió a su hermano del brazo y le besó con cariño.

—¿Quién no conoce a Miranda? Él es mi esposo, Lawrence, nuestros hijos Peter y Nicholas júnior, y creo que ya conoces a la hermana de Lawrence, Samantha, ¿verdad?

Miranda se había llevado una gran sorpresa y sólo era consciente de eso.

Se preguntaba que por qué no le habían advertido, y se empezó a explicar el que Lilian la odiara. .

Ausente, aceptó la copa que le ofrecieron y se esforzó por parecer normal y por relajarse, aunque no tuvo idea ni de lo que dijo o hizo, porque para ella nada más existían tres personas en aquella habitación. Nick, ella, y la mujer que había tenido la esperanza de casarse con él..., que quizá le había amado tanto como ella. ¿Sería por eso que Sarah nunca se la había mencionado, y que Lilian la odiaba?

Y se dio cuenta apesadumbrada, de lo contentos que parecían Peter y Nicholas en compañía de sus tíos, y de lo feliz que Sarah estaba.

La mirada que le dirigió Saraantha Seymour antes de la cena no pudo menos que calificarla de aterradora. Porque en los ojos de aquella mujer vio que no había olvidado ni perdonado nada, y se preguntó si aquella cena no habría sido planeada deliberadamente por Lilian y Samantha.

Aunque así hubiera sido, más tarde se dio cuenta de que no podía menos que aplaudir la forma en que el destino había jugado con ellos aquella noche. Después de la cena, sentados en el salón, Nick recibió una llamada telefónica urgente.

—¡Oh! —exclamó Lilian contrariada—. ¿No puedes esperar hasta mañana o al menos hasta que termines tu copa?

—Creo que no, Lilian —respondió Nick impaciente—. Han encontrado una prueba vital en el caso que estoy trabajando y tengo que estudiarla para presentarla mañana en nuestra defensa, no puedo hacerlo por teléfono.

—¿Tienes que hacer tú solo todo eso?—preguntó Lilian.

—Afortunadamente no, no el trabajo más pesado. Espero regresar pronto, querida hermana —dio la vuelta a la mesa y puso sus manos sobre los hombros de Miranda—. Regresaré lo más pronto que pueda —le aseguró, y se fue antes de que ella pudiera decir nada.

La conversación tomó su curso normal. Sarah y David se

asegurában de que ella no fuera dejada fuera de la conversación. Miranda se dio cuenta que la aversión que sentía hacia Lilian, no podía transferirla a su esposo, que también parecía esforzarse para incluirla en la conversación. Se llevó una gran sorpresa cuando supo que Samantha era una abogada muy calificada y socia en la firma de Nick.

Miranda pensó que tal vez eso haría que se vieran con frecuencia.

Hubo una pequeña interrupción cuando los dos jóvenes fueron enviados a la cama, esto causo cierta dispersión en la conversación, que Samantha aprovechó para preguntarle:

—¿Qué te parece tu nuevo coche, Miranda?

Miranda la miró sorprendida.

—¿Cómo lo supiste? —le preguntó antes de pensarlo.

—Nick me lo dijo una noche que los dos nos quedamos a trabajar hasta tarde .., y nos encontramos en el mismo café.

Miranda se puso tensa. Samantha rió y la observó detenidamente.

—¿Quieres que te cuente qué más dijo?—preguntó inclinándose hacia delante.

—Si quieres.

—Bueno —Samantha parecía divertida—, me dijo que era rojo y brillante para que todos pudieran verte llegar. Por supuesto que yo le dije que era un machista, pero parece que no se equivoca contigo, Miranda, ¿o sí? Me ha contado todo de ti.

—¡Basta, Samantha! —la interrumpió Sarah con firmeza—. Ya sabía yo que todo esto era demasiado bonito para ser cierto —dijo con desprecio—. ¿Crees que no nos hemos dado cuenta de que estabas esperando el momento adecuado para desplegar tus alas y que Nick volviera a ti?

—¡Oh, Sarah! —se quejó Samantha—. ¿No crees que Nick volvería a mí si yo quisiese?

—¡Samantha! —esta vez fue Lawrence, la voz fuerte y cortante —. ¡Cómo te atreves! Miranda es nuestra invitada y si no te gusta, puedes márchate. ¡Lilian!—añadió presuroso.

Lo que estaba a punto de decirle a su esposa nunca lo pronunció porque Miranda intervino en ese momento:

Se levantó con mucho cuidado, colocó la silla en su sitio y, luego, las manos sobre la mesa. No sabía cómo hacerlo; pero quería dejar todo bien claro.

De repente, levantó la cabeza, vio la angustia en el hermoso rostro de Sarah y supo cómo tenía qué hacerlo.

—Miren, no puedo decir que admire o aplauda la manera en que algunos me han tratado. Tengo que aceptar qué tienen razón. Quizá —se encogió dé hombros—ˆustedes son privilegiados, no lo sé, Nick y yo somos una pareja dispareja y no tardaremos mucho tiempo en descubrirlo.

—¡Miranda! —murmuró Sárah incrédula-. ¿Qué estás diciendo?

—Es cierto, Sarah, tú mejor que nadie debes saberlo. Creo que hasta trataste de prevenirme en una ocasión. Verás; para Nick fue una cuestión puramente física, y para mí —se encogió de hombros —, no puedo negarlo, estaba maravillada, era como un sueño imposible convertido en realidad, aunque no pasó mucho tiempo antes de que me diera cuenta de que había cometido un error.

Hizo una pausa.

—Y —continuó en el mismo tono de voz tranquila—, si mi antiguo novio puede perdonarme por haberme dejado deslumbrar por... no sé realmente qué fue, supongo que fui la más ingenua de todas. Si todavía puede perdonarme, regresaré con él lo más pronto que pueda.

—Bill Hartley —-murmuró Samantha, todos se volvieron hacia ella, pero Miranda hizo un esfuerzo para contenerse.

—El mismo. Así que ya ven... , no tienen por qué mantenerse desunidos. Y con respecto a ti, Sarah —se estremeció al ver que la joven lloraba amargamente—, la mejor forma en qué puedes pagarme cualquier cosa que haya hecho por ti, será tratando de arreglar las diferencias que hay en esta familia y qué yo… contribuí a aumentar.

Parecía que todos se habían quedado mudos, hasta Samantha, por primera vez. Miranda continuó:

—Creo que debo irme ahora —por primera vez su voz la traicionaba.

—Creo que ésa sería una muy buena idea —dijo una voz desde la puerta, provocando que todos volvieran el rostro y que Miranda se sintiera desfallecer.

Nick entró en la habitación, con el rostro pálido por la furia que sentía.

—Después de ti, Miranda —dijo.

CAPÍTULO 12

MIRANDA le miró horrorizada. Los ojos le brillaban de forma extraña y supo que la mayor parte de su ira iba dirigida hacia ella.

Se humedeció los labios y tragó en seco. Comprendió que no había nada qué hacer. Mantuvo la cabeza en alto, pero sentía un profundo dolor.

En el momento en que abandonaron el salón, pareció como si nadie se atreviera ni siquiera a respirar, después él cerró la puerta.

La cogió del brazo con fuerza y la condujo hasta el coche.

—Entra —ordenó violento.

Miranda entró, aunque en realidad lo que quería era correr y apartarse de él.

Nick cerró la puerta del coche y lo puso en marcha.

—¿Nick? —intentó comenzar una conversación.

Él no contestó, conducía a tal velocidad que Miranda no tuvo más remedio que ponerse el cinturón de seguridad y pensó en si no tendría intenciones de estrellar el coche.

Llegaron a la casa en unos cuantos minutos; Miranda permaneció sentada, inmóvil hasta que él dijo:

—Sal.

Obedeció y entró en la casa. Su mente se negaba a funcionar. Llegaron a la habitación, Nick abrió un armario, sacó una maleta y se la dio.

—Recoge tus cosas —ordenó despreciativo.

—Lo haré cuando me apetezca —contestó despacio—. ¡No necesito que me digas en el momento que debo hacerlo! —le desafió.

—¡Qué raro! —contestó sarcástico—. No dudaste en decirle a todos que me abandonarías tan pronto como pudieras, ¿no fue eso lo que dijiste?

—Yo no..., ¡es que no entiendes! —gritó.

—Entiendo una cosa. Si tanta prisa tienes por regresar con Bill Hartley yo mismo te llevaré. Aunque ya no llegues intacta, y seas de segunda mano, estás bien conservada. Son palabras tuyas, creo —añadió cruelmente.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Eres un...! —no pudo continuar por la ira que sentía.

Cogió la primera cosa que encontró, que fue un pesado candelabro de plata y se dirigió hacia él como un gato salvaje.

Él no se movió, ni siquiera levantó una mano para detenerla, se

limitó a mirarla con ojos burlones y retadores.

Miranda bajó el brazo que tenía en alto muy despacio, y miró el objeto con incredulidad. Entonces, lo dejó en su sitio y rompió a llorar.

Nick la dejó llorar durante un minuto. Después dijo:

—Ahora escúchame bien, seré el que decida el final de este matrimonio, y no tú. Y si yo estuviera en tu lugar —le dijo muy tranquilo—, lo aceptaría, porque si decides irte antes de que yo quiera, vivirás para arrepentirte de ello.

—Pe…, pero—tartamudeaba ella.

—No hay peros que valgan —la interrumpió—. Y no quiero que te escapes, porque te encontraría como te encontré la otra vez. No —añadió sarcástico—. No creas que aquella vez nos encontramos por coincidencia.

—¿Cómo? —añadió ella.

—No importa —continuó divertido—. Tenlo en mente para el futuro —añadió y sus ojos le brillaron mientras recorría su rojo y congestionado rostro. Miranda estaba muy nerviosa, y se sobresaltó cuando oyó el timbre del teléfono junto a la cama.

—Yo contesto —dijo Nick cortante.

Ella se quedó tensa. Era una llamada de su oficina y después de unas cuantas respuestas breves dejó el auricular en su sitio y se volvió hacia ella.

—Tengo que salir. Por lo visto, esta va a ser una larga noche —la miró pensativo. Parecía tomar una decisión—. Haz lo siguiente: trata de dormir todo lo que puedas y mañana, tan temprano como te sea posible, coges el coche y te vas a la casa de Burleigh. Eso mantendrá a mis parientes…, fuera de escena por un tiempo. Conseguiré un aplazamiento del caso ante las nuevas pruebas, y espero poder reunirme contigo mañana mismo. Así que espero que estés allí, Miranda —dijo con énfasis.

—Mira, yo… —comenzó a decir indefensa.

—Déjalo para mañana —dio un paso para cogerla de los hombros—. Procura estar allí —la miró con una expresión que ella nunca le había visto.

—Me estás haciendo daño —murmuró.

—Debería propinarte una buena paliza —añadió burlón, de inmediato se volvió y salió de la habitación.

Miranda se quedó allí parada, hasta que dejó de oír el ruido del motor. Se sentó en la cama, se miró las manos y trató de pensar.

A medida que las horas pasaban se sentía más confusa. ¿Cómo supo que ella estaba en Burleigh Heads? ¿Y por qué? Le parecía

demasiada preocupación por una muchacha, sólo porque existiera la posibilidad de que ayudara a su hermana.

Miranda se estremeció al recordar las palabras de Samantha, y cerró los ojos, llena de dolor. Sin darse cuenta, empezó a llorar. Se preguntaba que por qué estaba tan enfadado con ella. Le había dado la perfecta oportunidad para que se deshiciera de ella. Pensaba que tal vez se sentiría herido su ego. «¿Se sentirá herido su orgullo masculino porque traté de dejarle? ¿Por qué me tiene encerrada en esta torre de marfil desde que nos casamos?», pensó.

—¡Oh! —exclamó en voz alta, y puso el rostro entre sus manos —. Me siento como un ratón atrapado, dando vueltas y vueltas.

Se levantó y caminó por la habitación.

Estaba desesperada. Tenía que admitir que prefería estar con él que con cualquier otro. No sabía qué podía hacer.

La mañana estaba nublada. Miró las maletas y luego las llaves que tenía en su mano, llaves de la casa, del coche y del apartamento de Burleigh.

No sabía dónde ir, si se iba al oeste no habría nada que le separara de su padre, hermanos y de..., Bill. Suponía que él no se atrevería a hacerlo por la fuerza...

El apartamento estaba tal como lo recordaba. Sólo el clima era diferente. Hacía un día gris y lleno de nubarrones, que daban al mar un aspecto sombrío.

Dejó la maleta apoyada en el suelo, y miró la cama como hechizada. Después se quitó los zapatos y se tumbó en ella.

Le hacía falta descansar, y pensó que sólo estaría un ratito. De repente, se despertó.

—¿Nick? —murmuró todavía adormilada

—Aquí estoy.

Miranda se despertó de inmediato.

—No te oí —tartamudeó al ver la alta figura recostada en la puerta.

—No habrías podido, estabas profundamente dormida.

—Y ¿hace mucho que llegaste? —preguntó Miranda al darse cuenta del cansancio que reflejaban sus ojos.

—No hace mucho —se encogió de hombros. Miró su reloj, y dijo —: Bueno, no mucho. Voy a servirme una copa, ¿te apetece algo? —se volvió y salió sin esperar una respuesta.

Miranda miró su reloj y abrió los ojos. Había dormido unas horas, eran las seis de la tarde. Miró hacia fuera y vio que se avecinaba una tormenta. Suspiró profundamente, incapaz de darle un nombre a su estado de ánimo. Sabía que de alguna manera tenía

que enfrentarse a Nick. Tenía que derrumbar el muro, reunir la fuerza necesaria para dejarle sin tener que salir huyendo como un ladrón a medianoche. Le haría comprender, pero ¿cómo?

Se levantó de la cama, decidió darse una ducha y arreglarse un poco. Quizá eso le ayudara a pensar con claridad.

Se tomó bastante tiempo para hacerlo; deliberadamente, se puso, unos vaqueros y una blusa que eran de su etapa de soltera, de antes de que su vestuario fuera extenso y hermoso. Se recogió el cabello con una cinta. Respiró profundamente, y se dirigió al salón.

Nick estaba parado frente a una ventana, observando la tormenta con un vaso en la mano. No se volvió.

Miranda cogió el vaso que le había preparado para ella.

—Nick, me dijiste que podría hablar contigo.

Él no se movió.

—¿Nick? —volvió a repetir un momento después.

Él bajó los ojos para mirar el vaso que tenía en la mano y luego se volvió. Se miraron, Miranda le veía cansadísimo.

—¿Conseguiste el aplazamiento? —preguntó involuntariamente —. Supongo que sí —contestó ella misma—, de lo contrario no estarías aquí.

—Sí, hasta después del fin de semana. Siéntate —añadió de pronto.

Miranda observó cómo se dejaba caer en el sillón.

—Si te encuentras muy cansado…

—No.

Miranda dio un sorbo a su bebida para darse valor.

—No sé cómo decir esto —murmuró con el vaso entre las manos —. Pero —respiró profundamente y dijo—: no puedo seguir casada contigo.

Las gotas de lluvia comenzaron a golpear en los cristales a medida que la tormenta se avecinaba; fue el único sonido que rompió el silencio.

Nick habló por fin, con rigidez, como si contuviera su impaciencia por tener que discutir con una niña malcriada.

—¿A causa de Bill Hartley?

—No, él ya se habrá casado con Shirley Tate.

—Lo dudo.

—No le conoces, así que no veo cómo… —calló al notar que él sonreía con ironía—. ¿Le conoces? —le preguntó sorprendida—. No entiendo.

—La verdad es muy sencilla. Cuando huíste, después del intento de suicidio de Sarah, fui hasta Goondiwindi para verle. Así fue

como supe que estabas en Burleigh. A propósito, hasta sabía en qué lugar te alojabas.

—¿Te lo dijo, Bill? —preguntó indefensa.

—Me enseñó la postal que le enviaste.

Miranda se humedeció los labios, tratando de entenderlo todo.

—Continúa, si no es por Bill Hartley ¿cuáles son tus razones?

—Bueno, quiero decir... —al levantar la vista se encontró con que él la observaba pensativo—. Nuestro matrimonio ha separado a tu familia, lo vi anoche. Sarah y Lilian, Lilian y Lawrence, Lawrence y Samantha... —hizo una pausa para respirar, y continuó—: no puedo hacerles eso. No es justo. ¿O sí? Quiero decir... —levantó los hombros desesperada.

—Miranda —la interrumpió de repente, con voz dura—. Eso lo trataremos después. Déjame decirte algo primero: a ellos no les importa con quien me haya casado y en ese punto, para Lilian ninguna otra le hubiera parecido bien, más que Samantha. Aunque me hubiera casado con la reina de Saba, para mi hermana no habría sido suficiente, porque ella deseaba que yo me casara con Samantha y cualquiera que hubiera sido mi compañera tendría que haber aguantado conmigo la desaprobación de Lilian, porque yo nunca tuve la menor intención de casarme para complacerla a ella. Y créeme, Miranda, Lilian no se habría alejado de mí o de Sarah mucho tiempo si tú no hubieras mostrado las cartas desde un principio. Debió pensar que anoche por fin se le presentaba la oportunidad —dijo con tal desprecio, que Miranda no supo si iba dirigido a ella, más que a su hermana.

Continuó, después de darle a ella la oportunidad de hablar, que no aprovechó.

—Así que ya hemos descartado a Bill Hartley, creo, y a la familia también. ¿Qué falta? ¿No te han gustado estos meses que llevamos casados? —la miró interrogante.

—No es eso —estaba avergonzada y no sabía por qué, entre tantos hombres, se había enamorado de un abogado, con el que le era muy difícil mantener una conversación.

—Quieres decir que estás aburrida. A lo mejor es que te arrepientes de haberte unido a un hombre antes de haber disfrutado primero un poco de la vida.

Le invadió la ira, y le hizo olvidarse de toda precaución, se puso de pie para decirle muy claro y con frialdad:

—No estoy ni aburrida ni inquieta. Ni arrepentida de no haber podido vivir mi vida, ¡lo que sucede es que tú eres muy bueno para buscar argumentos! No te casaste con ella, pero no dejaste de

seguirla viendo y de tener amenas charlas sobre la pobre Miranda... Siempre te has burlado de mí, ¿no es así? ¿Verdad que sí? —repitió a gritos pero con la voz ronca y los ojos llenos de lágrimas.

—Pareces estar celosa de Samantha...

—No son celos —gritó—; estoy cansada de que mi propio esposo me haga sentir como una tonta delante de su ex amante, y sin duda, ella se encarga de publicarlo. Si quieres acostarte con ella, hazlo, pero deja de burlarte de mí. ¿Es mucho pedir?

Miranda no pensaba en sus palabras.

—¡Miranda, Miranda!

—Lo siento —abrió los ojos—. No quise decir eso. Es que... —dio unos pasos hacia atrás al ver que Nick se levantaba y le cogía un brazo.

—Siéntate. No, tú no vas a ninguna parte, al menos todavía —añadió al ver que ella trataba de zafarse—. Porque de una vez por todas voy a decirte lo que para mí significa Samantha Seymour —la empujó sin miramientos hasta la silla, y le quitó el vaso vacío de la mano. Se lo volvió a llenar.

La observó beber un poco, y no habló hasta que vio que el color volvía a sus mejillas. Después continuó:

—He hablado con Samantha últimamente tres veces y puedo recordar exactamente lo que le he dicho en esas tres ocasiones. La primera vez fue cuando quería saber de ti la noche de la fiesta en el apartamento. Me preguntó si yo creía que sería inteligente tener una sirvienta tan atractiva, que la gente murmuraría. Le contesté con despreocupación, creo que me molestó que se entremetiera. Le dije que me parecía muy buena idea, pero que si fuera Bill Hartley, tu novio, pensaría que de buena idea no tenía nada.

—¡Oh! —fue todo lo que Miranda pudo decir.

—No sé cómo tergiversaría ella las cosas, pero supongo que lo hizo cuando te encontró en el apartamento aquella mañana.

—Sí —su voz era casi imperceptible.

—La tercera vez que hablamos de ti fue hace algunas semanas, el día que te compré el coche. Los papeles no estaban preparados cuando fui a recogerlo, tuve que sentarme en una cafetería que estaba cerca para hacer tiempo. Allí me encontré con Samantha, su coche estaba averiado, fue una casualidad, no puedo pasarme la vida evadiéndola, nos sentamos juntos. Vino al caso lo del coche cuando llegó el mecánico para decirme que estaba listo. Sabía que era para mi esposa y como no parece ser fanático de las mujeres al volante, supongo me señaló el coche y dijo algo acerca de lo conveniente del color rojo. Samantha me preguntó si no habías

tenido una vez un problema en la corte por accidente de tráfico. En ese momento me fui, eso fue todo, Miranda y no la versión que te dio ella anoche.

—¿Escuchaste todo? —le miró asombrada.

—No, Sarah me ha llamado esta mañana —apuró el contenido del vaso.

—¿Y la segunda vez? —Miranda tartamudeó. Nick no contestó de inmediato, después habló despacio.

—La otra vez que te nombré fue cuando me dio tu mensaje aquella mañana en el hospital. Me imaginé lo que había sucedido y creo que fui grosero con ella —se dirigió a la ventana; afuera llovía torrencialmente.

Después de un minuto se volvió hacia ella y le dijo:

-Miranda, me da pena la forma en que traté a Samantha, no puedo negar que yo era consciente de lo que esperaban Lilian y Lawrence, pero nunca le hice creer que me casaría con ella. No estoy de acuerdo con tu descripción de Samantha como mi amante, porque fue una relación muy inestable desde el principio, siempre se lo dije muy claro, no era mi tipo, así que si ella quería jugar sola, era su problema.

Miró sombrío su vaso y su voz se oyó seca cuando dijo:

—Entonces, vino a decirme que te habías ido y en ese momento supe que tenía que terminar con ella para siempre. Le dije que era una pena que te hubieras marchado porque tú eras la mujer con la que había decidido casarme y que te encontraría aunque fuese lo último que hiciera en mi vida.

Miranda tuvo una rara sensación en la boca del estómago. Tuvo que poner el vaso sobre la mesa, porque las manos comenzaron a temblarle. No sabía si estaba tratando de decirle que se casó con ella para deshacerse de Samantha.

—¿Entiendes lo que estoy tratando de decirte, Miranda?

—No sé —murmuró nerviosa—, No he entendido bien.

Él pareció leer sus pensamientos porque continuó con un curioso tono de voz:

—Esas cosas no son fáciles de explicar. Es difícil hablar de una discusión entre mujeres, en particular cuando se siente uno algo culpable, como yo.

—Bueno es que..., quiero decir..., yo no...

—¿Todavía no comprendes? ¿Tendré que deletreártelo? —extendió una mano—. Como siempre —le dijo muy tranquilo.

—¡No! —Miranda dio un paso atrás, y tropezó. Nick no intentó detenerla o seguirla, se quedó mirándola. Después le dijo en voz

baja:

—¿Eso quiere decir que ya no quieres seguir casada conmigo?

—Sí —murmuró y respiró profundamente.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque estoy enamorada de ti. ¡Por eso! Y me he sentido tan miserable que he querido morir.

Él dijo con dificultad:

—Ésa me parece una buena razón para que te quedes conmigo. Lo que no está bien es que te hayas sentido miserable, pero si me amas...

—No es que...; así me siento ahora, ¿cómo me sentiré cuando comiences a cansarte de mí? Y todas esas explicaciones, aunque te las agradezco, no cambian el hecho de que yo sigo siendo la chica que describiste en la corte, y que no era tu tipo. ¿Crees que no me doy cuenta de que me mantienes lejos de todos? —preguntó angustiada y se mordió el labio ante el destello de ira de sus ojos.

Se miró las manos y suspiró para poder continuar:

—Lo siento. Esto debe ser algo muy embarazoso para ti. No hubiera querido que sucediera, pero no puedo evitarlo. Como ves creo que lo mejor será que me vaya ahora.

—Mírame, Miranda —le ordenó Nick tranquilo.

Por fin lo hizo y por primera vez no había burla ni desprecio , en los ojos de Nick.

Las palabras que él dijo la sorprendieron.

—¿Cuándo te enamoraste de mí, Miranda?

—No estoy segura —tartamudeó—. ¿Importa?

—Supongo que no —murmuró él con un asombro de sonrisa en los labios—. Me preguntaba si no sería en el mismo momento en que yo me enamoré de ti. Sucede a veces. Mi cinismo me impedía aceptarlo.

Miranda abrió la boca y él sonrió con amargura como si esa misma ironía le hiriera.

—Querida —añadió emocionado—, ¿no te ha parecido extraño todo esto que te he dicho esta noche? ¿No crees que son las explicaciones necesarias? Desde que te conozco he cometido todos los actos de un hombre que está loco o locamente enamorado. Reté a Bill Hartley en su propia casa. Utilicé a mi hermana para que se hiciera tu amiga. Me casé contigo sin que nadie me obligara, cuando ya te había llevado a la cama. Y nunca ha sido sólo por placer, Miranda, nunca. Porque eso no hubiera sido suficiente para mí. Necesitaba que respondieras como yo lo hacía contigo, que tú me desearas, tanto como yo a ti, que me quisieras, sólo a mí. ¿No lo

sabías?

Miranda se tuvo que sentar porque las piernas no la sostenían.

—No sabía nada de eso, no sabía qué esperar.

—Tú sabías mucho sobre los hombres, y una vez me dijiste que un amante sensible e inteligente era más importante..., que otras cosas. ¿Ahora crees que me lo imaginé yo? —preguntó con ojos anhelantes.

—Por supuesto que sí —murmuró ella y se sonrojó—. Es que tú nunca me decías nada.

—Ni tú tampoco.

—Tenía una razón —estaba aturdida.

—Creo que los dos teníamos razones. ¿Puedo decirte la mía? Nunca pensé que pudiera sucederme. Me parece haberte dicho que yo no creía en el amor. Así que cuando por fin tuve que aceptar que estaba enamorado, tenía que comprobarlo, te buscaba el mínimo defecto. Entonces supe lo que le había pasado a Sarah, y por primera vez comprendí, y me volví cauteloso. A veces increíblemente cruel.

Miranda le miraba con los ojos muy abiertos y contuvo la respiración al ver que él se acercaba para sentarse junto a ella. Nicholas continuó hablando:

—Para mí no tuvo nada de terrible vivir contigo, todo lo contrario. Al principio no podía creer en mi felicidad, me vi atrapado por algo que te dije la primera vez que te pedí que hiciéramos el amor.

Ella se movió de repente, pero se tranquilizó de inmediato, y él siguió:

—Algo acerca de ayudarte, para que progresaras —continuó con voz débil—. Traté de engañarme diciéndome que te mantenía alejada para protegerte de Lilian y Samantha. Era algo más. Quería construir una muralla muy alta alrededor de nosotros. Excepto quizá para Sarah, porque en realidad ella también te necesita. Y la razón real era muy simple. Tú nunca me necesitaste, Miranda. Tú lo tienes todo, siempre lo has tenido. Y sabía que no era el primer hombre en saberlo, y que tampoco sería el último. Lo que no sabía, y me atormentaba, era que no me quisieras.

—No lo imaginé —Miranda no podía creer lo que escuchaba.

—¿No lo sabías? —preguntó—. ¿Nunca se te ocurrió pensar por qué te molestaba con tus orígenes campesinos, tu ropa, cualquier arma que pudiera utilizar? No era porque lo creyera, sino porque yo quería que tú lo creyeras para que no te sintieras tan confiada y me pudieras dejar. Mi amor, en cualquier ambiente serías bienvenida.

Tienes muchas cualidades internas que yo no te he enseñado.

Se miraron fijamente hasta que él dijo:

—¡Supuestamente los hombres somos más racionales! ¿No es así? Pensé que lo era. Pensar en ti, la muchacha que me había llevado a la cama aquí mismo por primera vez, tan honesta, tan bella —dudó y después continuó haciendo un esfuerzo—, había que pensar en ti..., y compararte con alguien más para hacerme comprender. Me había enamorado de ti.

Se acercó y le tocó el cabello mientras le hablaba, y no había en sus ojos rastros de burla ni de cinismo.

—Estabas tan enfadado conmigo anoche —murmuró Miranda involuntariamente.

—Sí. Cuando llegué y te oí decir que te habías casado con el hombre equivocado, me dieron ganas de estrangularte. ¿No te dio eso una pista? —sus ojos la observaban persistentemente.

—¿Tú crees? —preguntó emocionada.

Nick le desató la cinta del pelo y metió sus dedos entre sus cabellos antes de contestar:

—Me daba celos de pensar en ti junto a otro hombre, uno en particular. Ya sé que puedo ser insufrible en ocasiones, Miranda y acepto que fui a ver a Bill Hartley con la idea de que era un patán del que tenía que apartarte. Pero regresé con una impresión favorable y respetándole, consciente de que tenía un contrincante formidable, alguien que había podido soportar que te marcharas.

Sus dedos seguían acariciándole el cabello.

—Anoche cuando te oí decir aquellas palabras, supe lo inteligente que él había sido.

Seguía lloviendo a cántaros, el agua golpeaba con fuerza las ventanas, pero Miranda no tenía conciencia de la tormenta. Todavía estaba tratando de asimilar todo lo que él le había dicho.

—¿Sabía Bill que querías encontrarme?

—Creo que lo adivinó. Llegué allí a las cinco de la mañana, desesperado. Cuando me iba, me dijo que no te subestimara y que no te hiriera, porque entonces tendría que vérmelas con él. Ella no pudo detener las lágrimas por más tiempo.

—Le quería a mi manera —murmuró—. Creo que siempre intuyó que nunca sería suya.

Miró a Nick y le vio cerrar los ojos. Él extendió el brazo para cogerla por los hombros y la atrajo hacia él.

—Miranda —sus labios apenas rozaban la comisura de los suyos —, mi amor, ¡si supieras cuánto he anhelado este momento!

Fue un beso largo, como si se besaran por primera vez.

Los dedos de Nicholas temblaron cuando comenzaron a desabrochar los botones de la blusa de Miranda. Entonces, respiró profundamente, y mirándola a los ojos le dijo:

—Miranda, éste es el momento en que debí pedirte que te casaras conmigo. Pero —los ojos le brillaron de repente, divertidos—, teniendo en cuenta que aquí comenzamos, creo que podemos continuar con el segundo acto, ¿no crees?

Miranda, con los labios entreabiertos, le miró intrigada.

Nick la abrazó, murmurándole sobre el cabello:

—Creo que debemos pensar en tener un niño...

—¡Oh, Nick! —murmuró contenta cuando por fin pudo hablar—. ¡Sí, por favor!